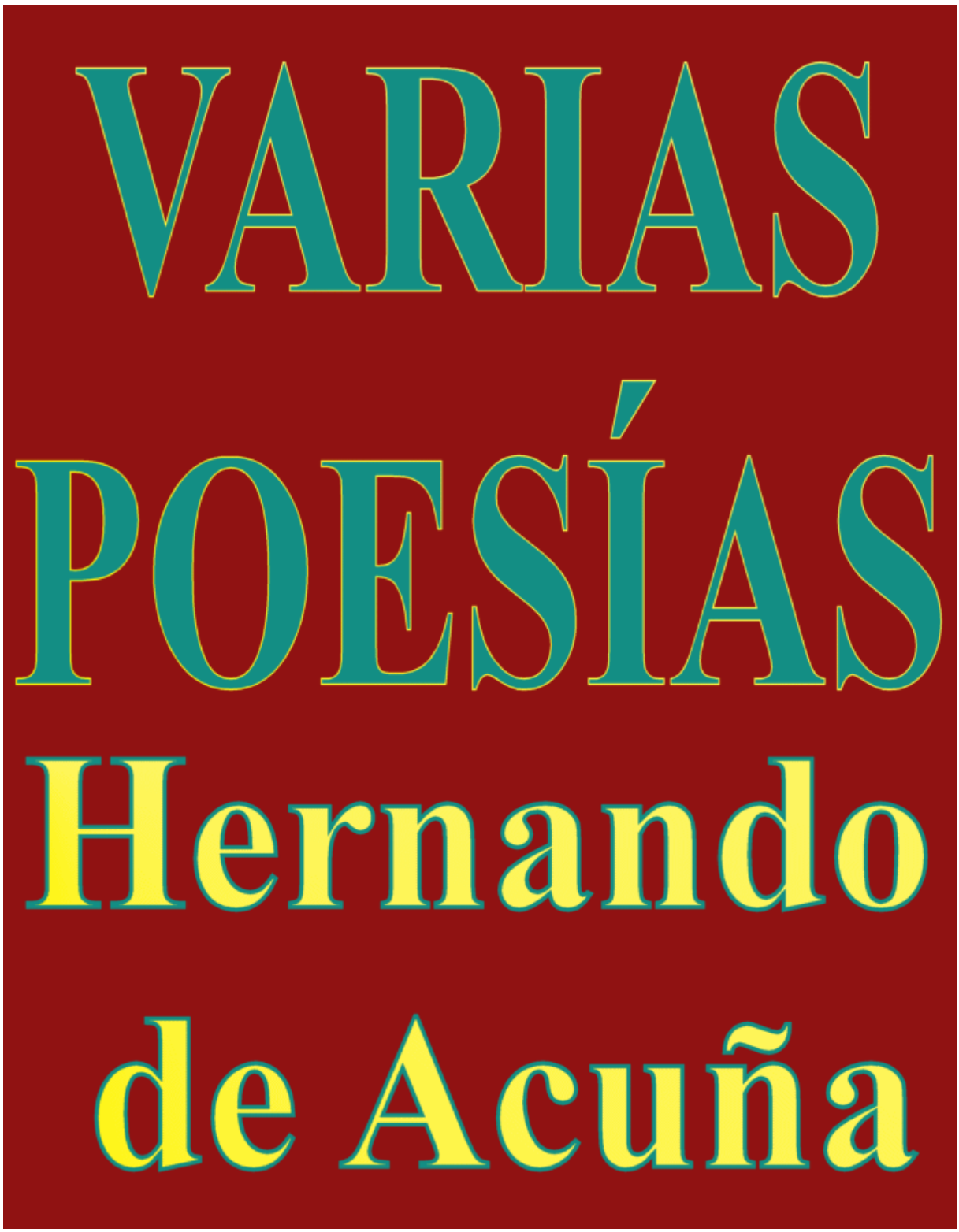
Varias poesías
Hernando de Acuña



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Tasa

Yo, Pedro Zapata de Mármol, escribano de cámara de su Majestad, doy fee que los señores del Consejo, de pedimiento y suplicación de la parte de doña Juana de Zúñiga, viuda, mujer que fue de don Hernando de Acuña, difunto, tasaron un libro, que con licencia de su Majestad se imprimió, intitulado *Varias Poesías*, a cuatro maravedís cada pliego en papel; y al dicho precio, y no más, mandaron que se venda; y que, primero que se venda ningún libro, se imprima esta tasa en la primera hoja de cada volumen. Y parte que dello conste de pedimiento de la dicha doña Juana de Zúñiga, y mandamiento de los señores del Consejo, di la presente firmada en mi nombre, en la villa de Madrid, a 15 días del mes de hebrero de 1591.

PEDRO ZAPATA DE MÁRMOL

El Rey

Por cuanto por parte de vos, doña Juana de Zúñiga, viuda, mujer que fuistes de don Hernando de Acuña, difunto, nos fue hecha relación que el dicho vuestro marido hizo y compuso un libro, de que ante nos hicistes presentación, que trata de *Varias cosas de Poesía*, y nos suplicastes que, atento que era obra de mucho gusto e ingenio, os mandásemos dar licencia para le imprimir y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos de mandar dar esta cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvímoslo por bien; y por la presente, por vos hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez primeros años siguientes, que corren y se cuentan desde el día de la fecha desta nuestra cédula, vos o la persona que vuestro poder hubiere podáis hacer imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mención; y damos licencia y facultad a cualquier impresor destos nuestros Reinos, que vos nombraredes, para que por esta vez lo pueda imprimir, con que después de impreso, antes que se venda, lo traigáis ante los del nuestro Consejo, juntamente con el original que en él se vio, que va rubricado y firmado al cabo de Pedro Zapata de Mármol, nuestro escribano de cámara de los que en el nuestro Consejo residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, o traigáis fee en pública forma en cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él, y que quedan asimismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, y se os tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que de los dichos libros tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena mandamos sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para la nuestra cámara. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras audiencias, Alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y señoríos, así a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así vos hacemos; y contra el tenor y forma della ni de lo en ella contenido no vayan, ni pasen,

ni consientan ir ni pasar por manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara. Fecha en San Lorenzo, a cuatro días del mes de otubre de mil y quinientos y ochenta y nueve años.

YO EL REY
Por mandado del Rey nuestro Señor,
Juan Vázquez

El Rey

Por cuanto vos, doña Juana de Zúñiga, viuda, mujer que fuistes de don Hernando de Acuña, me habéis hecho relación que el dicho vuestro marido al tiempo de su muerte dejó dos cuerpos de libros hechos de su mano, el uno intitulado *El Caballero Determinado*, con algunas adiciones al fin dél, y el otro de *Poesías* y cosas de buen ingenio, y por cédulas mías os he hecho merced en concederos licencia y privilegio para que solamente vos y quien tuviere vuestro poder podáis imprimir y vender los dichos libros en estos Reinos por tiempo de diez años, suplicándome os manadase dar otro tal para las mis Indias, y para que pudiésedes llevar a ellas los que de los dichos libros imprimiésedes en estos Reinos. Y visto por los de mi Consejo de las Indias, y los dichos libros y privilegio, lo he habido por bien; y por la presente doy licencia a vos, la dicha doña Juana de Zúñiga, para que por tiempo de diez años siguientes que corran y se cuenten desde el día de la data desta mi cédula en adelante, vos y quien tuviere vuestro poder podáis hacer imprimir en las dichas Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano, y cualesquier partes dellas donde hubiere impresión, los dos dichos libros, y para que vos o quien el dicho vuestro poder hubiere podáis enviar a las dichas Indias la cantidad de los dichos libros que imprimiéredes en estos mis Reinos; y mando que durante el dicho tiempo ninguna ni algunas personas de cualquier calidad y condición que sean, mas de solamente vos y quien el dicho vuestro poder hubiere, no sean osados de imprimir, ni hacer imprimir ni vender los dichos libros en las dichas Indias y cualesquier partes dellas, so pena que el que hiciere lo contrario pierda todo lo que se imprimiere, y los moldes y aparejos con que se hiciere; y demás desto pague por cada vez cincuenta mil maravedís. Lo cual todo se reparta en esta manera: la mitad para mi cámara y la otra mitad para el denunciador y juez que lo sentenciare, por iguales partes. Y mando a los del dicho mi Consejo, Presidentes y Oidores de las mis audiencias Reales de las dichas Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano, y a los mis Gobernadores, Corregidores y cualesquier otros mis jueces y justicias de todas las ciudades, villas y lugares dellas, así a los que agora son como a los que adelante fueren, que guarden y cumplan esta mi cédula y lo en ella contenido; y contra ella no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna. Fecha en Madrid, a ocho de hebrero de mil y quinientos y noventa años.

YO EL REY
Por mandado del Rey nuestro Señor,
Andrés de Alba

Privilegio de Aragón

Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y Neopatria; Conde de Abspurg, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdeña; Marqués de Oristán y Conde de Goziano. Por cuanto por parte de vos, la noble doña Juana de Zúñiga, viuda, mujer de don Hernando de Acuña, difunto, nos ha sido hecha relación que el dicho don Hernando compuso un libro que trata de *Varias cosas de Poesía*, y que, por ser de mucho ingenio y trabajo, a suplicación vuestra os habemos dado licencia por estos nuestros Reinos de Castilla de imprimir el dicho libro, del cual y de la dicha licencia originalmente habéis hecho presentación en este nuestro S.S.R. Consejo de Aragón que cabe nos reside, y porque deseáis hacelle imprimir en los Reinos de la Corona de Aragón nos habéis suplicado que os mandásemos dar licencia para ello en la misma conformidad. Y nos, por lo que os desamos complacer, lo habemos tenido en bien. Por ende, con tenor de las presentes de nuestra cierta ciencia y real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos, la dicha doña Juana de Zúñiga, y a la persona o personas que vuestro poder tuvieren, que podáis imprimir en los dichos nuestros Reinos y señoríos de la Corona de Aragón, y en cualquier parte dellos al impresor o impresores que quisiéredes el dicho libro de *Varias cosas de Poesía*, y vender aquél y los que de otras partes lleváredes impresos a vender en los dichos Reinos, prohibiendo según que con las presentes prohibimos y vedamos que ninguna otra persona los pueda imprimir, ni hacer imprimir ni vender en los dichos nuestros Reinos y señoríos de la Corona de Aragón, sino vos o quien vuestro poder tuviere, como dicho es. Y esto por tiempo de diez años contaderos del día de la data de las presentes en adelante, so pena de doscientos florines de oro de Aragón, y perdimiento de moldes y libros, divididera en la forma acostumbrada. Con esto, empero, que los libros que nuevamente imprimiéredes o lleváredes impresos a la dicha Corona no los podáis vender hasta que hayáis traído a este nuestro S. S. R. C. un libro para que se vea y compruebe con el original que habéis presentado, que queda en poder del noble, manífico y amado Consejero don Miguel Clemente, nuestro Protonotario; mandando con el mismo tenor de las presentes a cualesquier Lugartenientes y Capitanes, Generales, Regentes de Cancillería, Regente de oficio y Portants veces de nuestro General Gobernador, Alguaciles, porteros, vergueres y otros cualesquier oficiales y ministros nuestros en los dichos nuestros Reinos y señoríos de la Corona de Aragón, constituidos y constituideros, y a sus Lugartenientes o Regentes los dichos oficios, so incorrimiento de nuestra ira y indignación y pena de mil florines de oro de Aragón de bienes del que lo contrario hiciere, exigideros y a nuestros reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición, y todo lo en ella contenido, os tengan, guarden y cumplan, tener, guardar y cumplir hagan, sin dar lugar a contradición ni permitir que sea hecho lo contrario en manera alguna, si nuestra gracia les es cara y en nuetra ira e indignación y en la pena sobredicha desean no incurrir. Dat. en San Lorenzo, a veinte y nueve días del mes de otubre, año del Nacimiento de nuestro Señor, de mil y quinientos y ochenta y nueve.

YO EL REY:

V. Frigola Vicecancellarius. V. Comes, generalis Thesaurarius. V. Terça, Regens. V. Quintana Regens. V. Clemens, pro conseruatore generali. V. Campi Regens. V. Marcilla Regens.

Dominus Rex mandauit in don Michaeli Clementi visa per Frigola Vicecanceliarium, Comitem generalem Thesaurarium, Campi, Terça, Marzilla et Quintana, Regentes Cancellarios, et me, pro conseruatore generali.

Privilegio de Portugal

Eu el Rei faço saber aos que este alvara virem que eu hei por bem e me praz de fazer merce a donna Joanna da Çuñiga, molher que foi de dom Fernando da Cunha, que Deu perdoe, de lhe dar licença pera que ella possa fazer imprimir e vender nos meus Reinos e senhorios de Portugal um livro que o dito seu marido traduzio em sua vida, de lingoa frances em lingoa castelhana, chamado *Cavaleiro Determinado,* com humaos addiciôes que mais fez pera o dito livro. E outrosi me praz de lhe dar licença pera fazer imprimir e vender outro livro que o dito seu marido compos, que trata de *Varias Poesias*; as quaes licenças ei por bem de lhe conceder por tempo de dez annos, quem começarâo da feitura deste em diante, durante o qual tempo nenhum imprimidor, ne livreiro ne outra pessoa alguma de qualquer qualidade que seja nâo poderâo imprimir nem vender nos ditos meus Reinos e senhorios, nem trazer de fora delles os livros acima no meados, salvo aquelles livreinos e pessoas que pera isso tiveren poder e licença da dita donna Joanna, e qualquer pessoa que, durando o dito tempo, imprimir ou vender os ditos livros, ou os trouxer de fora sem. lincença sua, perderâo pera ellas todos os volumes que lhe forem achados. E allem disso encorrera em pena de cincoenta cruzados, a metade pera minha camara e outra metade pera quem o accusar. E mando a todos minhas justiças a que o conhocimento disto pertenecer que lhe cumpram e guardem este meu alvara como nelle se contem, o qual hei por bem que valha, tenha força e vigor, como se fosse carta por min assinada e passada pella Chancellaria, sem embargo da ordenaçâo do segundo livro, titulo vinte, que diz que as cousas cujo effecto houver de durar mais ahum anno passem per cartas, e passando per alvaraâs nâo, valha. E valhera outrosi posto quem nâo seja passado pella Chancellaria sem embargo da ordenaçao em contrairo. Marcos da Mesquita o fez em Madrid, a nove de dezembro, de M.D.LXXXIX. Estevan da Gama o fez escrever.

REY

Pedro Barbosa *Antonio Pinto*

Carta dedicatoria al Príncipe Don Felipe N. S.

La traducción del *Caballero Determinado* que hizo don Hernando de Acuña por mandado del Emperador don Carlos N. S., de gloriosa memoria que ha sido tan aceto a muchos buenos ingenios, la dedicó a su Majestad Cesárea por justas causas que a ello le movieron. Después le pareció añadirle ciertas adiciones no desconvenientes a la materia que allí se trata, las cuales dedicó a la Majestad Católica del Rey N. S. Y porque yo sé que, si viviera, ofreciera a vuestra Alteza este libro, que trata de varias cosas de Poesía, porque le cupiera también parte de sus obras, hago yo agora lo mismo. Y así, de su parte y de la mía se las ofrezco a V. A., a quien suplico que, en consideración de haberle hecho un caballero que

con tantas veras y en tantas ocasiones sirvió con las armas y con el entendimiento a su padre de vuestra Alteza, que Dios muchos años guarde, y a su abuelo, le lea, que en él hallará vuestra Alteza algunas cosas que le darán gusto, como le han dado a los hombres de ingenio que le han visto, por cuya persuasión me he movido a sacarle a luz, y le favorezca y ampare como confío.

Doña Juana de Zúñiga

Poemas

[I]

Soneto

Huir procuro el encarecimiento,
no quiero que en mis versos haya engaño,
sino que muestren mi dolor tamaño
cual le siente en efeto el sentimiento.

Que mostrándole tal cual yo le siento
será tan nuevo al mundo y tan extraño,
que la memoria sola de mi daño
a muchos pondrá aviso y escarmiento.

Así, leyendo o siéndoles contadas
mis pasiones, podrán luego apartarse
de seguir el error de mis pisadas

y a más seguro puerto enderezarse,
do puedan con sus naves despalmadas
en la tormenta deste mar salvarse.

[II]

A su Majestad

Invictísimo César, cuyo nombre
el del antiguo Carlo ha renovado,
al sonido del cual tiemble y se asombre
la tierra, el mar y todo lo criado;
en quien Roma su imperio y gran renombre

conoce más que nunca sublimado,
y do el dichoso siglo que os alcanza
pone primera y última esperanza.

Vos, pues, Señor, en cuya fortaleza
el nombre se sustenta y ser cristiano,
y en el supremo grado de grandeza
tenéis siempre delante el ser humano;
si del don bajo suple la bajeza
un puro corazón sincero y sano,
dél acetad esta señal presente,
como César humano, humanamente.

[III]

La fábula de Narciso

Si un bajo estilo y torpe entendimiento
merecieran llegar a aquella altura
do, señora, llegó mi pensamiento,
y tuviera en esto igual ventura,
pudiera yo contar lo que es sin cuento,
dando a vuestro valor y hermosura
seguridad, cual nadie la ha tenido,
de la ofensa del tiempo y del olvido.

Mas si mi ingenio lo procura y quiere,
razón lo contradice y le castiga,
pues manda que primero considere
a qué puede bastar y a qué se obliga.
Porque de vuestro ser ninguno espere
llegar a decir tanto, que no diga
mucho más el silencio, con la falta
de quien ose emprender cosa tan alta.

Y pues de tanto bien como en vos veo
aun no puede lo menos celebrarse,
lo más, que yo no entiendo, aquello creo,
que aquí tiene mi fe donde fundarse.
Y ofreciendo por obra el buen deseo,
podrá con justa causa disculparse
el flaco, que no emprende gran conquista,
y el que mirando al sol pierde la vista.

Así, por ser en esto tan notoria
la poca fuerza del ingenio humano,
en vuestro nombre trataré una historia
cuyo sujeto no se finge en vano.
Y vos, que sola estáis en mi memoria,
desde ella alumbraréis mi ingenio y mano
con aquel resplandor y luz que distes
al siglo venturoso en que nacistes.

Y aunque el camino, y el juicio vuestro,
va de lo general tan apartado,
yo sé que contra Amor, y en daño nuestro,
seguís lo que es de muchas aprobado:
ésta es la ingratitud, que es un siniestro
y error por mil ejemplos reprobado,
como dello nos da más claro aviso
la vida con la muerte de Narciso.

Amor rige su imperio sin espada,
mas con todo castiga, y no consiente
que sea en su desprecio tan usada
la fiera ingratitud entre la gente;
la cual, siendo mil veces condenada
a destierro por él, tan justamente,
se admite, y hay mil damas tan exentas,
que con ella le hacen mil afrentas.

Y conviene entender que no se debe
menospreciar jamás virtud divina,
y menos la de Amor, que al bien nos mueve
y de bien en mejor nos encamina.
Y la que contra Amor yerra o se atreve
entienda que a pasar se determina
lo terrible del mundo y lo más fuerte,
que es triste vida y miserable muerte.

Si Amor muda en fortuna la bonanza
de quien contradecille espera, o piensa,
juzgad, señora, si hará venganza
de quien por obra le hiciere ofensa.
Que como es la soberbia, y confianza,
pecado inmenso, así es la pena inmensa,
cual a muchas la dio, cuya memoria
vive en la antigua y la moderna historia.

Y los ejemplos que en el mundo ha habido,
ni los basta a contar verso ni prosa,

de las que, a Amor habiendo resistido,
con muerte lo pagaron dolorosa.
Testigos serán Fedra, File y Dido,
y serálo también Enón hermosa,
con Ariadna, Hipsífile y Medea,
cuya verdad es justo que se crea.

Cualquiera déstas fue soberbia y cruda,
hasta que Amor, a la venganza vuelta
su blanda voluntad, que así se muda,
la dellas castigó que andaba suelta.
Tanto, que a cada cual negó su ayuda,
cuando la vio en pasiones más envuelta,
y al fin, como se escribe, fenecieron
entre penas diversas que sufrieron.

Mas ¿qué testigo habrá más verdadero
para probar esta opinión tan cierta?
¿Qué ejemplo deste tiempo, o del primero,
nos muestra la verdad más descubierta,
y declara mejor al venidero,
si quien resiste a Amor yerta o acierta,
que el caso lamentable de Narciso,
hermosísimo hijo de Cefiso?

De Cefiso y Leríope engendrado,
fue, por su mal, Narciso tan hermoso
que, en mostrándose al mundo, fue estimado
por un don celestial maravilloso.
Esto puso a sus padres en cuidado,
que un bien tan excesivo y milagroso,
como exceder parece a la natura,
es común opinión que poco dura.

Y con este temor su madre vino
donde a los pueblos su respuesta daba
el hado Tiresias, adivino
que a todos la verdad pronosticaba.
Pídele si a Narciso su destino
breves o largos días le otorgaba,
que tan nueva belleza en mortal vida
cuanto más es amada es más temida.

Como acabó la madre su pregunta
sobre tan importante y cara cosa,
aunque está la esperanza al temor junta,
quedó de la respuesta temerosa.
Ésta le da Tiresias, en que apunta
el mal futuro en condición dudosa:

que el niño cuya vida saber quiere
gran tiempo vivirá si no se viere.

A los padres fue escura esta respuesta,
o al menos se pasó sin ser creída,
hasta que en fin se hizo manifiesta
con el triste suceso, y fue entendida
tan nueva forma de morir como ésta,
y fin tan miserable de una vida,
que se viese o se oyese no se alcanza,
y, permitiólo Amor en su venganza.

Jamás se vio en humana criatura,
primero ni después, mayor belleza
que la que dio a Narciso la natura,
de gracia acompañada y gentileza:
el aire, el ademán v la postura
tal novedad mostraban y extrañeza,
que igual no solamente no tenía,
mas poderlo tener no parecía.

Las felices estrellas se juntaron
y en hacelle hermoso concurrieron,
las gracias todas juntas le dotaron
de todo lo mejor que en sí tuvieron:
la pintura fue tal que nunca osaron
retratalla en color, ni la esculpieron,
Apele, Zeusi, Praxitele o Fidia,
ni lo supo emendar la mesma envidia.

Iba creciendo el mozo, y mil querellas
con sospiros y lágrimas crecían,
por donde andaba, en dueñas y doncellas,
sin poderse valer cuantas le vían,
no sin admiración en todas ellas
de la nueva mudanza que sentían,
que la más libre, en viéndole presente,
prueba lo que es amar fundadamente.

Mas él, que es contra Amor endurecido
y de seguille está tan apartado,
que, como a otro el ser aborrecido
tanto y más le aborrece el ser amado,
de ninguna entre tantas fue movido
ni de ajeno dolor toma cuidado,
que, si hay cosa que iguale a su belleza,
es sólo su desdén y su aspereza.

En ningún ejercicio se embaraza
que se conforme con sus verdes años,
ni toma gusto sino sólo en caza
y en hacer a las fieras mil engaños.
Déstas sin descansar sigue la traza,
que en seguir los provechos o los daños
de Amor no piensa ni se acuerda dello,
o, si se acuerda, es para aborrecello.

Mas en los montes, valles y espesura
de las selvas ya dél acostumbradas,
aún vino a ser dañosa su figura,
y a causar más de un llanto sus pisadas:
que en verle no quedó ninfa segura,
ni pudieron estarlo en sus moradas,
antes con las demás a un mismo punto
el verle y el arder fue todo junto.

Y con mostralle claro que le amaban,
no solamente a amar no le movían,
pero con la blandura que mostraban
en extremo mayor le endurecían.
Así más lejos siempre se hallaban
cuanto más deseosas le seguían,
dando deste dolor y sentimiento
sus quejas y sus lágrimas al viento.

Y por montes y selvas maldiciendo
van las tristes amantes de una en una
el punto en que le vieron, pues muriendo,
la muerte no le mueve de ninguna.
Y como va el dolor siempre creciendo,
maldicen su deseo y su fortuna,
y al cielo que juntó beldad tamaña
con rigor y aspereza tan extraña.

Al amor cada una reprehende
como digno de ser reprehendido,
que no siente su daño y que no entiende
lo que dél suele ser tan entendido:
que su reino y sus leyes no defiende
de un mozo de quien es tan ofendido,
y siendo despreciado, se consiente
despreciar y ofender tan claramente.

¿Dónde está, Amor, tu brazo poderoso,
le dicen, y tan fuerte en toda parte,
que a Plutón en el reino tenebroso
sojuzgó, y en el cielo a Apolo y Marte?

¿Cómo el temido es ya tan temeroso,
y sufres que un soberbio no se harte
de ver contino llanto en nuestros ojos,
llevándonos las almas por despojos?

¿Dónde está el arco, Amor, que te hacía
tan temido en el mundo v acatado,
y las saetas, que cualquier valía
contra el más duro pecho y más armado?
¿Dó está la ardiente hacha que encendía
el corazón más frío y más helado?
¿Dó está el cuidado y el mortal recelo,
la esperanza, el temor, la llama, el yelo?

¿Cómo del arco se aflojó la cuerda?
¿Cómo se despuntaron tus saetas?
¿Cómo permites que el temor se pierda
a tus públicas armas y secretas,
sufriendo al que no cura ni se acuerda
que amenaces con mal, o bien prometas?
Pues tu reino y tu ser debe moverte,
si perdello no quieres y perderte.

Narciso libre y suelto anda cazando
por montes, valles, selvas y riberas,
hiriendo crudamente, y aun matando,
más número de ninfas que de fieras;
y de tu imperio, Amor, siempre burlando,
y de nuestras congojas lastimeras.
Pues mira, de quien tanto se atreve,
si un divino poder vengarse debe.

Estas y otras mil cuitas semejantes
dicen las tristes sospirando al cielo,
en amar a Narciso tan constantes
cuan llenas de dolor y desconsuelo.
Y, aunque de ser amadas tan distantes
cuanto está el fuego de la nieve o yelo,
todas van a buscar y amando siguen
a aquél que con seguille se persiguen.

Tal hubo entre ellas que, a seguirle intenta,
de venir a hallarle se temía,
que el fuego en que Amor lejos la sustenta
temor de cerca en yelo le volvía.
Así nueva pasión cumple que sienta
do quier que el pie o el ánimo movía,
y así del bien y mal por prueba siente
que vienen a dañar casi igualmente.

Hubo otra allí que, cuando más quejosa,
la desesperación le dio esperanza
de contarle su pena dolorosa,
de suerte que hiciese en él mudanza.
Ya está de comenzarlo deseosa
y esfuérzase en su débil confianza,
tanto que entre sí mesma ya decía:
«Pues callo mi dolor, la culpa es mía.

Mía es toda la culpa, pues no entiendo
ni procuro a mi mal remedio o cura.
No me ofende Narciso, yo me ofendo,
y él no sabe mis ansias por ventura:
él no puede saber que estoy muriendo,
si nunca le conté mi desventura,
que al viento y a los montes la descubro,
y a quien puede valerme se la encubro».

Así diciendo y sospirando, parte
a buscar y seguir el crudo amante,
pensando de qué forma y con cuál arte
le mostrase su pena y fe constante.
Ya junta la razón, ya la reparte:
«Esto diré después, esto delante»;
ora a este dicho, ora a aquél se allega
y, junto éste y aquél, afirma y niega.

Pero en el punto que a mirar llegaba
al que a paso tan duro le ha traído,
de sólo contemplalle se acordaba,
poniendo lo demás todo en olvido.
Toda junta en miralle se empleaba,
para sólo mirar tiene sentido,
y éste mil veces aun quería perdelle
viendo tan claro que le enoja en velle.

Así, lo que a otro descubrir quería,
así misma decirlo osaba apena
y queda del temor helada y fría,
el alma de dolor y angustia llena.
Sólo sabe seguir la usada vía
de estar toda en Narciso y de sí ajena,
hacer concetos y quedarse muda,
y, temiendo, esperar en vano ayuda

Entre las otras ninfas Eco andaba,
más graciosa que todas y más bella,

a quien su habla natural faltaba
por causa que ella dio para perdella,
tal que a hablar en vano se esforzaba.
Así lo permitió su fiera estrella,
juntando este trabajo y desventura
con su extremada gracia y hermosura.

Y de todo su mal causa había sido
Juno, del alto Júpiter esposa,
que buscando en un valle a su marido,
del cual andaba, con razón, celosa,
Eco delante se le había ofrecido
y, con manera de hablar graciosa,
tanto la tuvo en un sabroso cuento,
que la diosa tardó y erró su intento.

Porque tal lugar dio el entretenella
a Júpiter, que cerca la sentía,
que se pudo apartar y esconder della
la ninfa que consigo allí tenía.
Y sin que viese Juno a él ni a ella,
se escaparon los dos por otra vía.
Advertida la diosa deste engaño,
sobre Eco quiso que cayese el daño.

Y dijo: «¡Oh ninfa!, porque el mundo aprenda
a temer a los dioses, mando y quiero
que tu engañosa habla a nadie ofenda
de hoy más, y que este engaño sea el postrero,
y que no hables ni tu voz se entienda,
sino oyendo hablar a otro primero,
y replicando de la voz ajena
las últimas palabras con gran pena».

Hecho, pues, un castigo tan notable,
la diosa se partió de allí enojada,
quedando la triste Eco miserable
con dolor en el alma y lastimada:
mueve la lengua con pensar que hable
palabras con que fuese perdonada,
mas sólo, cuando Juno hablaba,
sus últimos acentos replicaba.

Extraña es la pasión que prueba y siente
de verse así la triste enmudecida,
y aunque del yerro tarde se arrepiente,
con señales se muestra arrepentida.
Tiene su primer voz siempre en la mente,
esto hace su pena muy crecida,

y acreciéntase mas con que no espera
volver ya al uso de la voz primera.

Ésta, pues, vio a Narciso que, cazando
como solía, por la selva andaba;
mírale atenta y, yéndole mirando,
por sí mesma la triste no miraba:
que por la vista Amor va penetrando
hasta que al alma y corazón pasaba,
do apenas ha pasado, apenas llega,
cuando la fuerza de ambos se le entrega.

Al Amor sin sentido se ha entregado
y a su poder del todo está rendida,
tanto que es otra y que del mal pasado
con el dolor presente se le olvida:
ya lo que suele no le da cuidado,
ya no se acuerda de su voz perdida,
que a la pasión humana que más puede
la que nace de Amor pasa y precede.

Estando de seguille o no dudosa,
en fin Amor la fuerza a que le siga.
Jamás fue de hablar tan deseosa
ni el ser muda le dio tanta fatiga;
mas, viendo ya ser imposible cosa
que el todo de su mal, ni parte, diga,
sólo que él hable es lo que pide y quiere
por poder replicar lo que dijere.

Vale siguiendo atenta y escuchando
por ver si acaso a su Narciso oyese
cualquier palabra con que, replicando,
a lo menos con él hablar pudiese.
Y de lo que desea va esperando
si en fin de su razón algo dijese
con que ella, respondiendo como suele,
manifieste un dolor que tanto duele.

Así le sigue, y cuanto más se allega
siente mayor y más cercano el fuego;
entre sí ya le habla y ya le ruega,
sin acordarse que no se oye el ruego;
ya aprueba lo que hace, ya lo niega,
y desta confusión se culpa luego,
y nácenle en el alma mil concetos
que por falta de voz son imperfetos.

Pero los ojos muestran, y el semblante,
lo que mostrar no pueden sus razones,
do cualquiera señal es tan bastante,
que en una se declaran mil pasiones.
Muévese, espera y vuelve en un instante,
según le pinta Amor las ocasiones,
que tal es en la triste la mudanza
cual el temor la hace, o la esperanza.

Perdióse tras un corzo acaso un día
Narciso por la selva donde andaba,
y el verse lejos de su compañía,
en tanta soledad, temor le daba.
Eco sola escondida le seguía,
Eco era sola quien por él miraba
para ser al peligro la primera,
si a desdicha saliese alguna fiera.

Que la muerte le viene a la memoria
de aquel hermoso Adonis, desastrada,
y Venus, que con él pierde su gloria,
sobre el sangriento cuerpo abandonada.
Teme que aquella lamentable historia
venga a ser en su daño renovada,
y el de Narciso tiene por su daño,
que el suyo ni le teme ni es tamaño.

Pues de seguir el corzo ya dejando,
quedó cansado el mozo y afligido
de ver venir la noche, recelando
que allí la ha de pasar solo y perdido.
A toda parte mira y, esperando
de alguno de los suyos ser oído,
en altas voces «Aquí estoy» decía,
y Eco sola «Aquí estoy» le respondía.

Oye la voz y está maravillado
de quién será el que habla y se le esconde;
vuelve a llamar y siente ser llamado
con sus palabras sin saber de dónde.
«Pues venid y allegad», dice espantado,
y escucha de qué parte o quién responde;
mas Eco, oyendo lo que pide y quiere,
«Venid, llegad», en alta voz refiere.

Aquí la esforzó Amor a que, saliendo,
al amado Narciso se allegase
y, decille sus ansias no pudiendo,
mostrallas con señales procurase.

Con llanto, con suspiros, y gimiendo,
ninguna hubo en amor que no mostrase,
y juntamente, aunque era todo en vano,
se llega por tomarle de la mano.

Pero Narciso, a cuya gran dureza
no puede la de un mármol compararse,
no sólo la apartó con extrañeza,
mas luego, por no vella y apartarse,
huye por do mayor es la aspereza,
diciendo, sin dejar de apresurarse:
«Antes yo muera de rabiosa muerte
que sufra que me quieras, o quererte».

No pudo aquí sufrir ya el corrimiento,
mas, gimiendo la triste y sospirando,
por la espesura se arrojó sin tiento,
«Me quieras, o quererte» replicando.
De sí le viene ya aborrecimiento,
de la gente y la luz se va apartando,
mas dentro de su pecho oye y entiende
quién de todo la culpa y reprehende.

Metida al fin en una cueva escura,
entre sí mesma habla y dice al cielo:
«Eterno movedor que de la altura
miras cuanto se hace en este suelo,
tú, que tan nueva gracia y hermosura
formaste por mi daño y desconsuelo,
no permitas que quede sin castigo
tanta fiereza y desamor conmigo.

Mas el que hizo en mí tan gran mudanza
sienta en el alma y corazón mudarse,
y pruebe qué es amar sin esperanza
quien a tantas movió a desesperarse;
y porque al daño iguale mi venganza,
él venga de sí mesmo a enamorarse,
pues ni puede probar mayor dureza,
ni vencerle podrá menor belleza.

Y en mí, que sólo para llanto y pena
y males nunca vistos fui nacida,
cúmplase presto lo que el hado ordena,
que es ser luego deshecha y consumida:
nunca será sino agradable y buena
muerte que me privare de tal vida,
pues que viene a librar mis tiernos años
de mil presentes y futuros daños».

Mientras esto consigo está diciendo,
dio el cielo de piedad señal muy clara:
vase el humor vital ya consumiendo
por el hermoso cuerpo y por la cara;
ya el frío por los miembros va corriendo,
ya el calor natural los desampara,
ya está en la mayor parte endurecida,
ya queda en dura piedra convertida.

La voz le quedó viva solamente,
mas limitada y no como solía;
vive invisible, y a lo que oye y siente
responde sin tristeza ni alegría.
Mas cuando tal ofensa Amor consiente,
para vengarse no le falta vía,
que luego tiempo y ocasión ordena
de dar a tanta culpa mayor pena.

Los montes y los llanos calentaba
con sus rayos el sol de mediodía,
cuando con su ganado reposaba
a la sombra el pastor donde solía;
de su trabajo el labrador cesaba,
para volver de nuevo a su porfía;
daba la hora reposo a los mortales
y sosiego a las aves y animales.

Narciso, que con sed y caluroso,
no menos que cansado, se hallaba,
sombra para tomar algún reposo
y agua do se refresque deseaba;
y en fin llegando a un valle deleitoso,
a una fuente su suerte le guiaba
cual nunca la halló persona humana,
ni cazando jamás Febo o Diana.

En piedra natural está cavado
el vaso de la fuente, tan guardada,
que de ninfa o pastor, ni de ganado,
ni de ave o fiera fue jamás tocada.
Defiéndela del sol porcada lado
una espesura de árboles cerrada,
y el verde suelo pintan tiernas flores
de mil diversidades de colores.

En la fuente y el valle, la natura
no dejó ningún obra para el arte,

que son sombra agradable y con frescura
parece que convida a cada parte.
Y sale la corriente a la verdura,
do con dulce sonido se reparte
en chicos arroyuelos, de manera
que hacen inmortal la primavera.

No tan presto Narciso ve delante
la dulce sombra del lugar presente,
que se alegra en el alma y al instante
a refrescarse va junto a la fuente;
donde el que, siempre amado y nunca amante,
al Amor despreció tan libremente
a pena nunca vista es condenado
de Amor, que no perdona este pecado.

¡Oh cuánto para el triste mejor fuera,
sin reposar en el ardiente estío,
seguir como era usado alguna fiera,
y aun seguilla en invierno al mayor frío,
que haber llegado a verse en lo que espera!
Mas contrastar al hado es desvarío,
que no hay mudanza en lo que cielo ordena,
o placer o pesar, descanso o pena.

Así, ya cuando de su desventura
el término y el punto era venido,
bajándose a beber vio su figura,
que vista por él antes no había sido;
pero tan desusada hermosura
como la que en el agua ha aparecido,
ni conoce que es suya, ni imagina
que humana pueda ser, sino divina.

Como a tal la saluda, y juntamente
la ve claro moverse a saludalle,
y que, lo mesmo que él, hace y consiente
en cualquier ademán y en el hablalle.
Vuelve y escucha en torno de la fuente
si el son de aquella voz entienda o halle,
mas ve que calla si él está callando,
y que cuando él escucha está escuchando.

Parécele, si él habla, que responde,
y que de verle triste se entristece;
que si él algo se aparta, se le esconde,
si vuelve a aparecer luego parece.
En fin quiere su suerte, que allí adonde
vino por refrescarse le acaece

que, por quitar la sed y ardor que tiene,
más sed y más ardor le sobreviene.

Ya no sabe qué diga ni qué haga,
ni en lo que está, ni a sí sabe entenderse;
ya recibe de Amor aquella paga
que a tal ingratitud podía deberse:
no halla cosa en qué se satisfaga,
el estarse le cansa, y el moverse,
deshácese entre sí como quien prueba
con libre corazón cosa tan nueva.

Con extraña atención al agua mira,
ni descansa en miralla ni en no vella,
ya deja de mirar y se retira,
ya vuelve sin saber partirse della.
Por quien mil sospiraron ya sospira,
quien querellas causó ya se querella,
y ya tiene los ojos de agua llenos
quien tanta derramó de los ajenos.

Mas tanta de los suyos ya llovía,
que remueve y enturbia el agua clara,
y esto la amada vista le impedía,
que siendo suya le costó tan cara.
Recélase que al valle se saldría,
parte a seguilla, y en partiendo para,
y en parando se vuelve a mirar luego
y a encender en el agua el mesmo fuego.

De nuevo se está atónito, admirado
de todo aquello en que él es admirable,
y ya el mirar le tiene en un estado
que es sobre la miseria miserable.
Y el que padece es mal tan desusado,
que por la novedad es incurable,
pues mira en sí lo mesmo por que muere
y, viéndose morir, mirarlo quiere.

Mas su mirar no entiende que es mirarse,
ni que este su querer era quererse,
ni que su desear es desearse,
ni su no conocer desconocerse:
extraño mal que a sí le dañe amarse,
que venga a ser provecho aborrecerse,
y convenga ser dél su propia vida,
antes que tan amada, aborrecida.

Ya va creciendo el agua que corría
con la que de sus ojos él derrama,
ni de comer se acuerda en todo el día,
ni hay para él noche, ni reposo o cama.
No cesa un punto su mortal porfía,
habla, gime, sospira, llora y llama,
turba la fuente con su llanto crudo,
no ve su sombra, y queda ciego y mudo.

No hay remedio ni cosa que sea parte
para consuelo de pasión tan nueva,
ni hambre o sueño que de allí le aparte,
ni otra razón o fuerza que le mueva.
Busca, tienta, procura, usando de arte,
y, en fin, ya la experiencia y larga prueba
le descubren y muestran el engaño,
que así lo quiere Amor para más daño.

Descúbrese el engaño, y él entiende
lo que hasta aquel punto no ha entendido:
que él solo es el que daña y el que ofende,
y solo es el dañado y ofendido;
que él es el que arde y el que el fuego enciende,
el movedor de todo y el movido;
que el que desea es él, y el deseado;
y, en fin, que es el amante y el amado.

¡Oh, cuál fue su dolor y, cuál su llanto,
luego que entiende lo que no entendía,
que se aumentan en él y crecen cuanto
más imposible su esperanza vía!
A las aves del aire pone espanto
y las fieras del bosque enternecía,
los árboles que cerca de allí estaban
los ramos a sus quejas inclinaban.

Eco, la triste ninfa, aunque corrida
y con tan justas causas enojada,
puesto que de su queja no se olvida
ni della ya podrá ser olvidada,
condoliéndose dél en ver su vida
de tanto bien a tanto mal mudada,
todas las veces que quejar le oía
a su clamor y quejas respondía.

«¡Oh valle, oh selva, oh montes y llanura!»
dice en voz dolorosa el desdichado,
«pues tan durable vida os dio natura,
decí, en mil siglos que ya habéis pasado,

si vistes de tan nueva desventura
un corazón humano rodeado,
o fingirse un dolor cual es el mío,
con imaginación o desvarío.

Triste, que está conmigo el bien que quiero,
y dejarme, aunque quiera, no podría,
y por el mesmo bien que tengo muero,
que si no lo tuviese viviría.
Por sólo poseello desespero
de lo que, estando en otro, esperaría.
¡Oh crudo y fiero Amor, oh caso extraño,
que en tener lo que quiero esté mi daño!

Si no cesa el deseo ni es cumplido,
aunque se goce el bien que se desea,
no siendo el amante poseído
de suerte que en sí mesmo lo posea,
injustísimo Amor, ¿por qué has querido
que sólo en mí tan al contrario sea,
que en mí tenga mi bien, y con tenelle
muera entre el desealle y poseelle?

Contra toda razón a mí me hace
más pobre y miserable mi riqueza,
lo que el cielo en mí hizo me deshace,
pues sola me ha vencido mi belleza.
Aquel que, amando, en la que más le aplace
se queja de rigor y de aspereza,
¡oh cómo sé que se satisficiese,
si un hora de mi mal probar pudiese!

Procura el amador verse presente
y estar, si puede, de su bien cercano;
yo, teniéndole en mí, soy tan ausente,
que desde cien mil leguas lloro en vano.
¡Oh si del fiero mal que esta alma siente
estuviera el remedio en otra mano,
que en mano de la fiera más terrible
fuera dificultoso y no imposible!

¿A quién iré que pueda consolarme
si el consuelo y la queja está conmigo?
¿O quién diré que venga a remediarme
si yo soy mi remedio y me persigo?
Acabe mi dolor ya de acabarme,
satisfágase Amor en mi castigo,
pues tiene, para estar bien satisfecho,
tan poco por hacer y tanto hecho.

Tenga ya fin, pues otro bien no espera,
vida tan miserable y desdichada,
y muerte su venida no difiera
donde es tan convenible y deseada.
La causa de mi muerte no quisiera
que agora, como yo, fuera acabada,
mas si vivir conformes no podemos,
conformes a lomenos moriremos».

En este punto el amoroso fuego,
sobre la yerba donde echado estaba,
de arder y consumir acabó luego
el poco humor vital que le quedaba.
Muriendo dijo: «¡Oh miserable y ciego,
amado y amador!» Y replicaba
Eco con doloroso sentimiento:
«¡Oh amado y amador!», en triste acento.

Y luego aquellos ojos se cerraron,
que para verse por su mal se abrieron,
en pago de que a tantos no miraron,
ni aun sólo ser mirados consintieron.
Si lágrimas de muchos derramaron,
en lágrimas también se consumieron,
y con morir su pena aún no cesaba,
que allá en el agua Estigia se miraba.

De toda la comarca los pastores,
luego que el caso lamentable oyeron,
lloran la novedad de los amores
y del triste suceso que tuvieron.
Cruel llaman al cielo en mil clamores,
y a la natura, porque al mundo dieron
tan sobrenatural gracia y belleza,
para llevarla dél con tal presteza.

Todas las ninfas de aquel valle umbroso
a las tristes obsequias se juntaron,
que juntas quieren dar sepulcro honroso
al cuerpo muerto que ya vivo amaron.
Buscáronle, y fue caso milagroso
que allí no pareció ni le hallaron,
y a do murió una flor no vista vieron,
que todas por Narciso la tuvieron.

Por Narciso de todas fue tenida,
y Narciso de todas fue llamada,

la cual de blancas hojas es ceñida
al derredor y, en medio, colorada.
La dolorosa muerte fue plañida
y con tristes endechas lamentada.
Eco, desde la cueva a do se esconde,
al triste llanto, no sin él, responde.

Así acabó el soberbio y desdeñoso,
el rebelde de Amor, ingrato y fiero,
cuyo suceso, aunque es tan espantoso,
ya pudo, y aún podrá, ser verdadero:
porque al Amor lo más dificultoso,
y lo más increíble, es muy ligero;
y así, toda cruel o ingrata espere
sentirlo cuando menos lo creyere.

Y si nunca a mujer jamás fue dada,
por gran ingratitud, pena tan fuerte,
¿quién sabe para cuál tiene guardada
por ventura el Amor la mesma suerte?
Viva la que es discreta recatada,
que pues hubo en el agua fuego y muerte,
más cercano peligro, y más presente,
hay siempre en el espejo que en la fuente.

[IV]

Égloga

Personas que hablan. Pastores: DAMÓN**,** TIRSI**,** FILENO**,** ALFEO

Con nuevo resplandor Febo salía
por las doradas puertas del Oriente,
dando luz a los campos y alegría,
cuando, cabe una fresca y clara fuente
que corre por un prado encaminada
murmurando al Danubio dulcemente,
se estaba, mientra pace su manada,
recostado Damón en la verdura,
en la una mano la zampoña usada,

y en la otra tenía una pintura,
la cual miraba como quien adora
obra más alta que de la natura.
Poco menos espacio que de un hora
atento contempló el retrato que era
de ninfa, al parecer, o gran pastora.
La vista, el arte y toda su manera
mostraba hombre de amor apasionado,
que teme todo mal y bien no espera.
Su canto, como le hubo comenzado,
dio bastante señal por do se crea
que toca a algún pastor alto cuidado.

DAMÓN

Bien que mi estilo pastoral no sea
-dijo Damón-, para alabar en parte
tu divina belleza, oh Galatea,
consolaráse al menos con nombrarte
un pastor a quien pudo su fortuna
quitar tan alto bien como mirarte.
Que ésta sola es ventura y, si otra alguna
tiene pastor dichoso en sus amores,
comparada con ella no es ninguna.
El bien mayor de todos los mayores,
la más subida bienaventuranza
que desearse puede entre pastores,
sólo en el mundo aquel pastor la alcanza
que en tus dichosos campos y ribera
vive seguro sin hacer mudanza.
Allí se goza siempre primavera
con tan alto placer, que no se siente
envidia de la dulce edad primera.
Allí, con Galatea, juntamente
se representa todo el bien pasado
y se goza el pasado y el presente.
Allí el pastor a quien mirarla es dado
puede bien despreciar toda bajeza,
que en alto pensamiento es elevado.
Allí se ve toda otra belleza
perder su nombre, y por ninguna vía
tomar jamás enojo ni tristeza.
Allí se ocupa toda fantasía
sólo en reposo y en contentamiento,
y en esto se mejora noche y día.
Allí se satisface el pensamiento
con el bien que a los ojos se concede,
y huyen las congojas y el tormento.
Allí el deseo o voluntad no puede
pasar más adelante o atreverse
a más del bien que del mirar procede.
Y siente sólo dél satisfacerse
tanto, que en él, como en un bien cumplido,

procura conservarse y sostenerse.
Allí pastor jamás no se ha sentido
ni, viéndola, es posible que se sienta
de dolor sojuzgado ni vencido.
Que, si pena amorosa le atormenta,
un rayo de aquel sol de hermosura
alumbra luego el alma y la contenta.
Y no se sufre mal ni hay desventura,
en esta trabajosa vida humana,
que no se olvide con tan gran ventura.

TIRSI

Fileno, o yo me engaño esta mañana
o Damón es aquel pastor que canta,
Que madrugó a cantar su queja vana.

FILENO

¿Es el que dices que con ansia tanta
lamenta su pasión que, lamentando,
los corazones de dolor quebranta?

TIRSI

El mesmo que te he dicho que llorando
pasa la vida y hele en aquel llano,
mas dejado ha de cantar y está pensando.
¡Oh, cómo es cosa cierta en hombre sano
no estimar la salud ni conservalla
hasta que la dolencia está en la mano!
Y al que sujeto en servitud se halla
la libertad perdida, ¡oh, cómo es cierto
loar la vida libre y estimalla!
Aquel pastor que allí está medio muerto,
tendido y desmayado, y que parece
tener de crudo hierro el pecho abierto,
bien lejos del dolor que hora padece,
libre y suelto le vi no ha muchos años,
mas mengua la fortuna mas que crece.
Burlar le vi de Amor y de sus daños,
y moverle a más risa el mayor llanto,
diciendo que eran fábulas y engaños.

FILENO

¿Qué era la causa que le alzaba a tanto?

TIRSI

La soltura y desdén, la gallardía,
la verde juventud y el dulce canto,
con otras buenas partes que tenía,
de que se muestra cuando largo el cielo
y cuando avaro por contraría vía.
Era su fundamento honroso celo
y, siguiendo de Marte el ejercicio
con el ardiente sol y el crudo yelo,
se aplicó de tal suerte al duro oficio,
que en él y en todo siempre se ha mostrado
sujeto a la virtud, libre de vicio.
Y, con seguir este arte, no ha olvidado
la de Apolo y las musas, ni se olvida
del trato pastoral ni del ganado,
y al tiempo que era dél menos temida
pasión de Amor, y Amor menos temido.

FILENO

Dime toda su historia, por tu vida.

TIRSI

Estándose a la sombra recogido
de un sauz en la ribera deleitosa
del lombardo Tesín tan conocido,
do quedó su zampoña tan famosa,
que entre pastores se celebra ahora
con la voz de su canto dolorosa,
pasaba acaso Silvia la pastora,
esparcidos al aire sus cabellos,
con cuyo resplandor el sol se dora.
Y en verla se enlazó de suerte en ellos,
de suerte se enlazó, que no apartaba
la memoria jamás ni el canto dellos.
Su Silvia, sin cesar, siempre cantaba,
de Silvia eran sus tratos y porfías,
y Silvano por Silvia se llamaba.
Duróle esta pasión no pocos días,
hasta que el tiempo y otras ocasiones
la fueron deshaciendo por mil vías.
Mas si perdió pasión, cobró pasiones
presto su corazón, que son bastantes
a deshacer mil fuertes corazones.

FILENO

¿Que aún vive el triste con más pena que antes?

TIRSI

Sí, que son las pasiones diferentes
cuando no son las causas semejantes:
padece nunca vistos acidentes
y, do quiera que está, tiene consigo
de muerte mil imágines presentes.
En efeto, está tal que yo te digo
que verdaderamente me pesase
de ver con tanto mal a un mi enemigo.

FILENO

Pues ¿cómo pudo ser que así mudase
tan presto voluntad y pensamiento,
y a su pastora Silvia así olvidase?

TIRSI

Hubo mil cosas, es un largo cuento,
hay muchas para darnos pesadumbre
y pocas que nos den contentamiento.
Y en fin el tiempo obró, cuya costumbre
es del monte hacer baja llanura
y del llano formar una alta cumbre.
Yo tengo para mí que fue figura
aquél destotro mal, o su apariencia,
o su demostración o su pintura:
que cierto no es menor la diferencia
de la pasión que tuvo a la que tiene,
que la de la pintura a viva esencia.
Si duerme o vela o está, si va o si viene,
en sólo velle juzgarás, Fileno,
que el cuerpo sin el alma se sostiene.
Ni ver el cielo estar claro y sereno,
ni fuente de agua clara cristalina,
ni el prado de verdura y flores lleno;
ni sombra de alto roble o verde encina,
ni de zampoña el son dulce y sabroso
a que el más duro corazón se inclina;
ni cercado de frutas deleitoso,
ni de río, en llanura o fondo valle,
manso correr o curso presuroso
han bastado jamás para apartalle
de la profundidad de su tristeza
ni a que punto menor en él se halle.

FILENO

¿Es posible que baste la dureza
de una pastora a vello y consentillo,

ni de una hircana tigre la fiereza?
Dígote cierto que, de sólo oíllo
en lo poco que aquí tratado habemos,
me duele, ¿qué hará el triste de sentillo?
Mas dime, por tu fe, pues que tenemos
tiempo oportuno, que nuestro ganado,
mirando desde aquí, pacer le vemos,
¿por qué pastora vive apasionado?,
¿qué gracia, qué valor o qué hermosura
pusieron a Damón en tal estado?

TIRSI

Ésa, Fileno, es una gran hondura,
y es una cosa que decir tan clara,
para haber de contalla, es muy escura;
tanto que, si viviera y se hallara
Títiro el Mantuano aquí presente,
a responderte dudo que bastara.
¿Y dícesme tú ahora simplemente
que de veras me ponga yo a contarte
cosa que aun no se alcanza con la mente?
No tiene entre cien mil ninguna parte
la ninfa de Damón que de contalla
no se tema el ingenio y falte el arte.

Ningún otro pastor, para cantalla,
soltar osó la voz que Damón sólo,
que sólo se sustenta en contemplalla.
Éste del uno hasta el otro polo
extender y ensalzar su nombre espera
con divino favor del sacro Apolo.
El cual, si liberal conmigo fuera
de un dulce estilo y de un sonoro canto
para poderte dar razón entera,
yo te pusiera admiración y espanto
contándote bellezas nunca oídas,
mas no es dado a mi ingenio alzarse tanto.

FILENO

No cumple que con eso te despidas,
pues la ocasión tenemos en la mano,
que de su nombre y partes tan subidas,
en nuestro pastoral estilo y llano,
me has de contar lo que se te ofreciere,
dejando el culto y ornamento vano.

TIRSI

Pues lo porfías, como yo supiere

te lo diré, con tal que no se crea
por parte de loor lo que dijere.
  El nombre de la ninfa es Galatea,
y, aquí podría acabar, aquí se encierra
cuanto bien se procura y se desea.
  Pero diré que, como se destierra
la escura niebla con furioso viento,
y como con la paz cesa la guerra,
  así todo pesar y descontento
se huye ante su vista y desparece,
y queja un solo alegre sentimiento.

  Y cuanto más alumbra y resplandece
el claro sol que la noturna estrella,
cuando montes y llanos esclarece,
  tanto la hermosura y gracia della
excede cualquier gracia y hermosura
de la que imaginar puedes más bella.
  Cantar oí a Damón que la natura,
queriéndola formar, como tuviese
comenzada a pintar la alta figura,
  admirada, temió que no pudiese
dar medio y fin a la obra comenzada
que a principio tan alto respondiese.
  Pero, de tal principio enamorada,
prosiguió su labor con tal cuidado,
que sobre perfición quedó acabada.
  En la cual sola vio que había pasado
al pensamiento el arte milagrosa
lo que en otra jamás no había igualado.
  Así, con obra tan maravillosa,
ha hecho sobre todas las pasadas
nuestra presente edad clara y famosa.
  ¡Oh, si así te pudiesen ser contadas
sus faciones de mí como las tiene
Damón en medio el alma figuradas,
  y el gesto cuya vista le sostiene,
o le sostuvo, del que ausente ahora,
morir por estos campos le conviene!
  La hermosura de la bella Aurora
no se le iguala, aunque la compañía
traya consigo de Favonio y Flora.
  Y cuando Febo por la usada vía,
esparciendo sus rayos encendidos,
da nuevo resplandor al claro día,
  si acaso en aquel hora descogidos
del blanco y sutil velo los cabellos
al aire se le muestran esparcidos,
  temen sus rayos competir con ellos,
y del vivo color de su semblante,
mucho más que les dan reciben dellos.
  Y, pasando Damón más adelante,
cantaba de la luz de aquellos ojos
que matan y dan vida en un instante.

Aquéllos que destierran los enojos
y nunca hubieron de sus vencimientos
menores que las almas los despojos.
No son cosa mortal sus movimientos,
y de otra suerte que la voz humana
resuena el dulce son de sus acentos.
En forma pastoral, rústica y llana,
te he dicho lo que alcanzo y basta en parte,
pues pensar acaballo es cosa vana,
que, si yo me pusiese hora a contarte
su valor y saber, cierto sería
meterme en confusión y a ti cansarte.
Que el tiempo, y aun la voz, me faltaría
antes que la materia me faltase,
y en lugar de alabar la ofendería.
Mas puedes ver, sin que adelante pase,
si en su pena Damón y en su cuidado
tuvo tal ocasión que le bastase.

FILENO

De todo, Tirsi, estoy maravillado
y, aunque yo cierto de Damón me duelo
oyendo cuanto vive apasionado,
paréceme que haberle dado el cielo
tan alta la ocasión al mal que siente
le debe ser esfuerzo y gran consuelo.

TIRSI

Dices verdad, mas es muy diferente
sufrir de su pastora en la presencia
o, como el triste de Damón, ausente.

FILENO

Tienes razón, que cierto hay diferencia,
mas ¿cuánto ha que a sus ansías lastimeras
añadió la fortuna el mal de ausencia?

TIRSI

Cuando de Carlo Quinto las banderas
por la fiera Germania se esparcieron
contra sus gentes bárbaras y fieras,
y a la empresa difícil se movieron
de Nápoles, de Roma y Lombardía
las gentes que has oído que vinieron,
Damón, por esta honrosa y santa vía,
dejó los campos y ribera amada

del Tesín y el sosiego en que vivía.
Y del gran César con la grande armada
se vino en estas partes por hallarse
en tan gloriosa empresa y tal jornada.
Pero su ausencia no podía excusarse,
que, aunque acá no viniera, se apartaba
de quien nunca jamás pudo apartarse:
que en aquel propio tiempo quedaba
la hermosa Galatea aparejando
para un largo camino que esperaba.
Desde entonces, en llanto y sospirando
por el ausente bien, a su fortuna
y a su siniestro hado anda culpando.

FILENO

Cuantas cosas me cuentas de una en una
me tienen espantado, y me parece
extraña y memorable cada una.
Y pues agora la ocasión se ofrece,
haz, Tirsi, que de mí sea conocido
pastor que tanto por amor padece.
Que, aunque otras veces de Damón he oído
y de su canto, no creía que fuese
del extremo que cuentas tan subido.
Pero lo que deseo, si ser pudiese,
es verle cantar solo sus amores
y poderle escuchar sin que él se viese.

TIRSI

Si le oyes, tú verás que entre pastores
no sin causa su canto es estimado,
si no fuese tan lleno de dolores.
Mas ¿no miras, Fileno, cuál se ha estado
tendido tan gran rato de aquel arte,
que parece estar muerto o encantado?
Extraño caso es, cierto, que se aparte
tan del todo de sí un amante triste,
y entero se transporte en otra parte.
Esto deseo saber en qué consiste,
y esto en Damón es lo que más me espanta,
que nunca tal extremo en pastor viste.
Hora se mueve, creo que se levanta;
mas no, que al otro cabo se rodea;
ya templa la zampoña, él cierto canta.

FILENO

Pues lleguémonos más sin que él nos vea
porque se cumpla agora mi deseo

y, oyéndole cantar de Galatea,
quiero darme a entender que allí la veo.

DAMÓN

(Sólo.)
Espesos montes, espaciosos campos,
desiertas para mí y extrañas tierras
tan lejos del mayor bien de mi vida,
¡cuán apartado ya de Galatea
forzado me tenéis, donde con llanto
la llamo ora en suspiros, ora en versos!
Y si esperase triste que mis versos
tanto se alzasen que, desde estos campos,
acompañados de mi triste llanto,
bastasen a llegar a aquellas tierras
do está mi corazón con Galatea,
cuya memoria me sostiene en vida,
tantos escribiría, que la vida
en parte se aliviase con mis versos,
y trujesen quizá de Galatea
algún su pensamiento en estos campos
donde, dejando en medio tantas tierras,
sin hora de reposo vivo en llanto.
Así, con triste y doloroso llanto
contando voy las horas de la vida
que ausente paso en tan extrañas tierras,
donde no espero que mis bajos versos
jamás pueden llevar desde estos campos
las pasiones que sufro a Galatea.
¿Cómo es posible que sin Galatea
pueda dejar de consumirme en llanto?
¿Cómo es posible que por estos campos
ya no se acabe de dolor la vida?
¿Cómo es posible que yo cante versos
della apartado en tan extrañas tierras?
Para mí los desiertos y las tierras,
todo es igual, no viendo a Galatea:
por ella me agradaron ya los versos
y por ella me agrada agora el llanto,
por ella pasaré mi triste vida
contento como fiera por los campos.
Así como a las fieras dio los campos
y a los hombres el cielo dio las tierras
donde pasen el curso de su vida,
así la vista de mi Galatea
me ha dado por consuelo de mi llanto
Amor y por sujeto de mis versos.
Tiempo fue ya que de amorosos versos
hice yo resonar algunos campos
como éstos baño agora con mi llanto,
agora que hay en medio cien mil tierras
desde mis ojos hasta Galatea,

en cuya vista sola está mi vida.
  Mas mientras el cielo me concede vida,
y a mi canto la voz, siempre en mis versos
el nombre sonará de Galatea
por montes, por riberas y por campos,
y llegará a las más extrañas tierras
la alta ocasión de mi continuo llanto.
  No me es tan grave mi continuo llanto,
ni tan grave el dolor con que la vida
voy consumiendo por extrañas tierras,
como ser bajo estilo el de mis versos
para alzarse a cantar por estos campos
tu nombre y hermosura, oh Galatea.
  Mas mi rústica lira, oh Galatea,
así bañada y húmida del llanto,
procura levantarse por los campos
tanto, que pueda dar eterna vida
a tu precioso nombre y a mis versos
por todo lo poblado de las tierras.

  Si quisiese llevar a aquellas tierras
que gozan de mirar a Galatea
este aire un son de dolorosos versos,
y con ellos llevase un triste llanto,
quizá algún tiempo no sería mi vida
tan triste y dolorosa por los campos.
  Ni flor de tal belleza por los campos
ni bien ninguno en estas o otras tierras
concedió el cielo a nuestra mortal vida
que pueda compararse a Galatea,
por quien sospiros y continuo llanto
hacen de dulces ásperos mis versos.
  Bien ásperos son ya mis dulces versos
y voces son perdidas por los campos,
vano es mi triste y doloroso llanto,
pues en él, apartado de las tierras
que alegra con su vista Galatea,
consumiéndose va mi triste vida.
  Mas si por bien de mí penosa vida
fuera a escuchar mis dolorosos versos
presente, como un tiempo, Galatea,
no me fueran extraños estos campos,
naturales me fueran estas tierras
y extremo placer fuera el triste llanto,
  que así el placer que tuve es vuelto en llanto
y vuelta ya mi alegre en triste vida
en tan extrañas y apartadas tierras,
y muy otro el estilo de mis versos
de aquél que en el Tesín y que en sus campos
resonaba, presente Galatea,
  do hicieron, partiendo Galatea,
las ninfas del Tesín extremo llanto
y alegróse Sebeto, con sus campos:
allí causa su vista alegre vida,

allí se ven cantarse eternos versos,
que el sol solas alumbra aquellas tierras.
No hay distancia de tiempo ni de tierras
que esta alma aparte ya de Galatea
y, aunque poco se cure de mis versos
y aunque menos se cure de mi llanto,
véala yo y acábese mi vida,
ribera del Sebeto y en sus campos,
que para mi no hay campos ya, ni tierras
ni vida, sino ver a Galatea
y, no viéndola, son llanto mis versos.
(Acaba DAMÓN**.)**

FILENO

Dígote, Tirsi, que, si yo no oyera
el canto de Damón como le he oído,
jamás pudiera ser que lo creyera;
mas agora conozco que no ha sido
el loor que le das demasïado
ni sobre la verdad encarecido.
Y verdaderamente su cuidado
es gran razón que entre pastores sea
dolido como propio, y aun llorado.
Y de que su pastora Galatea
pasión de amor tan grande se agradezca,
pues en tal voluntad mal no se emplea.
Y debe consentille que padezca,
pues que de padecer él se contenta,
mas no tan sin alivio que perezca.

TIRSI

En este punto se me representa
un paso entre los otros señalado,
con que la compasión se me acrecienta,
y es que, habiendo ya Damón pasado
pasión gran tiempo por esta pastora,
como en suma, Fileno, te he contado,
llegando el crudo término de la hora
en que le era forzoso ya venirse
aquí do vive, como ves, agora,
quiso vella Damón para partirse
y, venido con ella al postrer punto,
al postrero y mortal del despedirse,
él della, y dél el alma, todo junto
se iba apartando tal, que en un instante
vio al pastor ante sí vivo y defunto.
Aquí mostró piedad en el semblante
y, en ver que del dolor de la partida
el peligro iba ya tan adelante,
tocó a Damón la mano ya la vida,

con que se alzaron y pudo esforzarse
la virtud ya del alma enflaquecida.
Así pudo partir y así salvarse
de aqueste duro trance y peligroso,
harto más en efeto que en contarse.

FILENO

Tiénesme, Tirsi, ya tan deseoso
de ver a ese pastor y de hablalle,
que hasta cumplillo no tendré reposo.

TIRSI

Pues lleguemos, que es tiempo a no dexalle
entrar tan hondo en su malenconía,
que después no podamos despertalle.
¿Es posible, Damón, que noche y día,
sin reposar jamás del triste llanto,
sigas la usada y dolorosa vía?
¿Y que estés al dolor sujeto tanto,
que de querellas siempre y de clamores
hinchan los campos tu zampoña y canto?
Ya tu mal es común, que entre pastores
a muchos tiene tristes tu tristeza
y dan dolor a muchos tus dolores.
Esfuérzate, que en parte es ya vileza,
y aquél es el honrado y entendido
que muestra en caso adverso fortaleza.

DAMÓN

Tirsi, la voluntad que he conocido
en ti de tanto tiempo me asegura
que te duele mi mal y te ha dolido.
Mas el esfuerzo, hermano, y la cordura
suelen aprovechar en la dolencia
do se puede esperar remedio o cura.
Desta hay a mi pasión gran diferencia,
tal diferencia, Tirsi, que yo muero
de amor sin esperanza y en ausencia.

TIRSI

Con todo, no desmayes, que yo espero
ver convertidas tus desconfianzas
en un esperar firme y verdadero.
En todo lo mortal hay mil mudanzas
y cierto, cuando menos lo pensares,
verás resucitar tus esperanzas.

No tienen tanta fuerza los pesares
que, siendo tan mudables los placeres,
no muden también ellos sus lugares.
Y ahora hay más razón de que lo esperes
con la ayuda y consuelo de Fileno,
que es cual verás cuando le conocieres.

FILENO

Tras un día, Damón, cargado y lleno
de ñublado, granizo, de agua y viento,
vemos otro venir claro y sereno.
Sujeta es toda cosa a movimiento,
y no debes dudar que se te siga
placer tras tanto descontentamiento.

DAMÓN

Pastor, sin conocerte, a ti me obliga
verte tan inclinado a mi consuelo,
aunque ya no le tenga mi fatiga.
Mas ¿cómo le tendrá si quiere el cielo
que sienta en el más vivo fuego helarme
y arderme siempre en el más crudo yelo,
y vea entre contrarios acabarme,
do puedan todos y ninguno quiera
ni dejarme que viva ni matarme?
En esta vida Amor quiere que muera,
y en esta muerte quiere Amor que viva,
do el morir, porque es bien, aún no se espera.

FILENO

En pena que es tan grande y excesiva
también es fuerza que muy grande sea
la causa de do nace y se deriva.
Y esto me hace que del todo crea
ser cierto, cuales Tirsi me ha contado,
las partes y el valor de Galatea.
Y debes vivir menos congojado,
que, pues tal ocasión de pena tienes
cual nunca a otro pastor el cielo ha dado,
tus quejas es muy justo que refrenes,
que contra el mal, aunque es tan congojoso,
su causa te da alivio con mil bienes.
Aquel hijo de Amílcar tan famoso,
enemigo mortal, y tan temido,
del Imperio Romano poderoso,
en Pulla fue de bajo amor vencido,
y no pudo ni supo defenderse
quien tanto a la gran Roma había ofendido.

Pues ¡cuánto debe menos de dolerse,
si a vil amor tal hombre fue sujeto,
pastor que en tal estado alcanza a verse!
Juzgar he visto siempre por defeto
el dejarse vencer de adversa suerte,
y más cuanto es el hombre más discreto.

DAMÓN

Resístese, Fileno, a un caso fuerte
con ánimo viril y entendimiento,
mas no al siniestro hado ni a la muerte.
Vosotros comparáis el mal que siento
al común que en amor suele sentirse,
y va muy diferente deste cuento.
Que no sólo no puede el mío decirse
con torpe ingenio o lengua, mas no puede
con juicio muy alto presumirse,
porque tanto mi mal todo otro excede,
cuanto todo valor es excedido
de aquella alta ocasión de do procede.

[V]

Égloga

Égloga y contienda entre dos pastores enamorados sobre cuál dellos padece más pena: Silvano, que habiendo dicho la suya es maltratado, o Damón, que no la osa decir

SILVANO

Huid, mis ovejuelas, deste pasto
y desta yerba que mi llanto baña;
huid bien lejos, porque no es posible
que el triste humor que de mis ojos llueve
no deje emponzoñado cuanto toca;
id por donde os guiare vuestra suerte,
pues nunca podrá seros tan contraria,
que no os lleve a más sana y mejor parte
que el triste pastor vuestro, a quien su hado

no le lleva jamás sino por donde
más sin flor ni verdura están los campos,
más sin hoja los bosques y las selvas,
y por donde más turbias son las fuentes,
sólo porque jamás pueda ofrecerse
vista alegre a estos ojos desde aquélla
que, mudando mi ser de todo punto,
al libre corazón pasó por ellos;
y tras ella mil falsas esperanzas
con que, engañado el triste, entregó luego
toda su libertad a quien agora
en vivo fuego le sostiene ardiendo
sin poder acabar de consumirse.
Y Amor lo quiere así porque se muestre
en mí su mayor fuerza, y porque aquéllos
que por él más padecen, con mirarme,
viendo lo que padezco, se consuelen.

DAMÓN

¿Quién será aquel pastor que, por lo seco
y por donde jamás abril ni mayo
dieron señal de alegre primavera,
lleva el ganado y, en acentos tristes,
de amor, si no me engaño, se querella
y dice que su mal es el consuelo
de los mayores que en amor se sienten?
Yo, que no pienso que pastor ninguno
padeciese jamás lo que padezco,
saber quiero la causa, si pudiere,
por que tanto se duele, y serme ha cierto
no poco alivio, si entender me hace
que pueda ser su mal mayor que el mío
o que pueda igualarse, o que no sea
su fuego cabe el mío una centella.
Pues ea, triste ganado, vamos luego
a contar y entender las ocasiones
de mi mal y del suyo, que no puede
dañarnos esto, cuando no aproveche.
Mas, si con la razón no me ha quitado
también Amor la vista y estoy ciego,
Silvano es el pastor, de quien ha poco
que en este lugar mesmo yo y Fileno
tratamos largamente, que le vimos
el pastor más contento deste valle,
más lejos de pasión y más alegre;
y agora veisle triste y doloroso,
llorando, y arrimado a un árbol seco.
Derrámase el ganado por do quiere,
sin concierto, sin orden y sin guía,
y él sin moverse, como dura piedra
o tronco de aquel árbol do se arrima,
apenas muestra la figura de hombre.

Dime, Silvano, así el amargo llanto
y esos sospiros que del alma salen
puedan, tan presto como tú deseas,
mover y enternecer a tu pastora,
¿qué suerte o qué desgracia te ha traído
por parte tan estéril y tan sola,
llorando y sospirando, tal que haces
mover a compasión las duras piedras,
donde te vimos tan alegre siempre,
que nunca vi pastor entre nosotros
tan libre o tan contento de su suerte,
que de la tuya no tuviese envidia?

SILVANO

Huye, Damón, el son de mis querellas,
si tristeza y lamentos no te agradan;
apártate de mí, pues no ha nacido
tan cruda fiera en monte ni aspereza
que, oyendo mi dolor, no se apartase.

DAMÓN

Mas antes huye tú, si de tus males
algún alivio esperas con el tiempo,
que yo estoy bien seguro quela pena
que está en lo más oculto de mi pecho,
oyéndola contar, hará que digas
que es la tuya descanso verdadero,
porque, si al son de su famosa cetra
las piedras y los árboles movía
y tras sí los llevaba el tracio Orfeo,
no dudo yo que, oyéndome, se muevan
y los traya tras mí ni más ni menos
la fuerza de mi mal no de mi canto.

SILVANO

Para oír mis acentos yo no he visto
las piedras ni los árboles moverse,
mas podellos oír sin apartarse
es caso para mí más admirable
que si, al sonoro canto y la zampoña
de Títiro pastor, se refrenaba
el presuroso curso de los ríos,
y si, olvidadas de pacer las vacas
al canto de Damón y Alfesibeo,
se quedaban suspensas por los campos.
Bien que mi canto no se iguale al suyo,
mi llanto, mi dolor y mi tristeza
a mayores efetos bastarían.

Y, con todo, no quiere Amor que basten
a mover con su fuerza una pastora,
mas no pastora, sino tigre hircana,
do se juntó no vista hermosura
con extrema fiereza nunca oída,
tal que no sólo mi pasión no estima,
pero ni oírla ni entenderla quiere.
Esto me trae, cual me ves agora,
por esta parte estéril y desierta
huyendo el trato humano, y huiría
mucho más de mí mesmo si pudiese.

DAMÓN

¡Dichoso tú, pues alcanzaste en suerte
mover un corazón con justas quejas
de amorosa pasión!, que ser tan duro
no puede al fin que con un luengo llanto
y continos sospiros no se venza,
pues vemos siempre la señal que hace
una gota continua en una piedra.
Mas ¿cómo esperaré jamás yo, triste,
que se venza ni mueva mi pastora,
si temo más que al fuego descubrille
aquél en que por ella vivo ardiendo?

SILVANO

¿Y es ésa la ocasión por do pretendes
fundar que ningún mal se iguale al tuyo?
¡Triste de mí!, que tú a lo menos puedes
miralla y contemplalla cada hora,
y aliviar tu pasión de mil maneras,
gozando ora del son de sus palabras,
ora del resplandor de aquellos ojos
que, mirados, alivian y, mirando,
no sólo dan alivio mas consuelo.
Pero yo ¿de qué gozo?, ¿de qué vivo?
¿o de qué me sustento? Pues aquélla
a cuya voluntad rendí la mía,
cuanto más puede en mí, más desdeñosa,
sin quererme escuchar, huye y desprecia
todo cuanto padezco y cuanto digo.

DAMÓN

¿Qué me aprovecha a mí que cien mil veces
pueda ver y mirar a mi pastora,
si Amor no me asegura que, cuando ella
venga a saber que de mirarla vivo,
se satisfaga dello y se contente?

Demás de que este bien no satisface
por ser tan solo y general a todos.
Mas tú, que ya conoces que la tuya
huelga de tus pasiones y las sabe,
¿cómo dejas de dar a Amor mil gracias
de verla estar alegre y ver que gusta
de tu mal, de tu llanto y tus sospiros?

SILVANO

De todo eso no cura ni lo estima
ésta, que con su gracia y hermosura
va tan soberbia, que despreciaría
al hermoso Narciso y Ganimedes,
y cuando fuese así que ella gustase
de verme padecer cuanto padezco,
éste ¿cómo podrá llamarse alivio,
siendo cosa tan áspera y terrible
servir sin galardón quien sirve y muere?
Mas tú te quejas sin razón ninguna
teniendo, como tienes, cada hora
lugar de descubrir el mal que sientes
y pedir tu remedio o tu consuelo,
lo cual, si por ti queda y no lo haces,
tuya es toda la culpa de tu pena.

DAMÓN

No ha probado lo que es morir viviendo,
ni penas cuales son las del infierno,
quien no ha sentido en sí cómo combaten
a un triste corazón enamorado
de una parte temor, de otra esperanza,
que le ponen los dos en más peligro
que dos vientos contrarios a una nave.
Yo, que lo pruebo, sé que no podría
probar mayor dolor: que el uno quiere
que yo diga mi mal y me promete
no poco galardón por lo que sufro;
hiélame el otro dentro de mis venas
toda la sangre, y el hermoso gesto
de más claro que el sol me hace escuro,
amenazando enojos y desgracia
y de quitarme el bien con el cual sólo
quieres que pueda yo vivir alegre.
Y el alivio que tiene el que se queja
de quien le da pasión, y el que tú tienes,
aún ése se me niega, porque della,
aunque cause mi mal, yo no podría
quejarme, si no sé que lo consiente.
Esto de tu pastora tú lo sabes,
que consiente tu mal, y así tú puedes

quejarte cada hora con gran causa,
haciendo resonar valles y montes
de su gran crueldad y de tus penas;
lo cual al menos es un intermedio
con que sus corazones afligidos
suelen desahogar los miserables.

SILVANO

No por eso es menor mi desventura,
ni pienses que oso yo tan sueltamente.
quejarme a cada paso como dices,
porque, demás del ofenderla, temo
que mis justas querellas en el cielo
vengan a ser oídas, y decienda
justo castigo sobre mi pastora,
el cual no puede ser sino muy grande
si con su gran dureza se conforma.
Así yo, que mil veces al momento
me arriscaría a morir por excusalle
un pesar o desgusto muy ligero,
no siempre digo la pasión que siento,
mas ella dice tanto con ser tanta,
que vendrá a declarar, aunque yo calle,
mi fe y su crueldad, ya brevemente,
do se verá que destos dos extremos
ninguno tiene igual sino es el otro.

DAMÓN

Yo, en fin, muero callando y tú te quejas,
y el quejarte es alivio y, cuando callas,
también dese callar recibes gusto,
pues que con él entiendes que aseguras
de tan justo castigo a tu pastora.

SILVANO

¿Qué gusto puede dar lo que se hace
por otro, no sabiendo ni esperando
que aquél a quien le toca agradecello
lo sepa, ni lo entienda ni lo crea?

DAMÓN

Con esa razón mesma te convences
y viene a quedar claro que el que calla
padece mucho más que el que se queja,
y también muestra voluntad muy tibia
el que, no por tenella puramente

sino por algún fin, hace por otro
o deja de hacer alguna cosa.

SILVANO

Antes ama muy poco el que no quiere
y, junto con querello, no procura
que la que causa su pasión entienda
cuánto hace por ella y cuánto sufre.
Mas tú, como no sientes en efeto,
la pena que encareces con palabras,
puedes así encubrir lo que dirías
bien o mal, como yo o como pudieses,
si fuese tu dolor cual es el mío.

DAMÓN

Si poco amase, poco estimaría
su enojo y su desdén, y así la pena
que por ella me aflige y me atormenta
se la diría sin temor ninguno;
pero porque amo tanto, que no puede
igualarse mi amor ni encarecerse,
antes escojo de morir callando
que ponerme a peligro de que viese
enojo o turbación en aquel gesto
cuya serenidad amansaría
la furia y tempestad del mar airado.
Y así no iguala con mi amor el tuyo,
porque, si tanto amases cuanto muestras,
no te sería el padecer por ella
cosa tan grave, ni con tus razones
desgusto y pesadumbre le darías,
conociendo por prueba que de oírte,
con razón o sin ella, en fin se enoja.

SILVANO

Antes, porque mi amor al tuyo excede
cuanto el sol en lo claro a las estrellas,
sufrir no puedo, y tengo portan duro,
que me falte la gracia que deseo.

DAMÓN

Muy claro está que el porfiar pidiendo
a cualquier persona lo que niega
da nombre de importuno al que lo pide,
y el que ha de dar se cansa y se endurece.

SILVANO

Mas no pedir lo justo dirán todos
que arguye cortedad y gran torpeza,
y pedirlo con miedo es claro indicio
de no se merecer lo que se pide.
Por donde yo, que por amor merezco
cuanto amor puede dar, pido y procuro
el justo galardón de mis servicios
y, aunque éste se me niega y yo lo veo,
no lo puedo creer, según es grande
la razón que a pedirlo me asegura.
Mas tú, que por tu amor entiendes claro
tu poco merecer, casi adivinas
lo que podrá en razón acaecerte,
y así tienes empacho y te embarazas
y dejas de tratar de tu remedio:
lo que debe bastar para otorgarme
que en amor y pasión yo te precedo.

DAMÓN

Entonces diré yo que me precedes
cuando de más amor y de más pena
proceda, como dices, la soltura
y la importunidad a que te atreves;
mas esto es al revés, que el temor siempre
del verdadero amor fue compañía,
y así es notorio indicio y manifiesto
de pasión verdadera y de amor puro
el miedo y embarazo que condenas,
como es cierta señal la lengua suelta
de suelto corazón y no de atado,
y como del osar ser importuno
se infiere libertad más que cadena.

SILVANO

Yo veo dos pastores que cantando
parece que a nosotros se enderezan,
por donde convendrá que por agora
cese nuestra contienda y que esperemos
para determinarla a mejor tiempo,
y pidamos los dos al cielo juntos
que, antes que estos collados y estos montes
esta verde color en blanca muden,
haga en nosotros nuestro mal mudanza
y, como hora en dolor el uno al otro
exceder procuramos, de descanso
y de contentamiento sólo sea
nuestro razonamiento y nuestro trato.

[VI]

La contienda de Áyax Telamonio y de Ulises sobre las armas de Aquiles

Después que el fuerte v animoso Aquiles,
terror de Troya y de su Grecia escudo,
fue muerto por el arco y por la mano
de Paris, que robó la griega Helena,
luego se mueve en todo el campo griego
rumor y disensión sobre las armas
que, de los más famosos capitanes,
cada cual por su parte las desea.
Y no por la riqueza, aunque eran ricas,
ni por la fortaleza, aunque eran fuertes,
sino porque el varón a quien se diesen
con ellas alcanzaba preeminencia
sobre todos los griegos, pues le daban
por justo sucesor del grande Aquiles.
En todos los señores principales
general y muy grande era el deseo
de tanto grado y de tanto nombre,
mas la misma grandeza del negocio,
y ser tan importante la demanda,
les pone tal temor, que todos callan
sin osar declarar que lo pretenden.
No lo declara Ayace el Oileo,
ni quiere declarallo Diomedes,
ni muchos otros, y aun los mismos reyes
tuvieron por mejor no declararse.
Solos dos caballeros, uno el hijo
de Telamón y el otro el de Laerte,
muestran en su valor gran confianza
de merecer tal honra, anteponiendo
sus méritos y partes cada uno.
Mas el rey Agamenón, que no quiere
determinar por causas muy bastantes
cosa de tanta envidia y pesadumbre,
mandó juntar los capitanes griegos
en medio de su campo, donde a todos
les cometió el juicio y la sentencia
de la contienda que los dos trataban.
Los capitanes griegos se juntaron
y en pie la vulgar gente los cercaba,
cuando de en medio se levanta Ayace

y, mostrando en el rostro la fiereza
de un ánimo impaciente arrebatado,
la ribera del mar mira y la armada,
a la cual señalando con las manos:

«¿Cómo sufres, oh Júpiter -comienza-,
que tratando esta causa ante estas naves
ose comigo compararse Ulises?
¡Ulises, que huyó en el punto que Hétor
acometió a quemallas con su gente!,
lo cual le sucediera, si el esfuerzo
y el valor deste pecho y deste brazo
no se lo defendiera y apartara
de nuestras naves el cercano incendio.
Pero más fácilmente se sustenta
con fingido hablar una contienda
que con armada mano una batalla,
y tanto me es a mí dificultoso
el decir con el arte que éste dice,
como a él el hacer lo que yo hago:
porque cuanto yo valgo en los peligros
y en los grandes efetos de la guerra
tanto presume de valer hablando
sin medir la distancia y largo trecho
que hay desde sus palabras a mis obras.
No pienso, oh griegos, que convenga agora
recontaros mis hechos, pues los vistes;
cuente el facundo Ulises sus hazañas,
que, por facundamente que las cuente,
veréis en ellas la verdad envuelta
entre dos mil ficiones que la encubren.
Ya de los casos donde él más se alaba
en ninguno jamás hubo testigos
sino sola la noche y sus tinieblas,
porque la claridad nunca acompaña
tal hombre, tales obras ni tal vida.
No dejo yo de ver que claro veo
de cuán gran importancia es lo que pido,
mas el competidor que se me opone
disminuye esta gloria en muy gran parte,
por donde, aunque de sí la cosa es grande,
ni en mí ha sido soberbia el pretendella,
ni será demasía el alcanzalla,
pues la ha pedido y esperado Ulises.
Él no puede perder ya en este caso,
el premio tiene ya desta contienda,
pues, cuando bien la pierda, dirá el vulgo
que en fin ha osado competir conmigo.
Y de que esto se diga puede honrarse
cuanto yo por razón sentirme dello.
En mí, si la virtud dudosa fuese
y no tan clara como ya se ha visto,
es tan alta mí sangre y mi nobleza

que, sin las otras partes, a esta sola
no pueden igualar todas las suyas.
Telamón el famoso fue mi padre,
el cual tomó con Hércules los muros
de Troya, y con Jasón navegó en Colcos;
Éaco fue su padre, abuelo mío,
que es severo juez de aquella parte
donde Sísifo con la grave piedra
por sus maldades vive atormentado,
y Éaco confesó Júpiter mesmo
ser su progenie, y así dél agora
vengo yo a ser tercero descendiente.
Y no quiero que en esto me aproveche
ser de tan alta sangre como he dicho,
si de la mesma no desciende Aquiles:
todos sabéis que era mi primo hermano,
ved si debe heredar antes sus armas
el que era su pariente tan estrecho,
que Ulises, descendiente de Sísifo,
al cual en los engaños y en los hurtos
es tan conforme cuan cercano en sangre.
Yo no puedo pensar cómo o por dónde
una razón tan clara se me niegue,
si venir yo primero a esta jornada,
y en ella pelear como se sabe,
no viniese a dañarme por ventura;
ni sé en qué pueda Ulises confiarse,
si ser venido aquí de los postreros
a mostrar su vileza y cobardía
no viniese por caso a aprovechalle,
o haber fingido, por quedarse en Grecia,
que estaba loco cuando Palamedes
con gran destreza descubrió el engaño
y le trajo por fuerza en esta empresa.
No puedo yo creer, ni ha de creerse,
que el valor y prudencia de los griegos
quiera que en tales armas tenga parte
el que nunca jamás tuvo ninguna
en cosa que con armas se hiciese.
A Júpiter pluguiera, y a los dioses,
que la locura que él fingió de miedo
fuera verdad, o al menos se creyera,
y con nosotros no viniera a Troya,
que Filotetes, hijo de Peante,
a quien él fue a llamar como a heredero
de las saetas de Hércules fatales,
y necesarias en la empresa nuestra,
no viviera muriendo agora en Lemnos,
donde déste quedó desamparado
y a do cuentan que come y que se viste
de las aves que mata y de las fieras,
usando en esto, no sin nuestra afrenta,
de aquel arco divino y las saetas
que sólo contra Troya habían de usarse,

como estaba dispuesto por los hados.
Allí, de las cavernas donde habita,
gimiendo y sospirando, pide al cielo
del hijo de Laertes la venganza,
y ha de esperarse, si en el cielo hay dioses,
que no la pedirá gran tiempo en vano;
mas, con todo su mal y desventura,
aún vive por no haber seguido a Ulises.
Y si lo mesmo, por su bien, hiciera
el miserable y triste Palamedes,
o bien no fuera muerto o, a lo menos,
lo fuera sin la infamia y el mal nombre
que le vino de Ulises falsamente,
no por otra razón que por el odio
de habella Palamedes descubierto
en Grecia la fición de su locura.
Por esto le acusó de que trataba
contra los griegos con el rey troyano,
y fingió los presentes y las cartas
que al triste dieron miserable muerte
con nombre de traidor, más convenible,
cierto, al acusador que al acusado.
Así, con cruda muerte o con destierro,
procura de quitarnos tales hombres;
así muestra su esfuerzo, así pelea,
y así puede temerse el sabio Ulises,
el cual, aunque en palabras y elocuencia
pase y exceda al venerable Néstor,
no negara que en el desamparalle
no mostrase vileza manifiesta,
cuando el buen viejo, por su edad cansado,
y el caballo herido, le llamaba
pidiéndole socorro en su peligro,
donde él, de miedo, sin vergüenza alguna,
desamparó, huyendo, al compañero.
No finjo nada yo ni lo encarezco,
Diomedes será desto buen testigo,
que le llamó mil veces por su nombre
para que a Néstor se le diese ayuda
y, no pudiendo al cabo detenelle
con ásperas palabras ni con blandas,
él dio el socorro y remedió su falta.
Pero los dioses miran justamente
del cielo nuestras obras, porque luego
se vio necesitado de socorro
éste que no lo dio siendo llamado,
y fuera bien dejalle, como él deja
a los que van con él, y que probara
con su daño la ley que él mismo puso;
mas yo, que me hallé presente acaso
y perdido le vi de puro miedo,
pasé, sin esperar que me llamase,
delante dél, y con mi fuerte escudo
le defendí oponiéndome a la furia

de las armas troyanas, de las cuales
en fin salvé la temerosa vida,
y él, que mostró cuando llegué a ayudalle
no poderse mover de muy herido,
como libre se vio, huyó volando,
sin que le detuviesen las heridas.
Pues veis dónde Hétor entra en la batalla,
y los dioses con él que le acompañan,
y, por do pasa, no tan sólo Ulises
pero los fuertes temen y se apartan;
yo, que sufrir no puedo ver teñida
la espada de Hétor en la sangre griega,
me le pongo delante y hago tanto,
que en fin por esta mano vino a tierra.
Y cuando uno llamó de entre los griegos
que con él combatiese solo a solo,
y a mí, como sabéis, tocó la suerte,
yo combatí con él y me sostuve
en singular batalla todo un día.
Y si me preguntáis cuál fue el suceso,
diré que no vencí, mas que tampoco
perdí de mi valor tan sólo un punto;
y es de estimarse el no perder con Hétor
no menos que ganar con cualquier otro.
Pues cuando en multitud, con hierro y fuego,
no sin favor de Júpiter eterno,
salieron a quemarnos nuestra armada
con ímpetu tan grande los troyanos,
¿dó estaba entonces el facundo Ulises?,
¿dó estaba su elocuencia, o de qué fruto
nos fueron sus razones bien compuestas?
Su lengua y el decir artificioso
mal nos valieran donde convenía
otro remedio que el de sus palabras.
Pues tal le di yo luego, y no encubierto
sino a la vista de todos, peleando:
yo resistí a los fuertes enemigos,
yo defendí estas naves y, con ellas,
la esperanza salvé de nuestra vuelta.
Y no pueden valer las armas tanto,
cuando a la cantidad deba mirarse,
que mucho más no valgan tantas naves;
pues si la calidad sola se estima,
no le falta ninguna al que esto hizo
para pedir, y aun merecer, las armas.
Antes, si la verdad decirse sufre,
más les conviene que las traiga Ayace
que a mí puede el traellas convenirme,
porque, faltando aquel famoso Aquiles,
de sus armas Ayace es demandado
sin que en esta contienda él las demande.
Compare agora el ítaco con esto
la muerte de Dolón y la de Reso,
Y a Héleno el de Príamo cautivo

con el Paladion por él robado.
Hechos muy dignos verdaderamente
de aquella escuridad con que él los hace,
como sola también la escura noche
es propio y digno tiempo de sus hechos,
entre los cuales, si por caso alguno
se merece estimar, ha de contarse
por obra de Diomedes más que suya,
al cual debe tocarle justamente
de las armas también la mayor parte,
cuando por yerro a Ulises se le diesen;
mas ni aun por yerro pueden darse a Ulises,
a quien nunca vio el rostro un enemigo,
y cuando hace más los acomete
desarmado, de noche y con engaño.
Y así pretendes cosa bien contraria,
Ulises, de tu intento y tu costumbre,
porque del yelmo el resplandor y el oro
te manifestarán cuando te escondas,
y podrás con el tuyo, o sin ninguno,
huirte y esconderte como sueles;
y es grave y no conviene a tu cabeza
el peso que en la suya trajo Aquiles,
ni a tu débil siniestra y temerosa
el escudo en que el mundo está esculpido,
y así te basta el tuyo, pues le tienes
sin golpe de enemigo, entero y sano;
mas yo he menester otro, que está el mío
roto de pelear por muchas partes.
Pues lanza de tal peso y tal grandeza
también es trabajosa para un brazo
tan diverso de aquél que la traía.
Y hay otro muy mayor inconveniente:
que, siendo el peso de las armas grande,
por fuerza te hará de muy ligero
no poderlo ser tanto en la huida.
No sé lo que te mueve a demandallas,
pues, si tú mesmo conocerte sabes,
claramente verás que en ti serían
más cierta presa de los enemigos
que espanto ni temor al menor dellos.
En fin, si ante los griegos, como es cierto,
obras han de valer más que palabras,
si al bien decir el bien hacer precede,
pongan las armas del famoso Aquiles
a las puertas de Trova, o do se viere
el escuadrón más fuerte de troyanos,
y aquél que por su esfuerzo las cobrare
por todos se le den, y así se acabe
sin réplica ninguna esta contienda».

Acabó Ayace, y de la postrer parte,
donde su causa remitió a la prueba,

en general trataba todo el vulgo,
cuando el prudente hijo de Laerte
se levantó y, habiendo ya tenido
los ojos algún tanto en tierra bajos,
alzándolos, miró a los capitanes
y tan graciosa cuan facundamente
soltó la voz de todos ya esperada:

«Si mis ruegos, señores, y los vuestros
valieran con los dioses inmortales,
no hubiera duda ni contienda agora,
porque gozara Aquiles de sus armas
y dél nosotros; pero pues los hados
a vosotros y a mí negaron esto
-aquí mostró llorar, y con la mano
limpió como de lágrimas los ojos,
y luego prosiguió-, ¿quién mejor puede
o debe suceder al grande Aquiles
que por quien sucedió que, en favor vuestro,
pudiésedes tener al mesmo Aquiles?
Y como aprovechar no debe a Ayace
aquel poco saber que tiene y muestra,
así no ha de dañarme a mí el ingenio,
que tanto aprovechó siempre a los griegos,
ni debe mí elocuencia, si es alguna,
perder de su valor ninguna parte
por la simpleza y por la envidia déste.
A cada uno es justo que le valgan
los méritos y partes que tuviere,
porque el alto linaje, los abuelos,
las famosas hazañas que hicieron
y cuanto no depende de nosotros,
apenas osaré llamarlo nuestro.
Mas pues Ayace por jactancia cuenta
que del muy alto Júpiter deciende,
no desconviene que también yo diga
que de Júpiter vengo al mismo grado:
Laertes fue mí padre, Acrisio abuelo,
que fue hijo de Júpiter, y entre éstos
ninguno fue por muerte de su hermano
condenado como otros, ni en destierro;
pues por mi madre, no menor nobleza
puedo mostrar, que vengo de Mercurio,
y así deciendo por entrambas partes
de Júpiter inmenso y poderoso.
Pero que yo por la materna sangre
más generoso sea y que mi padre
no matase a su hermano no me importe,
ni quiero que me valga en mi demanda.
Sólo a los propios méritos se atienda.
Y éste no espere que ayudarle pueda
que Peleo y Telamón fuesen hermanos,
ni que las armas del famoso Aquiles

se deban heredar por parentesco,
que así no las habrá, pues han de darse
por premio de virtud, no por herencia;
y, cuando a sólo el deudo se mirase,
menos causa tendrá de demandallas,
pues las debe heredar el más propincuo:
Peleo es padre de Aquiles, Pirro es hijo,
y primo hermano, como Ayace, es Teucro,
mas no las piden ni tampoco esperan
de poderlas haber por esta vía.
¡Ved qué lugar tendrá quien las pretende,
tan fuera de razón, por esto sólo!
Mas pues nuestra contienda no consiste
sino en las propias obras, y éstas solas
han de dar o quitar merecimiento,
siéndome fuerza recontar las mías
donde tan bien se saben, digo cierto
que excede en muy gran parte lo que he hecho
a lo que decir puedo promptamente,
mas contaré por orden cada cosa
de las que la memoria me ofreciere.
La diosa Tetis, hija de Nereo,
que con divino espíritu antevía
del hijo Aquiles la futura muerte
y procuraba, con amor de madre,
encubrille a los griegos hasta tanto
que sin él se hiciese esta jornada,
por más disimular le adorna y viste
de hábito femenil, y engaña a todos,
y a Ayace entre ellos, que era fácil cosa;
mas yo, que de buscalle tomé el cargo
por ser tan importante su venida,
cuanto se sabe, para nuestra empresa,
entre otras femeniles mercancías
con que a buscarle entraba en toda parte,
poner hice una espada y ciertas armas,
las cuales, en entrando, no tan presto
las vio delante el animoso mozo,
que los ojos, el ánimo y las manos,
dejando lo demás, que le era impropio,
a la espada y las armas acudieron.
Yo, como vi de la naturaleza
vencido y descubierto el artificio,
díjele: «¡Oh Aquiles, hijo de la diosa,
cuyo esfuerzo y valor tanto difieren
de la apariencia y hábito que muestras!,
sabe que para ti guardan los dioses
inmortales vitorias imposibles
a todo hombre mortal, y entre las otras
se verá por tu mano la caída,
la ruïna y el fin de la alta Troya.
¿Pues qué dudas agora?, ¿en qué te tardas
si te llama tu hado a tanta gloria?
Así animé con esto al animoso,

y incitaron al fuerte mis palabras
para los fuertes hechos que hemos visto.
Pues, si es clara verdad en que no hay duda
que vienen de la causa los efetos,
sus obras puedo yo nombrar por mías,
diré: por mí fue Télefo domado,
por mí se tomó Tebas, por mí Lesbos,
por mí cayeron Ténedo y Lerneso,
y por mi mano fueron expugnadas
las ciudades de Apolo, Crise y Cila;
y, en fin, dejando aparte muchos otros,
por mí puedo decir que es Héctor muerto,
pues os di quien matase a Héctor, que era
estrago y sepultura de los griegos.
El primero fui yo que puse a Aquiles
en la mano las armas y, si en vida
yo se las di, razón es que en su muerte
las pida y se me den, que es cosa mía.
Pues cuando por el mal y afrenta de uno,
que a toda Grecia en general tocaba,
en el gran puerto de Aulis se juntaron
mil naves nuestras, ya sabéis que entonces,
por más que se esperó, fue siempre el viento
o ninguno o contrarío a nuestra armada.
Do fue en el caso trabajoso y triste,
también triste el remedio y miserable,
porque de pura fuerza nos convino
aplacar a Diana con la sangre
de la inocente hija de Agamenón
Niégalo el padre, que es terrible cosa
para otorgalla, y con los mesmos dioses
se enoja, que, aunque es rey justo y severo,
también es tierno padre de su hija;
mas fue mi exhortación de tanta fuerza,
que movió el duro pecho, y al fin hice
que el bien común y general de todos
a su dolor inmenso y entrañable
y al amor paternal se antepusiese.
Ya veis en esto si tomé y sostuve
difícil causa, pues el ser tan propia
era disculpa al padre de mudarse
en injusto juez de un rey tan justo;
mas el cetro real, el sumo imperio,
la causa del hermano, el bien del pueblo
y todo aquello que conforme al caso
le dije, siendo dél considerado,
le hizo que a sí mesmo se venciese
y otorgase su sangre al sacrificio.
Tras esto fui a la madre Clitemnestra
a pedille la triste Ifigenia,
que al crudo sacrificio se esperaba;
con quien no me valiendo exhortaciones,
en fin me valió el arte y el engaño
donde, si acaso el Telamonio fuera,

aún se estuviera nuestra armada agora,
sin viento y sin remedio, en aquel puerto.
Pues, cuando con el cargo me enviastes
de vuestro embajador al rey troyano,
no hice allí este oficio solamente,
sino el de capitán astuto y diestro,
porque miré muy bien, entrando en Troya,
los muros, los reparos y la gente;
y, llegado después al alto alcázar
do tan grandes varones se ayuntaron,
declaré largamente mi embajada
cual se me encomendó por Grecia toda,
y declaréla al rey, presentes todos,
no sólo sin temor, mas sin respeto:
acuso a Paris y demando a Helena
con todo lo demás que fue robado;
y tratélo de suerte que ya tuve
con mis palabras y razón movidos
a Príamo y a Anténor juntamente,
do Paris, sus hermanos y los otros
que fueron en el robo compañeros
las manos detuvieron a gran pena
con el enojo que de oírme hubieron.
Sábelo Menelao, que está presente
y lo estuvo también a cuanto digo,
y el de aquel día fue el primer peligro
que hubimos juntos, aunque no el postrero.
Muy larga cosa de contar sería
lo que por mi consejo y por mi mano
hice en el largo tiempo desta guerra,
en el discurso de la cual sabemos
que, desde los primeros escuadrones
con que al principio della peleamos,
los enemigos se encerraron luego
y se estuvieron dentro de sus muros,
casi sin parecer, por luengos días.
Pues Ayace me diga, en este medio
que no se peleaba, en qué entendía
o de qué aprovechaba él, que no sabe,
fuera de pelear, cosa ninguna;
que si a mí me preguntan en qué entiendo,
diré que busco formas para el daño
de nuestros enemigos, y que cerco
de fosos y reparos nuestro campo;
que consuelo y esfuerzo a los soldados,
para que con buen ánimo y alegre
sufran la luenga guerra y sus trabajos;
doy orden cómo el campo se provea
de vitualla y armas, y de cuanto
al vivir y a la guerra es necesario;
voy con gran diligencia a cuanto cumple,
y a todo también cumple que yo vaya.
Pues veis do nuestro rey, amonestado
en sueños del gran Júpiter, acuerda

y, acordándolo, manda y determina
que al viento para Grecia demos vela
y se deje la empresa comenzada.
Bien tuvo en esto su opinión disculpa,
pues Júpiter lo manda y lo revela;
pero digan a Ayace que lo estorbe
por fuerza, pues se tiene por tan fuerte,
o, con su parecer y buen consejo,
que persuada lo contrario a todos;
muéstreles cuánto yerro es el que hacen
en irse sin dejar deshecha a Troya;
quite la confusión del pueblo griego
y dé resolución en tanta duda,
que acabar esto no será gran cosa
para aquél que de tantas y tan grandes,
alabándose, trata en toda parte.
Mas ¿cómo lo hiciera, pues ninguno
de todos con más furia y mayor priesa
solicitando andaba la huïda?
Yo cuento lo que vi por estos ojos,
y tuve cierto en verlo más vergüenza
que él tuvo de hacer cosa tan fea.
Movíme entonces, de pasión forzado,
diciendo: «¡Oh griegos!, ¿qué locura os mueve
a quereros partir con tal oprobio?
¿Cómo se olvida así nuestra venganza?
¿Cómo dejáis vitoria que es tan cierta?
¿Cómo lo posponéis todo por iros,
cuando casi tenéis ganada a Troya?
¿De qué provecho fue vuestra venida?
¿De qué efeto habrá sido vuestra estada?
Y el mundo ¿qué dirá de vuestra vuelta?
¿Qué llevaréis al cabo de diez años,
sino mengua y afrenta a vuestras tierras?»
Con estos y otros dichos semejantes
que me hizo acertar el dolor mesmo,
basté a mudar en todos el acuerdo
y los hice volver desde las naves;
torna a llamar el rey la gente toda,
que deste caso está atemorizada;
mas ni dice a todo esto una palabra
ni sabe el Telamonio qué se diga.
Yo a nuestros compañeros temerosos
voy quitando el temor, y los esfuerzo
e infundo con mi voz dentro en sus pechos
la virtud y el valor casi perdido.
Desde entonces acá, cuanto éste ha hecho
en que animoso o fuerte se mostrase
a mí puede, y aun debe, atribuirse,
pues, queriendo él huirse, le detuve.
Dígame, entre los griegos principales
¿quién le estima o le llama a grandes hechos?
A mí me estima y llama Diomedes,
conmigo comunica cuanto hace,

y en todo, con muy firme confianza,
me procura tener por compañero.
Y no se debe de tener en poco
ser sólo de Diomedes escogido
donde de griegos hay tantos millares.
Yo, sin tocarme, como a él, por suerte,
ni mirar el peligro de la noche
ni al de los enemigos, tomé a cargo
entender y mirar cuanto hacían,
donde maté a Dolón, que al mesmo oficio
de Troya a nuestro campo era enviado;
pero no le maté sin saber antes
lo público de Troya y lo secreto.
Todo lo había sabido, y ya tenía
mi obligación cumplida y mi promesa,
ya pudiera volverme honradamente;
mas aun con esto no me satisfago,
y voy do estaba el rey de Tracia, Reso,
que a Troya, por su mal, trajo socorro,
al cual y a muchos suyos di la muerte
en su mesmo real, y aun en sus tiendas.
Así, habiendo acabado cuanto he dicho
como yo mesmo desear pudiera,
en el carro de Reso volví al campo
en señal de vitoria y de triunfo.
Pues ¿qué diré de cuando por mi espada,
como ya todos saben, fue deshecha
la gente de Sarpedon, rey de Licia?
Yo maté a Cromio y Halio, con Alástor,
maté a Noemón, a Céranon, a Alcandro,
a Cárope, Toón, Quersidamante
y a Éunomon con éstos, y otros muchos
de menos fama que también murieron
a los muros de Troya por mi mano.
Desto hay claras señales, pues que tengo
en honrado lugar tantas heridas;
quien lo duda las mire -y él entonces,
con presta mano abriéndose el vestido-:
éste, señores -dijo-, es aquel pecho
donde nunca faltó para serviros
constancia, promptitud ni fortaleza,
y al que nunca trabajos ni peligros
pudieron impedir que, por vosotros,
en cualquier ocasión no se emplease.
Y no se hallará que el Telamonio
aún haya derramado en esta guerra
una gota de sangre en tantos años,
que tiene sano y sin herida el cuerpo.
Y, si por defender la armada griega
dice que peleó, yo lo confieso,
que reprobar el bien no es mi costumbre,
sino siempre alabar lo que es bien hecho;
mas no consiento que se usurpe él solo
toda la honra, ni que della os niegue

la parte que tuvistes del peligro,
ni se debe olvidar así Patroclo,
que con las armas del famoso Aquiles
a Hétor resistió y a los troyanos,
y libró del incendio nuestras naves.
También haber osado él solo piensa
acometer a Hétor, olvidando
al rey, a Menelao y a mí con ellos,
y olvidando que él fue de nueve el uno
que para aquel efeto se nombraron,
y que sola la suerte le antepuso;
mas ya que por su suerte fue antepuesto,
si lo fue en la batalla me responda,
mas calle, que no debe tratar della
el que con no perder se satisfizo.
¡Oh, con cuánto dolor y pena agora
me viene a la memoria el día que Aquiles,
amparo y fuerte muro de los griegos,
perdió la vida!, que dolor, ni llanto,
ni temor ni otra cosa fueron parte
para estorbarme que no alzase el cuerpo
de tierra y le llevase en estos hombros,
en estos hombros digo que sostuve
el gran cuerpo de Aquiles, con las armas
que pido y que merezco justamente.
Que no me falta para tanto peso
la fuerza que conviene, ni a esta fuerza
deja de ser el ánimo conforme,
ni me puede faltar conocimiento
ni el saber estimar y agradeceros
la honra y bien que espero de vosotros,
y que pretendo con tan justas causas.
¿Quién creerá que fue la diosa Tetis
solícita en haber para su hijo
las armas por Vulcano fabricadas,
y que él las fabricó con divina arte,
para que, muerto Aquiles, las vistiese
un hombre sin ingenio, rudo y torpe,
que aun lo que es el escudo no conoce,
donde se muestra en aquel breve espacio
la tierra, el mar, el cielo y las estrellas,
el sol, la luna y los planetas todos,
la espada de Orión resplandeciente
y cosas que ni dárselas a Ayace
debéis, ni aun él pedir lo que no entiende?
Dice que desta guerra y del trabajo
yo procuré excusarme y vine tarde,
y él es tan bien mirado que no mira
que dice en esto contra el grande Aquiles.
Si en el disimular hubo algún yerro,
sábese que los dos disimulamos;
si se pone la culpa en la tardanza,
primero vine yo, y él fue postrero:
Penélope, mi esposa, me detuvo,

y la diosa, su madre, al grande Aquiles.
Y así, cuando no tenga otra respuesta
en esta acusación, debe bastarme
que con tan gran varón soy acusado;
y, cuando condenado o salvo fuere,
serélo por quien tenga entendimiento,
que no puede caber en él, Ayace,
la culpa o la disculpa que hay en esto.
Mas porque no os parezca nueva cosa
que con tanta torpeza y tan sin rienda
moviese contra mí su torpe lengua,
ved de lo que os imputa a todos juntos,
que es mayor desacato y más injuria.
Pues si fue el acusar a Palamedes
tamaña falsedad como él la hace,
decidme qué habrá sido el condenalle;
mas ni pudo encubrir sus malos tratos,
ni por información le condenastes,
sino por haber visto y ser tan clara
a todos la maldad y el precio della.
Pues de quedarse en Lemnos Filotetes
tampoco tengo yo culpa ninguna;
disculpad a vosotros, pues es vuestra,
que allá le consentistes que quedase.
Yo no quiero negar que fue mi voto
que el triste se excusase del trabajo
de tan luengo viaje y de la guerra,
y aplacar procurase con descanso
la furia de su mal y los dolores.
No fue mi parecer malo, pues vive,
ni hay por donde se juzgue a mala parte;
mas, si para acabar del todo a Troya
Filotetes sabéis que es necesario,
no me mandéis a mí que yo le traya,
antes debéis encomendarlo a Ayace,
que con su discreción y gran prudencia
le ablandará, por más que esté furioso
con la grave dolencia y con la ira,
o, como hombre sagaz, astuto y diestro,
le sabrá reducir con algún arte.
El Simois volverá contra su curso,
sin árbol se verán los valles de Ida
y de Grecia vendrá socorro a Troya,
primero que el saber, ingenio o maña
os pueda aprovechar del simple Ayace,
y primero también que deje el mío
de seros provechoso en vuestras cosas;
que, aunque esté Filotetes, cual se dice,
por su mal intratable y por su enojo
con el rey, con los griegos y conmigo,
aunque más me maldiga y más desee
verter mi sangre, y aunque más se muestre
obstinado en el odio contra todos,
basta ser cosa que a los griegos cumple,

para que yo, sin intervalo alguno,
la tiente, la procure y aun la acabe.
Con esto todo, de ir por él me ofrezco,
y tratarlo de suerte que no sea
en vano mi trabajo y mi jornada,
y así tener espero sus saetas,
como a Héleno tuve, el adivino,
y como descubrí todos los hados
de Troya y las respuestas de los dioses,
y como en medio de los enemigos
tomé el Paladion dentro de Troya,
cosas tan grandes que ninguna dellas
se pudiera esperar jamás de Ayace.
Mas ¿dó estaban entonces sus bravezas?,
sus tan grandes palabras ¿dónde estaban?
Porque muestra temer donde osa Ulises
pasar a media noche por las guardas,
que eran número grande de troyanos,
y entrar tan sin temor no solamente
por los muros de Troya, mas entrando,
por ella penetrar al alto alcázar,
y allí, del templo donde estaba puesta,
tomar la sacra imagen de la diosa,
y no sólo tomalla, mas traella
por medio de las armas enemigas;
lo que, si no hiciera, era imposible,
según lo que los hados declaraban,
que pudiese jamás Troya ganarse,
y hubieran sido en vano las hazañas,
la sangre, las batallas y las muertes
que hizo y venció solo el fuerte Ayace;
mas yo hube la vitoria aquella noche,
a Troya vencí yo desde aquel punto
que os hice que pudiésedes vencerla.
Y no traigas, Ayace, a Diomedes
en consecuencia agora, ni nos cuentes
lo que en armas ha hecho y lo que vale:
dél han dado sus obras testimonio
y, en todas las que juntos acabamos,
no hay quien le niegue ni negarle pueda
la parte del loor que se le debe;
mas tú, si por la armada peleaste,
sabráse que tuviste compañía,
cual fue para el efeto necesaria.
Yo tuve siempre sólo a Diomedes,
al cual, si la razón que a ti ha movido
le debiera mover, también pidiera
las armas, como tú, del grande Aquiles;
pidiéralas también el otro Ayace,
más moderado pues que no las pide;
pidiéranlas Eurípilo y Toante;
pidiéralas el fuerte Idomeneo,
no menos Merión y, con los otros,
ya ves si Menelao podrá pedillas.

Probado tienen éstos que son fuertes
y que ninguno dellos te es segundo,
mas hanse moderado en la demanda,
mirando a que en los casos de importancia
se sometieron siempre a mi consejo.
No quiero yo negarte que no sea
provechosa tu espada en la batalla,
pero tu corto ingenio ha de regirse
por mi moderación y mi gobierno:
tú ejercitas las fuerzas, mas no sabes
ejercitallas con ningún juicio,
y yo con él proveo en lo presente
y prevengo así mesmo a lo futuro;
tú puedes pelear como peleas,
y no se ha de esperar de ti otra cosa,
pero conmigo el rey escoge el tiempo,
el cuándo y cómo debe pelearse;
tú con el cuerpo solamente vales,
yo valgo con el ánimo y el cuerpo;
tú tienes sola fuerza con el uno,
yo el consejo y la fuerza con entrambos.
En fin, cuanto precede en el navío
al que sirve de remo el que gobierna,
y cuanto, por razón, es en la guerra
mayor el capitán que no el soldado,
es muy claro que tanto, y nada menos,
debo ser yo mayor y precederte;
y, como todos, tú lo entenderías
si tuvieses bastante entendimiento.
Mas vosotros, oh griegos, que entendidas
tenéis no solamente, pero vistas,
las causas y razón con que me muevo,
dad esta recompensa y premio justo,
por servicios y méritos tan grandes,
a aquél que tuvo siempre en vuestras cosas
los muy grandes trabajos por descanso,
los mayores cuidados por sosiego
y por seguridad cualquier peligro.
A acabarse va ya vuestro trabajo,
vuestra felicidad se va acercando
y el deseado fin de vuestra empresa.
Los hados os quité que lo estorbaban,
no hay cosa ya ninguna que lo estorbe,
ya por mi mano es fácil lo imposible,
y he hecho que tomarse pueda Troya.
Pues por esta esperanza, que ya todos
tenéis en vuestros ánimos tan cierta;
por los troyanos muros, que deshechos
veréis, con la gran Troya, en breves días;
por los dioses que yo de en medio della
saqué, a pesar de vuestros enemigos;
por cualquier otra cosa que hora falte
para glorioso fin desta jornada,
la cual deba guiarse con prudencia

o ejecutarse con peligro extremo;
y por cuanto sabéis y cuanto he dicho,
os pido que tengáis, como lo espero,
mis méritos presentes y, por ellos,
la justa pretensión de vuestro Ulises.
Y, cuando no queráis darme las armas,
a ésta se las dad» -y con la mano
les señaló la imagen de Minerva
que tomó en Troya de su mesmo templo.
No fue acabada la oración de Ulises,
cuando los capitanes, que por ella
fueron movidos, sin quedar ninguno,
unánimes pronuncian por sentencia
que se le debe a Ulises justamente
el honor y las armas que pretende:
manifiesta señal y clara muestra
de cuanto la elocuencia puede y vale.
Y aquel Ayace, que contra Hétor solo,
contra el hierro y el fuego, y tantas veces
contra Júpiter mesmo se sostuvo,
no puede sostenerse a tan gran ira;
mas ella y el dolor con ella junto
vencieron al varón nunca vencido.
Y con este furor la espada arranca,
diciendo: «Claro saben Grecia y Troya
cuán diferente fuera este juicio,
si con ésta en la mano se hiciera;
y pues lo que ella y este brazo han hecho
ante los griegos mereció tan poco,
vuélvase contra mí, que lo merezco;
y la que tantas veces fue bañada
en la sangre troyana serlo ha agora
sólo una vez, que bastará, en la mía,
porque agora ni nunca pueda a Ayace
vencer ni preceder otro que Ayace».
Tras esto, al no herido y fuerte pecho
dio la primera y última herida,
tal que en él escondió la espada toda.
No bastaron las manos a sacalla,
y bastó sólo el golpe de la sangre,
la cual, saliendo en abundante vena,
volvió la verde yerba en colorada,
quedando al derredor tinta la tierra.

[VII]

Elegía a una partida

Si el dolor de la muerte es tan crecido
que pueda compararse al que yo siento,
duélase el que nació de ser nacido.

Mas nunca pudo muerte al más contento
parecerle jamás tan cruda y fiera,
que iguale a mi dolor su sentimiento.

Muerte puede hacer que el cuerpo muera,
mas, cuando el amador de su bien parte,
el alma se divide, que era entera.

Antes la más perfeta y mejor parte
es la que en el poder ajeno queda,
que con su propia mano Amor la parte.

Pues ved cómo de vos partirme pueda,
que sois parte mayor del alma mía,
sin que el dolor al del morir preceda.

Ya se me representa el triste día
tan lleno de tiniebla, horror y espanto,
cuan ajeno de luz y de alegría.

Y pues de agora se comienza el llanto,
ved qué será en efeto la partida,
si sólo el esperalla duele tanto.

Será gran bien en pena tan crecida
que, pues partiendo de mi bien me alejo,
antes que parta el pie parta la vida.

Mas el injusto Amor, de quien me quejo,
permite, para daño más notable,
que deje, sin morir, el bien que dejo.

¡Oh fortuna envidiosa y variable,
que apenas vi mi bien ya desparece,
tanto te precias de tu ser mudable!

Aún bien no amaneció cuando anochece,
que en el bien que he tenido ser primero

su fin que su principio me parece.

Mas mi sustentamiento verdadero,
partiéndome de vos, por quien vivía,
es la esperanza de volver do espero.

Ni aunque me vaya donde nace el día
tendrá el sol rayo tan resplandeciente
que alumbre en su tiniebla el alma mía.

Otra alba han menester, otro orïente
mis ojos, que sin vos hallan escuro
del cielo el resplandor más excelente.

Y el bien que más deseo y más procuro
casi me ofende, que es dejarme veros,
visto a lo que partiendo me aventuro.

Y amenázame Amor con el perderos,
aunque mi corazón no lo consiente,
que desto se asegura con quereros.

Pero, señora, quien os ve presente
¿qué corazón tendrá para acordarse
que de esos ojos se ha de ver ausente,

y para ver la triste hora llegarse
en que los míos hayan de partirse
del bien de que no saben apartarse?

Si la pasión que desto ha de sentirse
es cierto que ha de ser conforme al daño,
harto se manifiesta sin decirse.

No digo la que siento en el engaño
de ser mi voluntad desconocida,
que éste es otro dolor nuevo y extraño:

ver que cosa de vos va tan sabida
no queráis por su nombre confesalla
por no la agradecer siendo creída;

que, aunque jamás yo supe declaralla,

sé que de vos por un igual se entiende
esto que digo y lo que el alma calla.

Mas lo que en mi partida ella pretende
y, en pago de su fe, por ella os pido,
si el pedillo, señora, no os ofende,

es sólo que a un querer tan conocido
le deis su nombre, y que no sea pagado
el jamás olvidaros con olvido,
ni con ese descuido mi cuidado.

[VIII]

A una dama doliente de humor melancólico, que pidió a don Hernando escritos suyos y se enojó porque no se los daba

De diversas ocasiones
nacen diversos efetos,
y así de muchas pasiones
no se alcanzan los secretos
ni se entienden las razones.
Hasta hora yo tenía
por cierto, señora mía,
que sólo del mal de amor
procediese el triste humor
que llaman melancolía.

Y aunque ser esto ordinario
lo puedo probar comigo,
agora lo contradigo,
viendo que de lo contrario
es vuesa merced testigo.
Que de ver en tal sujeto
tal humor, el que es discreto
conoce que ni en fortuna
ni en amor hay causa alguna
que baste a tan gran efeto.

Pero ya que éstas no son
causas de ese mal extraño,
¿cuál podrá ser la ocasión

de un humor que hace daño
en tan libre corazón?
En caso tan encubierto
es cualquier juicio incierto,
y por ser tan corto el mío,
es del que yo menos fío
que pueda juzgar lo cierto.

Mas, si alguno me dijera
que por haberos mirado
quedó en extrema manera
de ese humor apasionado,
fácilmente lo creyera;
aunque al más libre de amor,
tocándole tal humor
por causa tan justa y buena,
no da lástima su pena,
sino envidia su dolor.

Y así es para mí extrañeza
que pueda y quiera sufrir
ese humor y su tristeza
quien puede dallo a sentir
y excusar tanta graveza;
pues es cierto que el más sano
corazón y el más ufano
darán salud y alegría
por esa melancolía
venida de vuestra mano.

No dudo si queréis dalla,
que quedaréis libre della,
ni se dude del querella,
pues mil querrán acetalla
antes que vos ofrecella.
Esto es cierto en general,
y en particular hay tal,
no osaré deciros quién
su salud y el propio bien
trocara por vuestro mal.

Mas podéisme responder,
lo que el simple y entendido
confesarán entender,
que aun el mal de vos venido
no se puede merecer;
y que por esto tenéis
el humor que padecéis
y que a ninguno le dais,
porque lugar no halláis

adonde bien lo empleéis.

Lugar donde se merezca
no le pretendáis hallar,
mas vuestro humor se ha de dar
donde, señora, os parezca
que lo sabrán estimar,
y adonde sea recebido
como de donde ha salido,
y a do, como vuestro, tenga
el lugar que más convenga
con el que en vos ha tenido.

Aunque, pues tuvo su asiento
junto a vuestro corazón,
en ninguno por razón
tendrá tanto cumplimiento
de toda satisfación;
y, si en muchos se reparte,
sé que veréis de tal arte
a todo hombre codicioso,
que ha de quedar más quejoso
quien hubiere menos parte.

De cualquier suerte conviene,
señora, ser liberal
de la tristeza y del mal
que, por venir de do viene,
nadie lo tendrá por tal;
mas de esa melancolía
aquella parte querría,
si yo escogerla pudiese,
que más nuevas me dijese
del lugar donde vivía.

Y me dijese en secreto
lo que con ella pensastes,
y el enojo que mostrastes
si fue burla o si, en efeto,
de veras os enojastes;
y mil cosas que sentirse
pueden mejor que decirse,
y que, llegando a sabellas,
el gusto que es entendellas
acierta mal a escribirse.

Y acertar mal a escribiros
vos mesma lo disculpastes
al punto que lo mandastes;

yo no me engañé en serviros,
pero vos os engañastes.
Y de veros engañada
quedaréis escarmentada;
yo muy disculpado quedo
con esto, y más con el miedo
de haberos visto enojada.

[IX]

Otras

Nadie de su libertad
tuvo tal satisfación
cual yo de la sujeción
en que está mi voluntad,
viendo cual es la ocasión;
y estoy desto tan ufano
que, aunque fuese ya en mi mano
a mi libertad volverme,
quiero perdella y perderme
por lo que, perdiendo, gano.

Y sé que en amor no ha habido
tan justo contentamiento,
porque el bien que en mi mal siento
no pudiera haber nacido
sino de tal pensamiento.
Y el mío, en haberme dado
en algún tiempo pasado
por otra causa pasión,
conoce su sinrazón,
viéndose do está empleado.

Así conozco, señora,
como debo conocer,
que en mí pena pudo haber,
mas con las veras de agora
por burla se ha de tener,
que, cuanto mayores son
las partes desta ocasión,
tanto la pena presente
será mayor que la ausente
que sufrió ya el corazón.

Y, aunque no me puedo ver
con más de lo que me veo,
sé que, si más puede ser,
cabe todo en el deseo
que tengo de padecer;
porque en cuanto mal se ofrece
al alma que lo padece,
es satisfación notoria
la que le da la memoria
del bien que no se merece.

Y el que supiere miraros
verá este bien sólo en veros,
que el que se atrevió a quereros,
si presume de alabaros,
es no saber conoceros;
porque el buen conocimiento
condena el atrevimiento
del que alabaros pensase,
si en ello no se emplease
vuestro mesmo entendimiento.

Así no osaré decir
esto, ni mal que padezca,
pues, cuando a muerte me ofrezca,
es gran paga el consentir
que por vos yo la merezca.
Y aunque consentir negáis
la que mil veces me dais,
su causa sois y seréis,
y no serlo no podréis,
aunque todo lo podáis.

Mas porque lo menos muestro,
esto sólo diré aquí,
que, en perdiéndome de mí,
me vi, como agora, vuestro
al primer punto que os vi;
y, queriéndome cobrar,
en fin me vine a hallar
contento en vuestro poder,
do perdí con tal perder
la codicia de ganar.

Lo demás no sé tratallo,
aunque lo trato comigo,
mas vos, del alma testigo,
hallaréis en lo que callo

cuanto falta a lo que digo.
Y veréis en mí verdad
tan cierta seguridad,
que, si del querer más cierto
se espera que llegue a puerto,
no temo la tempestad.

Mas si en ella peligrar
acaso vieren mi vida,
yo la di por bien perdida,
yo la quise aventurar,
más cuenta no se me pida;
que, con todo su rigor,
no puede causar amor
tan graves penas y enojos,
que un volver de vuestros ojos
no me cause bien mayor.

[X]

Glosa deste verso:*Quiero lo que no ha de ser*

Si medir yo mi deseo
con lo posible pudiera,
tan libre ahora me viera
cuan sin libertad me veo;
pero pasó mi querer
sin podelle detener,
tanto de lo que se espera
que, dejando lo que fuera,
quiero lo que no ha de ser.

El bien que basta querelle
para poder alcanzalle,
el que para en desealle
aún no llega a merecelle.
Así me lo dio a entender
Amor, que pudo hacer
poco todo lo posible,
por donde con fe inamovible
quiero lo que no ha de ser.

Merece ser condenado
por grosero el amador
que quiere cerrar a Amor
en término limitado;
y pues para su poder

mil ejemplos hacen ver
que es corto y estrecho el mundo,
yo, que en su valor me fundo,
quiero lo que no ha de ser.

Claro está que perdería
gran parte de su valor,
si se sujetase Amor
sólo a lo que ser podría.
Y no alcanzando a saber
a dónde llega un querer,
ni fuera vida el vivir
ni pudiera yo decir
quiero lo que no ha de ser.

Encierra un nuevo esperar
en sí la desconfianza,
y así no falta esperanza
cuando más viene a faltar;
y pues podella tener
disminuye el merecer
y la fe pierde su grado,
satisfecho de mi estado,
quiero lo que no ha de ser.

[XI]

Glosa

Si al sospechoso acrecientan
las sospechas que le dan,
certezas se le harán.

Es cosa en amor muy hecha
donde no hay hora segura,
el venir siempre en figura
de verdad cualquier sospecha;
pero si el dolor estrecha
a quien sospechas le dan,
certezas se le harán.

Vienen con tal desatino

y es tal su naturaleza,
que de sospecha a certeza
no hay un hora de camino,
que al corazón adivino
males que nunca vendrán
certezas se le harán.

A la más adversa suerte
resiste un buen amador,
mas la fuerza de un temor
enflaquece lo más fuerte:
no le busquen otra muerte,
que, si sospechas le dan,
aquéllas le acabarán.

No se levantan del suelo
un dedo en su nacimiento,
y llegan en un momento
con las cabezas al cielo;
nacen de fuego y de yelo
y, en fin, del lugar do están
muy tarde o nunca se van.

Fuerzan a creer de hecho
cualquier manifiesto engaño,
y antes la mentira en daño
que la verdad en provecho.
Al entrar rompen el pecho,
si la entrada no les dan
para el corazón do van.

De cualquier ligero viento
suelen nacer y formarse,
y vienen luego a fundarse
sin tener más fundamento;
en llegando al pensamiento,
al corazón llegarán
y allí permanecerán.

Y, para que no se sientan,
nunca es parte la razón,
porque ellas el todo son
en el lugar donde asientan;
y si después se acrecientan
por mano de quien se dan,
juzgad el mal que harán.

[XII]

Glosa

Pues que no se ha de hacer
lo que mi querer desea,
quiero lo que no ha de ser,
quizá con no lo querer
posible será que sea.

Pues por derecho camino
pierdo siempre lo que espero,
ya, señora, lo que quiero
no querello determino.
Orden nueva ha de tener
el alma en lo que desea,
quiera lo que no ha de ser,
quizá con no lo querer
posible será que sea,

No hay bien que para alcanzalle
me haya bastado querelle
y, para luego perdelle,
basta sólo el desealle.
Y a quien ha de suceder
al revés cuanto desea,
quiera lo que no ha de ser,
quizá con no lo querer
posible será que sea.

Así, porque mi servicio
ante vos algo merezca,
procuraré que os parezca
el serviros deservicio;
y que mi extremo querer
no se reciba ni crea
sino por aborrecer,
por ver si podrá valer
para que lo que es no sea.

De lo que no os acordáis
será el olvido remedio,
y el callar tendré por medio
para que mi mal sepáis.

Apartaréme de os ver
para que mejor os vea,
y así probaré a hacer
que sepáis lo que es querer,
y que lo imposible sea.

De hoy más sirva la esperanza
sólo de desconfiar,
porque ya para esperar
quiero la desconfianza.
Ésta es la que ha de traer
al alma el bien que desea,
pues esperar y querer
cualquier bien que pueda ser
hacen que cierto no sea.

Para más presto llegar
alargaré mi camino,
usando del desatino
para poder atinar.
Así quiero pretender
que alguna señal se vea
del bien que no puedo haber,
y que lo que no ha de ser
por razón sin ella sea.

Para apartarme del daño
procuraré de dañarme,
y para desengañarme
entraré en mayor engaño.
No veré ni quiero ver
lo que más claro se vea,
ni querré lo que ha de ser,
pues que hace mi querer
que lo que ha de ser no sea.

Cuando viere en este mar
mayor peligro y más cierto,
apartaréme del puerto
para podelle tomar.
Y pues es claro de ver
que en atajar se rodea,
quiero lo que no ha de ser,
quizá con no lo querer
posible será que sea.

Así en figura mudado
será cuanto digo agora,
mas mí voluntad, señora,

no tiene mudable estado:
que dejaros de querer
no es posible que se vea
ni nadie lo espere ver,
porque nunca vendrá a ser
sino cuando yo no sea.

[XIII]

Glosa

Zagala, di, ¿qué harás
cuando me verás partido?
-Carillo, quererte más
que en mi vida te he querido.

Dime, pues fortuna ordena
mi pasión y mi partida,
si será de ti sentida
parte alguna de mi pena;
o si no, siendo partido,
zagala, di, ¿qué harás?
-Carillo, quererte más
que en mi vida te he querido.

¡Oh, si, viéndome yo ausente
destos campos y ribera,
te fuese siempre, cual era,
mi pena y amor presente!
Mas temo que, con ser ido,
desto te disculparás.
-No, sino quererte he más
que en mi vida te he querido.

Fortuna tendrá poder
para apartarme de verte,
pero del bien de quererte
jamás lo podrá hacer;
mas tú, viéndome partido,
zagala, ¿qué sentirás?
-Carillo, quererte más
que en mi vida te he querido.

Dóblame el dolor que siento
de verme apartar de ti
el pensar que sólo en mí
se halla este sentimiento,
y que de verme partido
por ventura holgarás.
-No, sino quererte he más
que en mi vida te he querido.

¿Cómo estará asegurado
de tanto bien en ausencia
el que, muriendo en presencia,
temió de ser olvidado?
Temo que, en siendo partido,
por muerto me juzgarás.
-No, sino quererte he más
que en mi vida te he querido.

Mira que es grave el dolor
que me causa esta mudanza,
y que a débil esperanza
siempre la vence el temor;
y, siendo así, de tu olvido
¿qué seguridad me das?
-Carillo, quererte más
que en mi vida te he querido.

[XIV]

Respuesta

Si confesar yo quererte
no te quita de fatiga,
Carillo, no sé qué diga
que baste a satisfacerte;
mas por ser tú endurecido
desto no me mudarás,
porque he de quererte más
que en mi vida te he querido.

Partiendo, no lleves miedo,
carillo, sólo de ti,

pues si tú partes sin mí,
también yo sin ti me quedo;
y, cuando fueres partido,
mira que dejas atrás
la que ha de quererte más
que en su vida te ha querido.

¿Qué mayor seguridad
quieres de lo que te toca
que verme a mí por mi boca
descubrir tan gran verdad?
Si hasta aquí no me has creído,
sé que en fin me creerás,
porque he de quererte más
que en mi vida te he querido.

Si lo que digo no fuese
verdad en el alma mía,
carillo, ¿quién me podría
forzar a que lo dijese?
Bien podrás tú ser partido,
mas de mí nunca sabrás
sino que te quiero más
que en mi vida te he querido.

[XV]

A un caballero que, yendo de Flandes a Portugal por embajador, llevaba de camino un sayo de chamelote verde aforrado en conejos de Inglaterra, hizo la corte estas coplas

UN CABALLERO

Si se nos pasa sin mote
la gala deste señor,
no se verá embajador
sin sayo de chamelote.
Conviene que se provea
y el sayo aprenda a sufrir,
que, a quien nos dio que reír,
hémosle de dar que lea.

OTRO CABALLERO

Así a mozos como viejos
cuantos en la Corte veo,
habéis convidado a ojeo,
señor, con vuestros conejos.
No hay quien dude de acertar
ni tema perder virote,
porque cual ciego ha de errar
conejos en chamelote.

OTRO

No sé yo mayor señal
de estar seguros de guerra
que ir desde Flandes por tierra
conejos a Portugal;
pero temo que alborote,
y en Francia mueva rumor
el crujir del chamelote
del señor embajador.

OTRO

Aquellas calzas que fueron
en copla tan celebradas,
desde hoy quedan olvidadas
por mucha risa que dieron;
porque si una gran hazaña
se olvida con la mayor,
tal sayo de embajador
inmortal será en España.

OTRO

Mucho se le debe al sayo
y agráviale cualquier mote,
pues con ser de chamelote
nos hizo a noviembre mayo;
y ser verde en tiempo tal
fue provisión y cordura,
que conejos sin verdura
no fueran a Portugal.

OTRO

Si por África a Cipión
llamaron el Africano,
llamarse puede el Romano,
pues que fue a Roma, el sayón,

y llamarse Alemán
porque atravesó a Alemaña;
pues Flandes, Francia y España
ved cuánto nombre le dan.

OTRO

Quien dice que no convino
el sayo es bien que se acuerde
que es el chamelote verde,
buenas aguas y muy fino;
y dicen que de camino
conejos en chamelote
los trajera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

OTRO

Si es esperanza lo verde,
tenedla, y con gran razón,
de que de tal invención
siempre la Corte se acuerde.
Aquí dice un coronista
que no fue por esperanza,
pues, si ha sido confianza,
pagaréislo a copla vista.

OTRO

Como si fuese sayal
se burlan deste vestido,
no deben de haber oído
que so el chamelote hay al:
y no martas de la tierra,
ni cualesquiera pellejos,
sino muy finos conejos
venidos de Ingalaterra.

OTRO

Con sayo de chamelote,
a mi parecer, debía,
por consuelo y compañía,
ser de lo mesmo el capote;
o, por ser el tiempo fresco,
ya que la jornada es larga,
que al menos fuera de sarga,
pues se tienen parentesco.

OTRO

Dicen que escribe Galeno,
con otros de su valía,
que contra la melarchía
chamelote verde es bueno;
y, siendo el sayo bien hecho,
el galán se ha de loar,
pues supo tan bien juntar
la gala con el provecho.

OTRO

Si el peligro fuera en mar,
o a él fuérades forzado,
como otros que habréis pasado
le pudiérades pasar;
mas de tanta copla y mote,
de grado y sin fuerza alguna,
nadie corrió tal fortuna
por aguas de chamelote.

[XVI]

Al mesmo caballero hizo también la corte lasque siguen, porque, habiendo venido de Alemania a España a visitar a la reina de Bohemia, cantó una noche en el terrero, viniendo con un señor en un coche

DON PEDRO DE TOLEDO

Descubierta es la celada,
aunque se hizo de noche,
que cantastes en un coche.

EL DUQUE DE ALBA

La nueva nos es llegada
y aprobamos la canción,
aunque cortesanos son
los que no perdonan nada;
pero, hecha su embajada,
bien puede cantar de noche
un embajador en coche.

EL COMENDADOR

La canción que fue cantada,
engáñase el caballero
si piensa que en el terrero
ha de quedar enterrada;
porque ha de ser celebrada
cada año en la mesma noche
la remembranza del coche.

DON HERNANDO DE TOLEDO

Canción que, siendo cantada,
se nos ha puesto al terrero,
será bien ruin ballestero
del que no fuere acertada.
Buena ha sido la jornada,
bueno fue cantar de noche
y mejor dentro de un coche.

DON JUAN PIMENTEL

La canción no pudo ser
que no contentase allá,
pues fue tal que hasta acá
ha llegado a dar placer.
Débese de proveer
que no haya de hoy más de noche
música, si no es en coche.

DON HERNANDO DE LA CERDA

Dígasme tú el mensajero
si viste un embajador
que se nos volvió cantor
una noche en el terrero;
el cual ha sido el primero
que cantó jamás de noche
canción a damas, en coche.

DON JUAN DE FIGUEROA

Ya que os habéis arriscado
a tan peligrosa prueba,
cierto en la segunda nueva
nos vendrá que habéis bailado;
y seréis bien disculpado,
pues es el bailar de noche

menos que cantar en coche

HERNANDO DE VEGA

Pues en un coche fue oído
vuestro canto en el terrero,
nunca fuera caballero
de damas tan bien querido.
A todos ha parecido
que, para cantar de noche,
fue sana invención el coche.

DON ALONSO DE ARAGÓN

Toda la Corte se espanta,
y estamos en confusión
por saber si en la canción
hubo pasos de garganta;
mas la culpa no fue tanta,
porque cantar mal de noche
bien se sufre siendo en coche.

DON HERNANDO DE ACUÑA

Si os preguntan cómo os fue,
señor, con vuestra embajada,
diréis, hecha la jornada:
«Llegué, visité y canté»;
y si os pidieren por qué,
diréis que cubre la noche
el gesto, la voz y el coche.

OTRO CABALLERO

La Corte busca ocasión
para tener qué tratar
y alguna vez murmurar,
mas en esto no hay razón,
pues fue buena prevención
para mala voz la noche,
y para sereno el coche.

Quejas de ausencia enviadas a su mujer

No sé por qué culpa o yerro,
señora, me desterraron,
mas sé que me condenaron
más a muerte que a destierro
cuando de vos me apartaron;
que en ser de vos apartado,
mi temor y mi cuidado,
mi tristeza y mi pasión
serán sin limitación,
aunque el tiempo es limitado.

No me puede el tiempo dar
alivio con limitarse,
pues el mal que ha de pasarse
puede también acabar
la vida como acabarse;
ni sin vos podré tener
sino siempre que temer
entretanto que no os viere,
porque, aunque veros espere,
en fin esperar no es ver.

Bien sé que algunos dijeron
que nuestra imaginación
hace caso, y lo escribieron,
mas no entiendo en qué razón
se fundan, si lo creyeron;
pues, si pudiera traeros
a mis ojos el quereros
con el siempre imaginaros,
ni me faltara el miraros
ni me matara el no veros.

Verdad es que en esta ausencia,
puesto que el alma suspira,
siempre os tiene en su presencia,
y los ojos con que os mira
son de mayor excelencia:
porque os miran, siendo ausente,
tan firme y seguramente,
que de poderos mirar
jamás los podrá apartar
ausencia ni otro acidente.

Mas los míos que os miraban
y mirándoos, conocían

el regalo en que vivían,
el bien que en veros gozaban
y el que partiendo perdían,
no tienen más que perder:
pues no veros es no ver,
sólo les queda esperar
que, volviéndoos a mirar,
vuelvan a cobrar su ser.

Y si fuere del temor
esta esperanza vencida,
mi memoria, que no olvida,
defenderá del dolor,
en vuestra ausencia, la vida;
que aunque el continuo acordarme
no puede ni basta a darme
consuelo ni bien entero,
en falta del verdadero
éste no puede faltarme.

Porque tan aceto ha sido
en el alma este cuidado,
que fue, en habiéndoos mirado,
de mi memoria el olvido
para siempre desterrado;
la cual del bien que tenía
dio al juicio, en aquel día
la parte que en él cupiese,
para que lo más creyese,
pues lo menos entendía.

Así en esto convinieron
memoria y entendimiento,
uno y otro tan contento,
que con vos sola tuvieron
cumplido contentamiento;
y su acordar y entender
pudieron luego mover
a la voluntad que fuera
sola en esto, y la primera
cuando lo pudiera ser.

No es dudosa esta verdad
ni flaco su fundamento,
pues os dan seguridad
memoria y entendimiento
juntos con la voluntad;
los cuales de tal manera
se conforman en que os quiera,
que, según todos declaran,

a quereros me forzaran
si de grado no os quisiera.

Aunque no fuera el forzarme
por el usado camino
por donde solían llevarme
Amor y mi desatino,
sin poder yo remediarme;
do, si tuve algún poder,
faltóme en ello el saber,
pero sé que, aunque supiera
valerme, no lo hiciera
ni lo quisiera hacer.

Mas ya sé, ya puedo y quiero
seguir la más sana vía,
pues por la que antes seguía
he visto el despeñadero
con la claridad del día:
ya me espinan los abrojos,
ya el sol alumbra mis ojos,
que estuvieron deslumbrados,
y pasaron mis cuidados,
que no fueron sino antojos.

Amo ya seguramente
sin duda de ser pagado,
imagino el mal pasado,
considero el bien presente,
y así es el gusto doblado:
con aquél sentí tormento,
con éste, en contentamiento
me voy siempre mejorado;
del uno quedo burlado,
y del otro, más contento.

Hizo Amor del yelo y fuego
süave y dulce templanza,
de mi temor esperanza,
de mi cuidado sosiego,
de su tempestad bonanza.
Ya no sólo me aseguro
de Amor, pero dél procuro
llegar a mayor extremo,
como quien a vela y remo
navega su mar seguro.

Y, si otro tiempo aprobaba
cosas dél que agora niego,

ya vio por milagro el ciego,
pues yo, de donde llegaba,
pude volver donde llego,
que es donde he descubierto
el pasado desconcierto,
y me ha dado el desengaño
de tanta fortuna y daño
seguridad en su puerto.

Vos, señora, sois y fuistes
de todo este bien la guía,
y al peligro en que me vía,
cuando vos me socorristes,
tal socorro convenía.
Así, en cuanto digo y hago,
so tan corto que no os pago,
que, aunque basta y aprovecha
para estar vos satisfecha,
a mí no me satisfago.

Esto solo os debe dar
alguna satisfación,
que en el alma y corazón
tenéis, señora, el lugar
que se os debe por razón;
aunque por la parte humana,
que es también sincera y sana,
pierden y están mis sentidos
en esta ausencia perdidos
donde sola el alma gana.

Estas dos partes, señora,
que el alma y sentidos fueron,
aunque siempre difirieron,
en quereros nunca un hora
discordes jamás se vieron;
y, si estarlo parecía
sobre cuál más os quería,
quedaban, hecha su cuenta,
cada cual dellas contenta
con el bien que le cabía.

Mas las dos han ya venido
en caso tan desigual,
que tiene la principal
el bien que siempre ha tenido,
y la otra sólo el mal;
porque el destierro y ausencia
no quitan su preeminencia
de veros a la mayor,

y hay de vos a la menor
mil leguas de diferencia.

Y así me aparta el remedio
Fortuna, que me destierra
de la paz a tanta guerra,
do mi vista tenga en medio
tanta distancia de tierra,
que, aunque el tiempo da y consiente
esperanzas al doliente,
hace el temor no sentir,
del bien que está por venir,
alivio en el mal presente.

Y, aunque es alguno pensar
en volveros presto a ver,
he ya llegado a saber
que no esfuerza el esperar
cuanto desmaya el temer.
Y en ausencia, este consuelo
llega helado más que el yelo
y deshácese en un hora,
que en este estado, señora,
mucho más puede el recelo.

Y así parte tan caída
nunca mejora aunque espere,
que, si el bien se le difiere,
resiste poco la vida
a mal que tan recio hiere.
Mas haga el cielo que os vea
quien tanto veros desea,
pues sin esto no hay consuelo,
ni sin vos en este suelo
para mí bien que lo sea.

Vuele el tiempo como puede,
y con tal fuerza lo haga,
que en esto me satisfaga,
pues de su tardar procede
todo el dolor de la llaga:
porque estos ojos y oídos,
privados y distraídos
de todo el bien que desean,
hasta que os oyan y vean
no se llamarán sentidos.

[XVIII]

Carta de Dido a Eneas

Cual suele de Meandro en la ribera
el blanco cisne, ya cercano a muerte,
soltar la dolorosa voz postrera,

así te escribo, y no para moverte,
que ser tú por mis lástimas movido
ni el cielo lo consiente ni mi suerte.

Más bien liviana pérdida habrá sido
perder estas palabras quien su fama,
que es tanto de estima, por ti ha perdido.

A Dido dejarás, que tanto te ama,
y la vela y la fe darás al viento,
siguiendo el crudo hado que te llama.

Del puerto al alto mar saldrás contento,
y para Italia, por incierta vía,
en efeto pondrás tu crudo intento.

Pero ya que tu fe y la pasión mía
no puedan resistir a tu dureza,
ni mi justa razón a tu porfía,

mira los edificios y la alteza
de la nueva Cartago, que ofrecida
está, si quieres, para tu grandeza.

Huyes tu propia tierra conocida,
vas a buscar la ajena, que en hallarla
gastar podrás gran tiempo, y aun la vida.

Mas ya que el cielo te conceda hallarla,
a gente peregrina y extranjera,
y a señor nuevo, ¿quién querrá entregarla?

Otro amor y otra fe tan verdadera
ofrecerás de nuevo a alguna Dido
que esperes engañar cual la primera.

Dime dó llegarás, de aquí partido,
que tengas o edifiques otra alguna
nueva Cartago cual la habrás perdido.

Pues mujer que así te ame la fortuna
no te dará, aunque dé cuanto deseas,
que Dido es en amarte sola una.

Segunda nunca esperes que la veas,
porque, como de Elisa, de otra amado
jamás lo podrá ser el crudo Eneas.

Esto por ti de suerte me es pagado,
que mereces que más que justamente
holgase de te ver de mí apartado;

pero mi voluntad no lo consiente,
ni me consiente Amor más de quejarme
de la fe que me diste falsamente.

A ti, Venus, invoco, que ampararme
debes del crudo hijo con tu mano,
y me dejas morir sin remediarme.

Deja mover el arco al niño hermano
y pierda aquí la sangre su derecho,
hiera aquél cruel, fiero, inhumano.

¿Cuándo se ha visto que en humano pecho,
sino sólo en el tuyo, haya cabido
quedar de injusta muerte satisfecho?

Mas, yo, cruel, no dudo que nacido,
y en las más duras rocas engendrado,
de piedras o de robles hayas sido;

o del mar proceloso y alterado,
de tigre o de leona en la aspereza
del alto monte Cáucaso criado.

Mira, pues, en el mar la gran braveza
y a las ávidas ondas con sus vientos,

do no resistirás con fortaleza.

El tiempo, la sazón, los movimientos
todos han claramente amenazado
a tus determinados pensamientos.

En el viento, en las ondas he hallado
razón, que entrambos muestran ayudarme;
y en ti, que la conoces, me ha faltado.

Pues no quiero en tan poco yo estimarme,
que presumir no pueda que perezcas
por el cargo que llevas en dejarme.

Mas dime, ¿podrá ser que me aborrezcas
en tanto extremo, que, por alejarte
de mí, en las ondas a morir te ofrezcas?

El mar se amansará por contentarte,
el tiempo mudará, pues es mudable:
¡así pudieses tú también mudarte!

Mas como sabes que es fortuna instable,
también por experiencia sabes cierto
que tampoco bonanza no es durable.

Naves se vieron ya salir del puerto,
y en el golfo seguro, a la salida,
hallaron luego el daño descubierto.

Allí se da la pena merecida
a los que la fe dada no cumplieron;
allí Venus, tu madre, fue nacida

y, si es justa, dará a los que la dieron
en las cosas de amor, no la cumpliendo,
igual la pena al mal que merecieron.

De perder lo perdido estoy temiendo,
pero tu crueldad puede ofenderte,
que yo que la padezco no te ofendo.

Que vivas así quiero yo, y perderte

antes ido que muerto, y permanezca
la injusta causa de mi triste suerte.

Finge ahora que el mar se te embravezca
con tanta alteración, que ser llegada
la vida al postrer punto te parezca.

Verás luego ante ti representada
la prometida fe que se debiera
guardar, y fue por ti tan mal guardada.

Verás la imagen viva y verdadera
de Dido, tu mujer, cual la dejaste
forzada con mil causas a que muera.

Verás la triste Dido que engañaste
hacer tal sentimiento del engaño,
cual tú, que eres la causa, deseaste.

Y viendo por tu causa mal tamaño,
por ti conocerás cuán bien se emplea
en quien causa el engaño el propio daño.

No quieras a lo menos que se vea
en ti la crueldad tan rigurosa,
ya que por fuerza tu partida sea.

Sosiega un poco y, cuando de tu esposa
no tengas compasión, tenerla debes
del niño Ascanio, que es más cara cosa.

Y si contra el cielo y contra el mar te mueves,
y en tierra haces lo que aquí heciste,
¿en qué vas confiado, en qué te atreves?

Ahora no creo cuanto me dijiste,
ni en tus hombros Anquises fue escapado
del fuego por do cuentas que saliste.

Cuanto has dicho de Troya has inventado,
y no he sido yo sola la burlada,
ni en mí primeramente has comenzado:

que, en el troyano incendio, la cuitada
madre del niño Julio quedó muerta,
del marido cruel desamparada.

Esto de ti lo sé, y es cosa cierta;
y justo fuera, habiéndotelo oído,
estar en mi peligro más despierta.

Los hados dan el pago merecido,
que, por tierra y por mar, tiempo tan largo
en continuos trabajos te han traído,

hasta que aquel llegar, triste y amargo,
con tus naves al puerto de Cartago,
me dio de tus fatigas todo el cargo.

Que, no esperando verme en lo que hago,
en mi reino te hice acogimiento,
mas ya de lo que hice tengo el pago.

Y aun desto, triste yo, no me arrepiento,
si la fama después no divulgara
otra cosa más grave que ahora siento.

Aquella hora cruel me costó cara
-no la encarezco para que te mueva,
mas antes yo muriera que llegara-,

cuando la tempestad súbita y nueva,
venida para el mal de que ahora muero,
fue causa de juntarnos en la cueva.

Tristes voces oí allí al agüero,
que en un son me anunciaba doloroso
la triste muerte que a tu causa espero.

Desto puedes holgar y haber reposo,
que, si con ella cumples tu deseo,
no vivirás gran tiempo deseoso,

que siempre, las más veces que me veo
en el templo do tengo venerada
la sacra sepultura de Siqueo,

con una triste voz y desmayada,
en un sonido bajo temeroso,
me siento de la tumba ser llamada.

Presto le seguiré, y es justa cosa,
y si justa será seguille presto,
ahora será justa y provechosa.

Pues no niego, Siqueo, que manifiesto
error contra ti haya cometido,
mas mi sana intención le hace honesto.

No sólo el crudo Eneas me ha movido,
mas Venus diosa, el niño y el abuelo,
en decrépita edad envejecido.

Tuve por cierto que les daba el cielo
de su fortuna en colmo la bonanza;
así pude acogerlos sin recelo;

así me aseguré de la mudanza
del cruel que la hace y no se cura
de faltar a su fe y a mi esperanza.

Tu venida juzgué por gran ventura,
y en ella confié, que consistía
el vivir en mi reino yo segura.

Yarbas, y mi hermano, a quien temía,
no pequeño temor a cualquier dellos
con sola tu presencia les ponía.

Ahora de nuevo volveré a temellos
y, encerrada en Cartago, a contentarme
con sólo defenderme y no ofendellos.

Mas al que procurare de acabarme,
tú se lo cumplirás sin que él lo pida,
que bien claro lo cumples con dejarme.

Si los dioses ordenan tu partida,
cuánto mejor a entrambos estuviera
que hubieran estorbado tu venida;

que tu trabajo entonces menos fuera,
y la infelice y miserable Dido,
que por ti morirá, sin ti viviera.

No pienses que es el Simois conocido
el que vas a buscar, sino el incierto
Tíber, tan apartado y escondido.

Al cual, primero que hayas descubierto,
la débil senectud podrá ocuparte,
según se esconde a tu fortuna el puerto.

Pues si las armas y el furor de Marte
te encienden y levantan con su gloria,
¿a qué vas a buscallas a otra parte?

Que aquí podrán con inmortal memoria
de famosas hazañas señalarse
de padre y hijo la troyana historia.

Enemigos tendrás donde mostrarse
pueda siempre tu esfuerzo valeroso,
y Ascanio, cuando crezca, señalarse.

Mas tú, cruel troyano, el ser famoso
sólo lo pones en mi triste muerte,
y en ella tu descanso y tu reposo.

Comienza ya de hoy más a conocerte,
y el nombre de piadoso que te llamas
en nombre de inhumano le convierte.

Pues no fui yo en el dicho ni en las tramas
del malvado Sinón, por cuyo engaño
se abrasó la gran Troya en vivas llamas;

ni la gente que hizo mal tamaño
fue de mí en mi reino recogida,
como lo fuiste tú para mi daño;

ni entre tus enemigos fui nacida;
ni me pesó de ver salva tu armada;

ni me alegré de Troya destruida.

De serte injustamente aficionada,
desto me culpo, y tú podrás culparme,
que en lo demás no debo ser culpada.

Mira que causas con desampararme
que vida, fama y reino se destruya,
y no podrás ausente remediarme.

De tu querer jamás temas que huya,
que, si de tu mujer no me das nombre,
tomaré el que me dieres por ser tuya.

Pues mira cuánto más que a mortal hombre
a un hijo de una diosa desconviene
cobrar de crueldad fama y renombre.

Ya ves que el tiempo ahora se detiene
y, en breve espacio que hayas esperado,
la bonanza vendrá cual te conviene.

Debes considerar que no han tomado
los que vinieron en tu compañía
restauro del trabajo que han pasado.

Acuérdate tu armada cuál venía,
que aún bien no ha podido repararse
con tu cuidado y con la ayuda mía.

Esto al menos de ti pueda alcanzarse,
cuando más concederme no quisieres;
que esperes a que el mar muestre amansarse.

Con este breve término que esperes,
muy gran parte serás para esforzarme
a no morir al tiempo que partieres.

Comenzaré de hoy más a acostumbrarme
al extremo dolor de tu partida,
quizá podrá la usanza aprovecharme.

Si esto me niegas, da por bien cumplida

tu cruda voluntad ingrata y fiera
con el fin desastrado de mi vida.

¡Oh, si quisieses ver de la manera
con que te escribo carta tan en vano
cuan salida del alma y verdadera!

La pluma tiene mi derecha mano,
y la siniestra, para el triste oficio,
tiene la espada del cruel troyano;

que, en pago del ajeno maleficio,
hará, para cumplir lo que he propuesto,
desta vida inocente sacrificio.

Mis lágrimas la bañan, y tras esto,
pues lo permite así mi desventura,
la bañaré en mi sangre presto, presto.

En el gran mármol de mi sepultura,
no seré Elisa de Siqueo nombrada,
mas habrá solamente esta escritura:

«La causa desta muerte dio, y la espada,
el crüel capitán de los troyanos;
la triste Dido, de vivir cansada,
buscó descanso con sus propias manos».

[XIX]

Soneto

Amor y un gran desdén, que le guerrea,
han ya venido a singular combate;
no hay quien entre ellos de concierto trae,
por do fuerza será que el fin se vea.

Mas mi razón vencida, que desea
que el fiero vencedor se desbarate,

para que tanto mal no se dilate,
de nuevo armada, en mi favor pelea.

Ya Amor con dos contrarios se congoja,
y en su poder, do tanto confiaba,
no se asegura ya ni se confía.

Del arco tiene ya la cuerda floja,
ya vuelve las saetas a su aljaba,
ya de mi libertad se acerca el día.

[XX]

Estancias [I]

Por sosegado mar, con manso viento,
fue de mi nave Amor un tiempo guía,
do si tuve de males sentimiento,
no menos de esperanza le tenía.
De todo vi mudanza en un momento,
mudándose también quien lo regía,
que es un vario señor cuya fortuna
jamás supo estar firme ni ser una.

Alzóse luego el mar, turbóse el cielo
y unos vientos con otros combatían;
desto en mi corazón entró el recelo
que tan tristes señales le ofrecían.
Y, viendo mi remedio y mi consuelo
en mano do esperarse no podían,
vine ya a desear y contentarme
que acabase mi mal con acabarme.

Mas el crudo señor, en quien tan poca
fue siempre la piedad cuanto ha mostrado,
guió derecho a un mal que al alma toca
y en ella es inmortal cuando ha tocado.
Y fue al triste recelo, en cuya roca
dio con mi nave, v con cien mil ha dado;
y rota allí, do tanto mal se encierra,
yo escapé por milagro y vine a tierra.

En este duro trance, mis sentidos
con furia sus prisiones quebrantaron
y, dellas con gran fuerza desasidos,
comigo del naufragio se escaparon.
Mis ojos al instante y mis oídos
oyeron como libres y miraron,
y, como en libertad todos se vieron,
a su natural uso se volvieron.

Luego a la libertad fue consagrada,
en desprecio de amor y de su pena,
la tabla del milagro, y declarada
brevemente mi suerte mala y buena.
Do con ella también quedó colgada,
por memoria del caso, la cadena
que para mi prisión de amor fue hecha,
y de un justo desdén rota y deshecha.

Así, porque probéis en vos, señora,
que puede no vencer quien ha vencido,
y por mí conozcáis también agora
que se puede cobrar lo más perdido,
sabed que me he salvado, y que la hora
que he esperado mil años ha venido;
y en fin, aunque tardó, no llegó tarde,
pues ya no tendré más por qué la aguarde.

Horas pasaron de contentamiento
que falso o verdadero le he tenido,
mientras el nuevo mal que pruebo y siento
de mí no fue probado ni sentido;
mas ya de lo pasado me arrepiento,
y de mi ceguedad estoy corrido,
de que nunca pensé que me corriera,
ni con causa jamás me arrepintiera.

Mas fue tal, que lo dicho con lo hecho
hace que se desdiga y se deshaga,
que vino a dar salud y a ser provecho
la cura más contraria de la llaga.
Tan firme como justo es mi despecho,
y a vuestra ingratitud da justa paga,
que, para no sufrir tanta aspereza,
mi desdén ha esforzado a mi flaqueza.

Éste y razón me esfuerzan de tal arte,
que hacen que, demás de arrepentirme,
de serviros también hora me aparte,

que sólo con morir pensé partirme;
y si llegado a tan estrecha parte
faltan palabras para el despedirme,
con obra verdadera se despida
mi fe nunca de vos conocida.

Despídanse mis ojos de miraros,
mirando al daño que nació de veros,
y el alma deje ya de contemplaros,
y el corazón con ella de quereros;
no se alce ya el deseo a desearos,
deje el entendimiento de entenderos
y baste que a la fin haya entendido
lo que a paso tan duro me ha traído.

Tenga sosiego ya mi pensamiento,
sepúltese en olvido mi memoria,
y en él ni en ella se renueve el cuento
en bien ni mal de la pasada historia.
De suerte se endurezca el sentimiento,
que ni sienta de amor pena ni gloria,
ni tome ya de vos, como solía,
tristeza para el alma, ni alegría.

Y como el veros quitaré a mis ojos,
vos quitad a los vuestros el mirarme,
que, pues yo dejo a amor y sus enojos,
por la mesma razón deben dejarme:
vuestra fue la vitoria y los despojos,
yo tuve a gran ventura el escaparme,
que de tal fuerza y mano una herida
bien pudiera acabar más fuerte vida.

Y si la mía del todo no acabastes,
tomando tanto gusto en acaballa,
la causa debió ser porque aguardastes
a poderos hartar de atormentalla;
y en fin, con tal rigor la atormentastes,
que por aquí venistes a salvalla,
que el más ligero golpe de acertarse,
por dalle con más fuerza, suele errarse.

Ya yo me vi penando tan ufano,
que me llamé mil veces venturoso,
y que por vos se me mostraba llano
todo áspero camino y peligroso.
Nunca a pensar en vos llegué temprano,
según lo comenzaba deseoso,
ni vi que tanto el día se detuviese,

que siempre para mí corto no fuese.

Y si mil veces os miraba al día,
mil causas nuevas mi razón me daba
para quereros más, si ser podía,
que sola vuestra vista las hallaba;
mas si de la belleza que en vos vía
a vuestras partes y valor pasaba,
era la hermosura, y era el veros,
la menor ocasión para quereros.

Así sólo juzgué por bien gastado
el tiempo que en vos sola me ocupaba;
de todo lo demás siempre cansado,
con esto solamente descansaba;
y, cuando yo de vos más apartado
por distancia de tierra y mar estaba,
jamás nueva ocasión, tiempo o fortuna
hicieron en mi fe mudanza alguna.

Ni vi belleza extraña, donde hubiese
puesto cuidado y fuerza la natura,
que con la vuestra para mí no fuese
ante el sol claro una tiniebla escura;
ni presente os miré, que yo no diese
cien mil gracias a Amor y a mi ventura,
que a veros y quereros me guiaron
y el dolor con la causa me aliviaron.

Esto en mi bajo estilo se mostraba,
el cual, si nunca os dio lo que debía,
fue tanto lo que daros deseaba,
que el no podello dar le detenía;
mas, de vos ayudado, él esperaba
con vuestro nombre levantarse un día
hasta el lugar, a pocos concedido,
donde el tiempo no alcanza ni el olvido.

Deste deseo jamás cosa ninguna
me pudiera apartar, ni fueran parte
con sus varias mudanzas la Fortuna
ni con sus armas el sangriento Marte;
mas de todas las causas sola una
hizo rudo mi ingenio y torpe el arte
y apartó de mi intento pluma y mano,
que fue vuestro rigor más que inhumano.

Cuanto aquí digo y callo conocistes

un tiempo que quisistes conocerme,
y el conocerlo fue porque lo vistes
como quien en el alma pudo verme;
donde por largas pruebas entendistes
que, pasando en quereros de quererme,
aún esta voluntad nunca llegaba
al grado en que quereros deseaba.

En esto estuvo siempre, sin mudarse,
mí voluntad, que para ser mudada
en muy justa razón podía fundarse,
siendo mal conocida y mal tratada;
mas fue tan lejos siempre de apartarse
cuanto della la vuestra fue apartada,
que aquel extremo amor, que ya no os muestro,
no tuvo igual, si no fue el odio vuestro.

Así, aquel nombre, que yo en tanto tuve,
de servidor, durezas le acabaron,
contra las cuales tanto le sostuve
cuanto mis fuerzas y poder bastaron;
y con las vuestras contrastando anduve,
que en fin, como mayores, me forzaron,
y por mi bien, pues con perder tal nombre
cobré mi ser perdido y forma de hombre.

Y aunque de servidor, como hora digo,
el nombre se perdió, que os fue enojoso,
no quiero que me quede el de enemigo,
porque le tuve en tiempo más dichoso.
Si hubiere de ser algo, seré amigo
tan llano, que ni haga temeroso
a ninguno de mí, ni más yo tema
del pasado temor la fuerza extrema.

Y hora huelga de ser entre mil uno
quien fue en quereros solo por ventura,
y tendrá tal lugar por dicha alguno
que no le mereció ni le procura;
mas el que con no seros importuno
de ser importunado se asegura
no tendrá que tomar ni dar más cuenta,
pues está satisfecho, y vos contenta.

Ni habrá por qué más lágrimas derrame
por quien fue tan en vano derramallas,
ni razón sufre que en mis voces llame
a quien siempre fue sorda al escuchallas.
En fin, que un alma os ame o que os desame

son cosas que quisistes igualallas,
hasta que en voluntad tan obstinada
se engendró desamor del ser amada.

Tanto que aquello que bastar podía
a ablandar en un mármol la dureza,
en vos, por desusada y nueva vía,
acrecentó el rigor y la aspereza;
y, en fin, fue tal en vos la demasía
de crueldad, que vino a ser fiereza,
cosa muy diferente por natura
de tanta discreción y hermosura.

Y cosa que también harto difiere
de lo mucho que vale y que merece
la fe y amor del que pretende y quiere
sólo que se reciba lo que ofrece;
y que, si bien o mal de vos viniere,
no venga como caso que acaece,
ni basten nuevos dichos o señales
para igualar las cosas desiguales.

Que no se han de mirar de una manera
ni igualarse el valor y la bajeza,
la voluntad fingida y verdadera,
la mucha discreción y la simpleza.
Esto, en quien vuestras partes no tuviera,
no fuera gran milagro ni extrañeza;
pero de haberlo visto en vos, señora,
con no sentirlo, ya me corro ahora.

Y sé que es tan en vano el escribillo
para con vos como lo fue el tratallo,
que nunca fui tan presto yo en decillo
cuanto lo fuistes vos en olvidallo.
No os faltó el conocello ni el sentillo,
pero faltó, señora, el emendallo,
y es la culpa mayor que un mal se entienda
y que, con entendelle, no hay emienda.

Yo de vuestro valor y entendimiento,
que tanto ya estimé y he publicado,
no quisiera quedar con ningún cuento
que os pudiese culpar siendo contado;
pero, pues de mi parte estoy contento
y a vuestra voluntad quedo pagado,
ni vos tratéis de cuál por vos me vistes,
ni yo de cómo vos lo agradecistes.

Mas todo lo olvidad, pues lo olvidastes
cuando por sola vos yo me olvidaba,
y de mí no tratéis, pues no tratastes
cuando sola de vos siempre trataba.
Jamás en mí penséis, pues no pensastes
cuando en vos mucho más que en mí pensaba,
que todo lo haréis sin pesadumbre
con sólo no mudar vuestra costumbre.

Que si la piedad, que verdadera
un tiempo en vuestro gesto se mostraba,
así en el corazón cierta estuviera
como fingida y engañosa estaba;
o si más presto en él conociera
la extrema crueldad que se encerraba,
ni me engañara yo tan en mi daño,
ni sintiera el dolor del desengaño.

Mas ordenastes vos que todo fuese
de la suerte que a mí más me dañase,
y que el engaño tarde se sintiese
para que el mal al alma penetrase.
Así nunca quisistes que temiese
sin dejarme también en que esperase,
hasta que en fin, la cosa descubierta,
fue el temor cierto y la esperanza incierta.

Con esto, el blando estilo y amoroso,
que de vos se estimó cuando le oístes,
en duro se mudó, y en doloroso,
conforme a la ocasión que vos le distes.
Y vine yo a quedar de mí quejoso
por la culpa que vos sola tuvistes;
y así mis versos, en tan triste suerte,
trataron de dolor, de ira y de muerte.

Mas con irme sin causa atormentando,
se fue mi sentimiento endureciendo,
y el mal de grado en grado fue bajando
con mi justo desdén, que iba subiendo.
Bástame, sin tratar del cómo y cuándo,
que el luengo error y por do anduve entiendo;
y el entendello me forzó a dejallo
y me trujo al estado en que me hallo.

Escríbese, y en parte está probado,
que el que es acaso de escorpión mordido,
quedando mortalmente empozoñado,

con veneno más fuerte es socorrido:
que el acónito mata en ser tocado,
y remedia este mal siendo bebido;
así de mi pasión, que era sin medio,
en su extremo mayor hallé el remedio.

Y esta nueva a mi alma fue tan buena
como el cautivo verse libre y suelto,
o al que anduvo perdido en tierra ajena
ser en su patria y en descanso vuelto.
Yo conozco la red y la cadena
donde me tuvo Amor preso y envuelto,
y, con aviso de mi mal pasado,
sabréme ya guardar de escarmentado.

Y el guardarme será no solamente
de la cruda prisión y males de antes,
mas de toda ocasión que me presente
la sombra de peligros semejantes.
Seré ya del que fui tan diferente,
que un desdén me dará fuerzas bastantes
a que Amor no me pueda, en lo que niego,
forzar con mando ni mover con ruego.

Pues no podrá faltarme aquel sentido
que a una simple avecilla se concede,
que escapa del lugar do presa ha sido
y huye del volver donde se quede.
De lo mucho que Amor en mí ha podido
me vengo con lo poco que hora puede,
y con ver que he dejado cual merece
al que nunca dio nada y tanto ofrece.

Y, dejándole así, queda en mi mano
lo que en la ajena mucho tiempo ha sido,
y podréme alegrar con lo que gano,
viendo lo mucho que tenía perdido.
Ya no andaré con el favor ufano,
ni con el disfavor triste y caído,
ni mostrará mi gesto, claro y cierto,
lo que quiero tener más encubierto.

No sentiré lo que es verme en ausencia
lleno de sobresaltos y temores,
ni me veré cercado en la presencia
de miserables cuitas y temores;
sabré que en fin se cura la dolencia
que se llama incurable entre amadores
y que al poder de Amor, que tanto puede,

el de un justo desdén pasa y excede.

No habrá en mi corazón ya la contienda
que entre el temor y la esperanza había,
ni habrá qué defender, ni quién me ofenda,
ni quién corto me haga o largo el día;
podré yo solo detener la rienda
o darla al pensamiento y fantasía,
sin temer que el fuego pueda helarme,
ni en medio de los yelos abrasarme.

No seré ya un sujeto a dos contrarios
que en el triste amador sólo se juntan,
ni sentiré disgustos ordinarios
por cosas que sin causa se barruntan.
Librarme he de apetitos temerarios
que sólo a perdición y a mengua apuntan,
aunque éstos, si algún hora se movieron,
siempre de mi razón vencidos fueron.

Tendré una voz con un color contino,
no habiendo ya qué tema ni qué espere,
y sin hallar estorbo en el camino
irá mi voluntad por do quisiere;
conoceré lo que es un desatino
y veré que es verdad la que lo fuere,
mostrarse me ha lo claro entre lo escuro,
y entre lo peligroso lo seguro.

No me hará el furor desavenirme,
ni luego la miseria concertarme,
ni disimularé con un reírme
mil causas de llorar y de quejarme;
no me veré ya más arrepentirme
de lo en que quiero más determinarme:
todo se volverá al primer estado
como si no pasara lo pasado.

En fin será regida y gobernada
por sí mi voluntad, no por la ajena,
sin que la turbe ni la altere nada
de cuanto Amor ordena o desordena.
Mi gloria, vana o cierta, es ya pasada,
y así pasó mi verdadera pena,
por quien la vana con la verdadera
fuera mucho mejor que nunca fuera.

Así la extrema gracia y hermosura,

los graciosos meneos, el semblante,
el aire, el ademán y la postura,
con el mirar que mata en un instante,
y, en fin, el bien en que paró natura,
no pudiendo pasar más adelante,
serán de aquel valor que siempre fueron:
sólo en mí no podrán lo que pudieron.

Por do, tirano Amor, de hoy más no temo
tus fuerzas, que razón guarda mi muro;
de tus extremos ya ningún extremo
en mí tiene lugar ni dél me curo;
ni diré que me yelo o que me quemo,
que de tu yelo y fuego estoy seguro;
muestra ya tu poder en otra parte,
que en mí tú perderás fatiga y arte.

Por destruirme más me libertaste,
que a veces tarda más quien se apresura;
solo fuiste señor, solo mandaste
en alma, en corazón y en mi ventura.
Y en tanto extremo te desordenaste
a quererme dañar, que fue mi cura,
pues ya contra tu mal desordenado
de desdén y razón me hallo armado.

De la cual vuestra paz ni vuestra guerra
no bastan ya, señora, a desviarme,
así como otro tiempo acá en la tierra
no pudiera sin vos cosa alegrarme.
Lo que encubierto vuestro pecho encierra
descubrió el tiempo, y yo por remediarme
hice, no sin trabajo, esta mudanza,
que descanso será, si no es venganza.

[XXI]

Soneto

En extrema pasión vivía contento
por vos, señora, y cuando más sentía,
sólo un mirarme o veros deshacía,
o al menos aliviaba, mi tormento.

Hora quisistes que de fundamento
cayese en tierra la esperanza mía
con declararme lo que no entendía,
de torpe, hasta aquí mi entendimiento.

Desto nació un desdén por cuya mano
en término muy corto se ha deshecho
la fábrica que Amor hizo en mil años.

Yo miro, ya seguro desde el llano,
el risco en que me vi y el paso estrecho,
quedando ya seguro de mis daños.

[XXII]

Sonetos en la muerte del marqués del Vasto, y este primero habla con la marquesa

Alta señora, que en la edad presente
divina más que humana hermosura
y mil dotes del cielo y de ventura
os hacen un milagro entre la gente;

de cuyo resplandor el mundo siente
que en nuestra vida trabajosa y dura
nos hace clara de la noche escura,
como el bien más perfeto y excelente;

aunque causa tan justa os haya dado
para llanto y dolor la cruda muerte,
contra quien no hay reparo ni remedio,

el saber de que el cielo os ha dotado
ponga en el llanto doloroso y fuerte,
si fin no puede ser, al menos medio.

[XXIII]

Al marqués de Pescara

Señor, en quien nos vive y ha quedado
el gran nombre del Vasto y, su memoria,
después que désta breve y transitoria
a la vida inmortal mudó su estado,

donde desprecia nuestro bajo grado
y goza para siempre inmensa gloria,
quedando en todo verso, en toda historia,
del mundo eternamente celebrado;

mirad cuán ancha y espaciosa vía
os muestran sus hazañas inmortales
de haceros inmortal entre la gente,

y seguid su valor, que con tal guía
los más famosos no os serán iguales
del siglo ya pasado o del presente.

[XXIV]

Epitafio para la cámara donde murió el dicho marqués

Sólo aquí se mostró cuánto podía
en daño universal la cruda muerte,
do su fuerza valió contra el más fuerte,
y su valor contra el que más valía.

Por donde a Italia, cuanto bien tenía
en eterno dolor se le convierte,
y el gran Marqués ha mejorado suerte,
aunque acá la más alta poseía.

Sus muchas partes sobrenaturales,
un esfuerzo, un saber nunca igualado,
un ser no concedido a mortal hombre,

con mil famosos hechos inmortales,
a la inmortalidad han consagrado
este lugar y su tan alto nombre.

[XXV]

Epitafio para la sepultura del mesmo

Aquella luz que a Italia esclarecía
y ahora con morir la ha escurecido,
aquel alto valor que siempre ha sido
coluna do virtud se sostenía,

aquel saber de donde procedía
el remedio y restauro en lo perdido;
aquel sublime esfuerzo, tan temido,
del fuerte corazón que no temía;

aquel gran ser do junto se hallaba
el consejo y efeto, en paz y en guerra,
para hazañas de inmortal memoria;

y, en fin, a quien el mundo no bastaba,
aquí lo cubre muerte en poca tierra,
y lo que mereció goza en la gloria.

[XXVI]

Soneto sobre la red de amor

Dígame quién lo sabe: ¿cómo es hecha
la red de Amor, que tanta gente prende?
¿Y cómo, habiendo tanto que la tiende,
no está del tiempo ya rota o deshecha?

¿Y cómo es hecho el arco que Amor flecha,
pues hierro ni valor se le defiende?
¿Y cómo o dónde halla, o quién le vende,
de plomo, plata y oro tanta flecha?

Y si dicen que es niño, ¿cómo viene
a vencer los gigantes? Y si es ciego,
¿cómo toma al tirar cierta la mira?

Y si, como se escribe, siempre tiene
en una mano el arco, en otra el fuego,
¿cómo tiende la red y cómo tira?

[XXVII]

Respuesta

De amor se hace, y por él mesmo es hecha
la red de amor que tanta gente prende,
y como la refuerza el que la tiende,
no está ni puede estar rota o deshecha.

Hermosura es el arco que Amor flecha,
del cual ninguna fuerza se defiende,
y el gusto humano es quien le da y le vende
de diversos metales tanta flecha.

Nace niño, y por horas crece y viene
a ser más que gigante y, siendo ciego,
vuélvese un Argos al tomar la mira

y un mostruo tan extraño, que, aunque tiene
en una mano el arco, en otra el fuego,
con mil tiende la red y con mil tira.

[XXVIII]

Otra respuesta

La red de amor, pues por Amor es hecha,
no es de maravillar si a tantos prende
ni que, pues él la coge y él la tiende,
la guarde sin estar rota o deshecha;

ni que, del arco que Amor hace y flecha,
trabaje en vano aquél que se defiende,
ni que se engañe quien le da y le vende,
mirando y deseando, tanta flecha.

Es niño y vence, porque él solo viene
a poder lo imposible, tal que ciego
muy cierta, sin mirar, toma la mira,

y nos hace sentir que a un tiempo tiene
las manos en el arco y en el fuego,
y prende con la red, y abrasa y tira.

[XXIX]

Otra respuesta

La red de amor es invisible y hecha
de suerte que, sin verse, enlaza y prende,
y de valerle tanto al que la tiende
procede el nunca estar rota o deshecha.

Deleite forja el arco que Amor flecha,
del cual nuestro valor mal se defiende,
y el flaco natural le da y le vende,
para daño del mundo, tanta flecha.

Amor es fuerza indómita, aunque viene

en figura de niño, y aunque es ciego,
sola su voluntad es punto y mira;

y así, pudiendo cuanto quiere, tiene
en una mano el arco, en otra el fuego,
cuando tiende la red y cuando tira.

[XXX]

Soneto

Cuando era nuevo el mundo y producía
gentes, como salvajes, indiscretas,
y el cielo dio furor a los poetas
y el canto con que el vulgo los seguía,

fingieron dios a Amor, y que tenía
por armas fuego, red, arco y saetas,
porque las fieras gentes no sujetas
se allanasen al trato y compañía;

después, viniendo a más razón los hombres,
los que fueron más sabios y constantes
al Amor figuraron niño y ciego,

para mostrar que dél y destos hombres
les viene por herencia a los amantes
simpleza, ceguedad, desasosiego.

[XXXI]

Soneto

De oliva y verde yedra coronado,

cuando el rayo del sol es más caliente,
vueltos los ojos a una clara fuente,
y al pie de un alto pino recostado,

sin acuerdo de sí ni del ganado,
que de pacer dejaba al son que siente,
así soltó la voz süavemente
de amores un pastor apasionado:

«Las ondas cesarán del mar profundo,
por altas cumbres subirán los ríos,
sin hoja verde nos vendrá el verano

y ecuro hará el sol antes el mundo
que, aunque refuerce Amor los males míos,
a Silvia deje de adorar Silvano».

[XXXII]

Soneto

Como vemos que un río mansamente,
por do no halla estorbo, sin sonido,
sigue su natural curso seguido
tal, que aun apenas murmurar se siente;

pero, si topa algún inconveniente,
rompe con fuerza y pasa con ruïdo
tanto, que de muy lejos es sentido
el alto y gran rumor de la corriente;

por sosegado curso semejante
fueron un tiempo mis alegres días,
sin que queja o pasión de mí se oyese;

mas como se me puso Amor delante
la gran corriente de las ansias mías,
fue fuerza que en el mundo se sintiese.

[XXXIII]

Soneto

Pastora en quien mostrar quiso natura,
a la miseria deste bajo suelo,
la más cierta señal del bien del cielo
y un claro sol en la tiniebla escura,

si pastoral ingenio a tanta altura
pudiese levantar su corto vuelo,
que cantase Damón cuánto consuelo
es verte y no te ver cuál desventura,

desde el un polo al otro se sabría
que no yo solo, mas cualquier que ausente
de tu presencia vive, oh Galatea,

debe sentir la mesma pasión mía,
pues sola en ti se halla juntamente
cuanto bien se procura y se desea.

[XXXIV]

Soneto

Mientras amor con deleitoso engaño
daba color a la esperanza mía,
el seso, lo mejor que él entendía,
declarar procuró mi mal extraño.

Pero ya que llegar a ser tamaño
le vio, y que iba creciendo cada día,

dejó la menos necesaria vía
por más considerar el propio daño.

Desde allí, va en silencio y noche escura,
con mil acuerdos de mi bien pasado
y del presente mal, paso mi vida,

que en tal extremo está de desventura,
que, si hay firmeza en miserable estado,
ni puedo ya subir ni dar caída.

[XXXV]

Soneto

Nunca me vi tan solo ni apartado,
que lo pudiese estar de un pensamiento
que me renueva el doloroso cuento
de mi estado presente y del pasado;

do Amor, por verme siempre lastimado
con apariencias de contentamiento,
modera su rigor, y luego siento
con esperanza mi temor mezclado.

Entran luego los dos en su porfía,
donde en fin el temor vence la prueba
y pierde la esperanza mal fundada.

En esto estoy mil veces cada día,
y siempre el mesmo caso me renueva
tristes congojas y, pasión doblada.

[XXXVI]

Soneto en ausencia

Vivir, señora, quien os vio, sin veros,
no es por virtud ni fuerza de la vida,
que, en partiendo de vos, fuera perdida,
si el dejaros de ver fuese perderos;
mas de tanto valor es el quereros,
que, teniéndoos el alma en sí esculpida,
de su vista y memoria, que no olvida,
ninguna novedad basta a moveros.
Así, aunque lejos de vuestra presencia,
vos sola me estaréis siempre presente
y no me faltaréis hora ninguna,
sin que puedan tenerme un punto ausente
el áspero desdén, la cruda ausencia,
nueva llaga de amor, tiempo o fortuna.

[XXXVII]

Soneto

Como aquél que a la muerte está presente
de su señor, a quien ponzoña ha dado,
y, ya que remediarle es excusado,
procúralo y del hecho se arrepiente;

así mi voluntad, hora que siente
no poder ya mi mal ser remediado,
muestra dolerse de lo que ha causado,
y el remedio procura vanamente.

Bien simple y vanamente lo procura,
que, aunque en algo pudiese aprovecharme,
Amor, que puede, lo contradiría.

Aquí pondría sus fuerzas la ventura
y, viendo que el efeto era dañarme,
mi señora también se esforzaría.

[XXXVIII]

Soneto

Como al tiempo al llover aparejado
se conforman con él la tierra y viento,
así todo dolor, todo tormento,
halla conformidad en mi cuidado.

Que en tanto el mal de amor es extremado,
en cuanto se parece al que yo siento,
y en tanto es congojoso el pensamiento,
en cuanto con el mío es comparado.

Por do, viendo en cualquiera que padece
dolor conforme por alguna vía,
es fuerza que de entrambos sienta pena.

Así descansar nunca se me ofrece,
que si acaso se alivia el ansia mía,
Amor me la renueva con la ajena.

[XXXIX]

Soneto

Si, como de mi mal he mejorado,
se me hubiera doblado el acidente,
yo tengo por cierto que al presente
me hallara, señor, muy aliviado;

que, si de sus congojas y cuidado
se alivia todo espíritu doliente,
aliviaráse un cuerpo mayormente
al son de un dulce estilo delicado.

Yo conozco, señor, doliente o sano,
deberos tanto, que no sé en qué suerte
os me pueda mostrar agradecido:

sólo tendréis de mí, como en la mano,
que a nadie es vuestro mal tan grave y fuerte,
ni vuestro bien de nadie es tan querido.

[XL]

Soneto

Tan hijos naturales de Fortuna
son la desigualdad y el desconcierto,
que jamás permitió llegase a puerto
virtud muy rara ni bondad ninguna;

y si ésta ha de temer en parte alguna
de mostrar disfavor tan descubierto,
que en vos lo temerá tengo por cierto,
aunque siempre a lo bueno es importuna.

Las virtudes en vos son principales
y, a su despecho, vemos que han sacado
de su poder y mando vuestra suerte.

Lo menos son los bienes temporales,
pues la desigualdad de todo estado
al fin viene a igualarse con la muerte.

[XLI]

Soneto

¡Cuál doloroso estilo bastaría,
en el común dolor que nos atierra,
a mostrar parte, o lamentar la guerra
que al mundo hizo muerte en sólo un día,

cuando dispuso de quien disponía
del mundo, con valor tal, que se encierra
muerto, mas inmortal, en poca tierra
el que toda le amaba y le temía!

Y como otro dolor no se ha igualado
al deste triste y lamentable caso,
así debe llorarse eternamente;

y el nombre justamente tan nombrado
del Vasto, por las cumbres del Parnaso
celebrándose irá de gente en gente.

[XLII]

Soneto

En cuanto la materia es más subida
y más se aparta de profanidad,
en tanto, señor, vuestra habilidad
ha quedado de mí más conocida.

Y pues el santo tiempo nos convida
a dejar todo vicio y vanidad,
volvamos con amor y caridad
a Cristo, que es bondad summa cumplida;

y olvidando por él toda otra cosa,
baga de su pasión el fundamento,
para la gloria que apetece, el alma;

que, sin él, nuestra vida trabajosa
es nave rota que le falta el viento
y en playa de enemigos queda en calma.

[XLIII]

Soneto

Contra la ciega y general dolencia
de la triste inorancia miserable,
que de común se ha hecho comportable,
siendo tan insufrible pestilencia,

quiero que valga en esto mi sentencia:
que vuestro dulce estilo tan loable
os hará en Helicona memorable
sin contraste ninguno o diferencia;

ya vuestro claro ingenio nos lo muestra,
y ya el fruto gentil que dél procede
a la cumbre del monte os encamina,

do subís sin errar por la vía diestra
camino que a tan pocos se concede,
que ya por nuestro mal no se camina.

[XLIV]

Soneto

Cierto no puede ser sino buen hora
en la que yo tomé tal presupuesto,
como ver la hermosura de aquel gesto
que con tanta razón esta alma adora;

mas no penséis que no la veo agora,
que el espíritu siempre está dispuesto

a ver la ausente, y mi memoria en esto
se engrandece, se ensalza y se mejora,

ved cuánto, que no puedo ya comigo,
pensando que estos ojos la han de ver
como con los del alma ya la veo;

y pensando este bien, de ufano digo:
¡quién pudo jamás tanto merecer,
o que más alto, fin tiene el deseo!

[XLV]

Soneto

Atenta al gran rumor la musa mía
del armígero son de Marte fiero,
cesó del dulce estilo que primero
en sujeto amoroso se extendía;

mas hora, con la vuestra en compañía,
me vuelve al sacro monte, donde espero
levantarme más alto y, por grosero,
dejar con nuevo canto el que solía.

Así sus horas con la espada a Marte,
y los ratos del ocio con la pluma
pienso, señor, enderezar a Apolo;

dando a los dos de mí tan larga parte,
y tomándola dellos tal, que en suma
no me cause tristeza el verme solo.

[XLV]

Soneto

Si los sospiros que he esparcido al viento,
ausente de mi bien, con mil dolores,
y con ellos mis quejas y clamores
en bajo, triste y doloroso acento;

si la flaca esperanza cual la siento,
puesta en el medio de cien mil temores,
vinieren a noticia de pastores
do llegue el amoroso sentimiento,

sujeto les será mi triste llanto
por Galatea, y mi pasión tamaña
y, en ausencia, mi fe tan verdadera

pasar continuo y doloroso canto
por todos estos llanos y campaña
del famoso Danubio y su ribera.

[XLVII]

Soneto

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

DEMÓCRITO

De tu tristeza, Heráclito, me espanto,
y de nuevo me admiro cada hora
que, viendo el mundo y lo que pasa agora,
ya no hayas convertido en risa el llanto.

HERÁCLITO

Yo me admiro, Demócrito, que cuanto
en este triste siglo que empeora
crecen más las miserias de hora en hora,
más crece tu placer tu risa y canto.

DEMÓCRITO

¿Pues quién no reirá si, en paz y en guerra,
el gobierno del mundo y el consejo
es todo desconciertos y locura?

HERÁCLITO

Lo que a ti te da risa a mí me atierra,
eso me tiene ya doliente y viejo,
y eso me llevará a la sepultura.

[XLVIII]

Soneto

Siendo por Alejandro ya ordenado
que Lausato ciudad se deshiciese,
como venir su buen maestro viese
a suplicar por ella apresurado,

en viéndole, juró determinado
de no le conceder lo que pidiese;
él pidió entonces que la destruyera,
por do el mísero pueblo fue librado.

Así, siendo por vos determinada
mi perdición, señora, conocida,
estilo mudaré por mudar suerte,

pidiéndoos contra la costumbre usada,
o que para morir me deis la vida
o que para vivir me deis la muerte.

[XLIX]

Soneto

En muy süave aunque en muy gran tormento
vivo, y arderme siento en dulce fuego,
do en vivas llamas hallo un gran sosiego
y en extrema pasión contentamiento.

¿Con qué manera de agradecimiento
pagaré amor que en tal desasosiego,
y en el extremo de pasión do llego,
me tiene con su causa tan contento?

Sólo mostrarme puedo agradecido
en contentarme agora y en pesarme
que me haya Amor tal pena dilatado;

que pues tal ocasión había de darme,
con razón llamaré tiempo perdido
el que sin padecer se me ha pasado.

Canciones

[L]

[Canción I]

El tiempo huye y vuela,
pasa mi juventud y alegre edad,
y la larga esperanza va faltando,
y en la gran ceguedad
camino, de que el alma se recela:
si más se puede entrar, más voy entrando.

Tan absoluto en mí señoreando
prosigue Amor, que ya por larga usanza
pido mi mal con natural deseo,
y mal es cuanto veo,
aunque Amor me figura su mudanza;
pero para acabarme
faltáseme del todo la esperanza,
que, de mil muertes que ésta suele darme,
sólo desesperar basta a librarme.

Al menos no se viese
señal de compasión en aquel gesto,
ni aquel reír, ni aquel hablar süave
y aquel mirar honesto
de mis ojos y oídos se escondiese;
pues ni en mí tanto bien, ni en otro, cabe,
porque ni puede el alma ya, ni sabe,
huir de lo que en vida la sostiene,
o que la lleva a dolorosa muerte.
Así, dudosa suerte
ni me deja esperar ni me detiene,
por do, señora, pido
a Amor que de esperanza me enajene
y en este corazón deje imprimido
lo cierto, no el temor de vuestro olvido.

Pues que por mi destino
la voluntad me fuerza a no callar
que me ha forzado a vivir siempre en pena,
Amor, que da el lugar,
sea mi guía y muéstreme el camino
que debo de seguir, pues él condena
a muerte, y es la vida cual ordena
de quien a fuerza o grado le consiente,
como conozco, triste yo, por mí,
que en todo consentí
cuanto dolor el alma triste siente;
y aunque de escarmentado
me debiera temer del mal presente,
no le temí, y ahora me ha mostrado
que era bien de temerse tal estado.

Y al comenzar creía
hallar, quejando en este gran deseo,
para aliviarme algún breve reposo;
no fue ni el callar, veo,
ser provechosa ni posible vía
a quien padece mal tan congojoso;
mostraba no temer de temeroso,
sufriendo mal que a cualquier otro excede;
mas ya es tal el querer que lo concierta,

que la razón es muerta,
que contrastaba, y, pues que ya no puede,
al menos lo que diga
me muestre Amor, pues dél todo procede,
o haga la ocasión de mi fatiga
de pïedad ser menos enemiga.

No digo piadosa,
que, donde tanto bien no se merece,
el pensallo será nuevo dolor,
que harto se agradece
su mal al alma, pues que pensar osa
que nace siendo tal de bien mayor;
conténtese la vida, que el menor
bien de tan alta parte no consiente
merecerse del mal más excesivo.
Y si me tiene vivo
Amor, es por mostrarme claramente
que con este concierto
quiere que padeciendo me contente
y, cuando padecer más no pudiere,
con mi muerte me alegre si viniere.

[LI]

[Canción II]

Sin temor de venir en lo que estoy,
penaba ufanamente hasta ahora
que pruebo de vivir nueva manera,
y, faltándome ya de mi señora
el bien usado, mira a lo que soy
venido, Amor, y duélete siquiera.
Bien sé que no pudiera
contradecirte, cuando me perdí;
mas porque así me di,
sin proballo me pesa y da dolor,
que si hay en ti valor,
aunque contradecirte te desplace,
debes menospreciar quien no lo hace.

Los ojos de do suele tomar vida
la que de vida sólo el nombre tiene,
que sin ellos aun éste no tendría,

no sé si por ser bien que no conviene
a la miseria humana conocida,
me niegan ya la parte que fue mía;
por cuya sola vía,
contra la fuerza de mortal pasión,
mi triste corazón
de flaco en su flaqueza a sostenerse,
que sin dejar caerse,
con sólo el bien de aquella dulce vista,
jamás volvió la cara en su conquista.

Otros más de mil modos he buscado,
probando si sin esto en mortal cosa
hallase sólo un punto de sosiego;
mas la alma, que de otra arte no reposa,
vuelve buscando su consuelo usado,
y yo, que soy de cera, vuelvo al fuego
y pongo mientes luego
donde menos se guarda el bien que pido.
Allí soy atrevido,
que cuando menos teme soy más presto,
y de su hermoso gesto
ora hurto una vista, ora me guardo,
y desto juntamente vivo y ardo.

De muerte me sustento, en llama vivo:
tal modo de vivir ved si es extraño,
aunque es bien fácil para quien lo hace.
Dichosa vida en amoroso daño
gocé otro tiempo, y ahora la recibo
de Fortuna y de Amor la que les place.
Por ellos se me hace
gracia de la señal que della queda,
y aun no quieren que pueda,
para destierro de cien mil enojos,
mirar aquellos ojos
cuya extraña riqueza lo consiente,
pues me da de qué viva y no lo siente.

¿Quién no sabe de qué me he sustentado
desde que aquellos ojos vi primero,
que me hicieron mudar vida y costumbre?
¿Quién hay que por morir como yo muero,
siendo por ellos a morir guiado,
no tuviese el vivir por pesadumbre?
Pues esta servidumbre
es libertad que debe codiciarse;
mas tanto desearse
su vista a quien los vio es tan duro caso,
que, si es Amor escaso
amigo deste bien, mejor manera

de acabarme es mandar claro que muera.

Daña un secreto mal, pero si crece
en tal extremo no puede encubrirse.
Yo lo sé, Amor, por prueba de tus manos,
ya viste en mí gran mal sin descubrirse,
y agora con mis quejas me parece
que enojo a los ausentes y cercanos
mil pensamientos vanos,
y mi fuerte ventura tal me tiene,
que, si por caso viene
de bien al corazón o sombra o duda,
aun ésta se le muda,
que tu poder, Amor, se la enajena,
y de toda tu culpa es mía la pena.

Désta soy yo señor, ésta poseo;
tú me la diste, y siempre la sustentas.
En esto te me muestras liberal,
y en meterme en peligros y en afrentas,
Fuese a lo menos tal
tu ira, que en mi vida fin pusiese,
que sé cierto que fuese
un modo de piedad no dilatallo,
pues haces deseallo
al que de padecer se contentaba:
bien muere quien muriendo el mal acaba.

[LII]

Soneto

Mientra de parte en parte se abrasaba
y en vivas llamas la gran Roma ardía,
al alto cielo el gran clamor subía
del pueblo todo, que su mal lloraba;

sólo en parte Nerón cantando estaba
do el clamor miserable escarnecía,
y el incendio mayor más alegría,
y el mayor llanto más placer le daba.

Así, de en medio el alma donde estáis,
veis, señora, mi fuego y toda en llanto
la turba de mis tristes pensamientos;

y tanto más de verlo os alegráis,
cuanto más ardo y por vos lloro, y cuanto
me llegan más al cabo mis tormentos.

[LIII]

Soneto

Con la razón en su verdad envuelta
combate de atrevido mi querer,
armado de esperanza, y sin temer
que Amor le engañe o pueda dar la vuelta.

Acomete animoso a rienda suelta,
mi razón, débil contra tal poder,
resiste, mas en fin viene a perder,
y a parar en mi daño esta revuelta.

Que entonces sin sospecha, este cruel
de mí triunfa y sin temor se extiende,
viendo tan suya toda parte mía;

mas no me acaba, porque está con él
memoria de un gran bien, y me defiende
quien por otras mil partes me ofendía.

[LIV]

Soneto

Amor me dijo en la mi edad primera:
«Seguirás en amar siempre el extremo,
que en tempestuoso mar, sin vela o remo,
va salvo de peligro el que en mi espera».

Sin recelo le di fe tan entera
cuanto muestra la llama en que me quemo,
y sin temor entré donde hora temo
lo que, no le creyendo, no temiera.

Que ni callar me vale ni quejarme,
ni puede sufrimiento que es humano,
sostener tal pasión ni padecella;

pues ni quiere que viva ni acabarme,
ni aprovecha dejarme ya en su mano,
ni puedo, aunque procuro, salir della.

[XVI]

Soneto

Después que a César el traidor de Egipto
dio la cabeza que el peor quería,
encubriendo las muestras de alegría,
en público lloró, como está escrito.

Y Aníbal, cuando al imperio aflito
vio que Fortuna desfavorecía,
rióse entre la gente que plañía,
encubriendo un dolor que era infinito.

Así a veces el ánimo, cualquiera
pasión que siente, so contrario manto
cubre con vista alegre o lastimera;

por do, si alguna vez yo río o canto,
es por querer, con el placer de fuera,
encubrir mi secreto y triste llanto.

[LVI]

Soneto a una dama

Obrando Claramente la natura
perfición, que parece más que humana,
en vos sola ha mostrado, señora Ana,
que del bien general poco se cura;

pues hizo que de gracia y hermosura
viváis vos sola justamente ufana,
y viendos, Claro está que es cosa vana
esperar de ver otra tal pintura.

También sería yo vano en alabaros,
si en vuestra hermosura hubiese parte
que pensase con versos igualalla;

pero sólo diré que en el formaros
dejó natura tan vencida el arte,
que vos sola podéis menospreciallа.

[LVII]

Soneto

Si amor, así como extremó mi pena,
mi estilo en alabaros extremara,
vuestra fama, señora, ya llegara
donde jamás llegó ninguna ajena.

Y aquella Laura cuyo nombre suena
del toscano poeta en voz tan clara
en el nombre tan sólo os igualara,
mas mi bajo decir lo desordena.

Así, de no emprender obra tan alta

tengo justa disculpa, pues excede
tan claro la materia toda historia;

pero en vuestros loores esta falta,
de poderse igualar, hace que quede
para siempre de vos digna memoria.

[LVIII]

Carta en tercia rima

Pues no ha querido la ventura mía
que os pudiese contar lo que he pasado,
ausente de aquel bien que ver solía,

los males que he sufrido y que he callado,
o parte dellos, os dirá, señora,
este papel en lágrimas bañado.

Y empezaré de aquella primer hora,
que de tanto dolor principio ha sido
y desta vida donde muero agora.

Sé que os espantaréis cómo ha podido
vivir un corazón tan descontento
y en contino temor de vuestro olvido.

De vos partí, señora, y tal me siento
desde aquel punto que dejé de veros,
que mil veces me falta el sufrimiento.

Y comigo me enojo, que perderos
haya podido sin perder la vida,
pues para más no vive de quereros.

Mas la firme memoria, que no olvida
lo que vieron mis ojos, me sostiene
y esfuerza toda parte enflaquecida.

Así, para vivir, de vos me viene,
sin vuestra voluntad, este consuelo
que contrasta a mi muerte y la detiene.

Mas ¿qué haré, señora, que recelo
que mi querer os cansa y os enoja,
y en esto se me dobla el desconsuelo?

Mis veces lo más sano se me antoja
quereros y sufrir solo comigo,
mas tal pasión callada más congoja.

De todo es fuerza que seáis testigo;
juzgad, señora, lo que el alma siente,
y no me condenéis por lo que digo.

Y para ver lo que padezco ausente,
no quiero que miréis otra señal
sino acordaros de que os fui presente.

Y poned el dolor al daño igual
y veréis que, de todas mis pasiones
forzado, la menor será mortal.

No digo de mil otras ocasiones
donde son menester en cada una
no uno mas mil duros corazones.

Ésta que sobre todas me importuna,
ésta sola juzgad que tanto pueda
en daño mío la cruel Fortuna,

y que vuelta no dé jamás su rueda
sino para dañarme por mil vías,
sin estar un momento en un ser queda.

Y ahora, por doblar las ansias mías,
viendo aliviarse con vuestra presencia
mil graves y penosas fantasías,

puso todo su intento y diligencia,
hasta que lo ha cumplido, por traerme
al destierro mortal de vuestra ausencia,

donde no se contenta con tenerme
sufriendo lo posible a un hombre humano,
que a lo imposible quiere someterme.

Su poder tuve un tiempo por liviano,
cuando el de Amor también menospreciaba,
mas éste es el castigo de su mano.

¡Oh, por cuán imposible yo juzgaba
que tanto por amor se padeciese,
y cuánto en mi juicio me engañaba!

Que siempre que lo pienso yo me espanto,
ya que, vivo, de vos pudo apartarme,
¿cómo no me ha acabado el triste llanto?

¿Y cómo puede Amor, sin acabarme,
sustentar vida tan apasionada,
después que de mi bien pudo privarme?

Pero podéisla dar por acabada
en esta triste ausencia trabajosa,
si la desamparáis en tal jornada.

Y si por vuetra y como a vuestra cosa
la tratáis, vos veréis cómo se hace
contra todos sus males animosa.

Que lo que más, señora, la deshace
es no ser cierta de lo que queréis,
para hacer lo que más os satisface.

Y pues habéis ya visto y conocéis
que ausente muero y por quereros vivo,
no creáis sólo lo que aquí veréis,
que lo menos se muestra en lo que escribo.

Soneto

Pude partirme con pensar que fuera
por ausencia menor la pena mía,
y ahora, en verme sin el bien que vía,
no sé: quién me detiene que no muera;

mas sois, señora, vos, que tan entera,
en aquel mesmo grado que solía,
os tiene esta alma como el mesmo día
que me causastes la pasión primera.

Desde allí dais esfuerzo a lo vencido,
y pueden sustentarse entre mil males
el alma y corazón con sólo veros;

yo vivo sin temor, porque he sabido
que ya no me harán penas mortales
perder tan alto bien como quereros.

[LX]

Soneto de Endimión

En una selva, al parecer del día,
se estaba Endimión, triste y lloroso,
vuelto al rayo del sol que presuroso
de la cumbre de un monte decendía.

Mirando el turbador de su alegría,
contrario de su bien y su reposo,
tras un grave sospiro doloroso,
tales palabras contra el sol decía:

«Luz clara, para mí triste y escura,
que con furioso curso apresurado
mi sol con tu tiniebla escureciste,

si te pueden mover en tanta altura
las quejas de un pastor apasionado,
no tardes en volver donde saliste».

Sonetos en prisión de franceses

[LXI]

Como el poderos ver, señora mía,
me sustentaba sin usar de otra arte,
cuando en segura y reposada parte
Fortuna tanto bien me concedía;

así, después que por contraria vía
volvió su rueda, y con el fiero Marte,
sin que cese su furia ni se aparte
de mí, los dos me dañan a porfía,

ni su poder ni la prisión francesa,
do por nuevo camino me han traído,
privarán de su bien mi pensamiento;

con que no sólo ningún mal me pesa,
mas aun, señora, viéndome perdido,
conozco que lo estoy, y no lo siento.

[LXII]

Otro

Lo que es mortal padece esta prisión,
que lo inmortal, señora, está en la vuestra;
ésta tiene de mí sola la muestra,
la vuestra tiene el alma y corazón.

Por donde yo no hallo por razón
que a Fortuna llamar deba siniestra,
pues ella me guió con mano diestra
a veros y a sufrir por vos pasión.

Así de todo el mal en que me ha puesto,
cuando pienso este bien en que me puso,
no sólo le perdono su mudanza,

pero aun no estando satisfecha desto,
de cualquier otro mal también la excuso.
salvándose de veros mi esperanza.

[LXIII]

Otro

Cuando contemplo el triste estado mío
y se me acuerda mi dichoso estado,
hallo mi ser en todo tan trocado,
que pensar tuve bien es desvarío.

Con mi memoria por mi mal porfío,
pues, si no es esperanza en bien pasado,
y en ella con razón fui confiado,
con muy mayor agora desconfío.

Ausencia, de pasiones madre y fuente
junta con el temor de vuestro olvido,
del cual aun en presencia me temía,

hacen con fuerza del dolor presente
parecerme, según ya estoy perdido,
que ni fue ni vi entonces lo que vía.

[LXIV]

Soneto de Silvano a su pastora Silvia.
Soneto

Cuando la alegre y dulce primavera
a partir sus riquezas comenzaba,
y de los verdes campos desterraba
aquella estéril sequedad primera,

un pastor triste y solo en la ribera
de Tesín gravemente sospiraba,
y vi que en un alto olmo que allí estaba
con un hierro escribió desta manera:

«Si, de amor libre, por aquí pasare
acaso algún pastor, cualquier que fuere,
huya desta ribera y deste llano,

que, cuando más sin pena se hallare,
si a Silvia la cruel pastora viere,
por ella morirá como Silvano.

[LXV]

Canto de Silvano

A la sazón que se nos muestra llena
la tierra de cien mil varias colores,
y comienza su llanto Filomena;

cuando, partido Amor en mil amores,
produce en todo corazón humano

como en la tierra el tiempo nuevas flores;

al pie de un monte, en un florido llano,
a la sombra de una haya en la verdura.
cantaba triste su dolor Silvano,

y asegundaba voz en su tristura
el agua que bajaba con sonido
de una fuente que nace en el altura.

Pastor en todo el valle conocido,
a quien la musa pastoral ha dado
un estilo en cantar dulce y subido.

Después que su zampoña hubo templado,
dijo, como si viera ante sus ojos
a aquélla por quien vive apasionado:

«Silvia cruel, pues que de mis enojos
el número mayor más te contenta,
y es tuya la vitoria y los despojos,

muévete al menos a tomar en cuenta
aquella voluntad tan conocida
con que sufro el dolor que me atormenta.

No sé por qué de ti ya no es creída,
si no porque de grande es increíble
y tú, enemiga, de ti poseída.

¡Oh, si me fuese ahora tan posible
acabar ante ti por contentarte,
como vivir sin ti me es imposible!

En pago de aquel tiempo que en mirarte
gasté contento, cuando no mostrabas
como huelgas ahora de alejarte,

Silvia cruel, que verte me dejabas,
porque venido al tiempo de no verte
me viese cual tú verme procurabas,

si del atrevimiento de quererte

merecí pena, ya la padecía,
que bastaba perderme sin perderte.

Acuérdome de un tiempo que solía
contar Silvano el triste sus pasiones,
y Silvia la cruel se las oía.

Acuérdome que mis toscas razones
hallaban en tu pecho acogimiento,
si hallaban también contradicciones.

Acuérdome también que mi sustento
era tu vista y desto se holgaba
quien huelga ahora de mi perdimiento.

¡Quién me dijera, cuando yo te daba
cuenta tan larga de las ansias mías,
que desventura tal se me guardaba!

¡Quién me dijera, Silvia, que encubrías,
so color de dolerte, la crueza
que al fin acabará mis tristes días!

No pienses que tendrá ya tu fiereza
lugar en mí do pueda ejecutarse,
que la fuerza que viste es ya flaqueza.

Mi vida es la que gana en acabarse,
tú sola perderás en que se acabe,
que yo no pierdo sino en dilatarse.

Este alto monte, que mis ansias sabe,
por mi contino canto doloroso
sabe la crueldad que en Silvia cabe.

Y al son que hacen triste, y tan lloroso,
las ninfas del Tesín en su ribera,
responden las del Po, claro y famoso.

Deste llano, do siempre primavera
hallaban los pastores y el ganado,
hora huye y se aparta toda fiera.

Sólo Silvano, el triste desdichado,
a llorar su dolor y desventura
quedó, como en desierto, desterrado.

¡Cuán diferente ya en esta pastura
de aquél que ahora soy me vi cantando,
no versos de dolor ni de tristura,

sino de tal sujeto que, en tocando,
la rústica zampoña resonaba
mi suerte y tus bellezas alabando!

Y de las dos riberas se juntaba
la más sentida parte de pastores,
que, estimando mi canto, me escuchaban.

Allí los más penados amadores
a cantar comenzaban dulcemente
en amoroso verso sus dolores.

De sombra en sombra, de una en otra fuente,
en loar cada cual a su pastora,
procuraba mostrarse más valiente.

Donde no se pasó jamás un hora
que tu precioso nombre no se oyese,
tu nombre, Silvia, por quien muero agora.

Ni pienso que algún olmo o salce hubiese,
do escrita de mi mano por tu gloria
parte de tu valor no se leyese.

Con esta simple pastoral historia
procuraba dejar en estos llanos
inmortal para siempre tu memoria.

Porque del bien de nuestra edad ufanos
pudiesen en el tiempo venidero
gozarse los pastores comarcanos.

Entonces tuve vida, ahora muero;
entonces, Silvia, no menospreciabas
a tu pastor Silvano, aunque grosero;

entonces vi que no te desdeñabas
de alegrar con tu vista estas riberas,
sin mostrar que de verme te enojabas.

Gozábamos tu vista, tus maneras,
tu habla, tus graciosos movimientos
para hacer mil almas prisioneras.

Y todas mis congojas y tormentos
con tu presencia así se deshacían
como la niebla con furiosos vientos.

Cuando estos campos tanto bien tenían,
los árboles, las flores y los prados
de granizo ni piedra no temían.

Todos los frutos por aquí sembrados
se vían de hora en hora levantarse
como por mano de natura alzados,

y todas estas yerbas alegrarse,
como se ven ahora, no te viendo,
antes de tiempo y sin sazón secarse.

Pero cual yo te vi flores cogiendo
por estos campos es para sentirse
sólo en el alma, y voylo yo diciendo.

Al aire esos cabellos vi esparcirse,
en mil ñudos al aire esos cabellos,
y luego de una nube el sol cubrirse

de corrimiento y pura envidia dellos,
hasta que tú, porque él se descubriese,
tornabas a encubrillos y cogellos.

Si con el bien perdido se perdiese
la memoria que vive tan dañosa,
aún pienso triste que vivir pudiese;

pero con ella en ansia congojosa
pasaré con dolor lo que me queda,
que es poco, desta vida trabajosa.

Volvió Fortuna su mudable rueda
porque en estado triste y miserable
quejarme siempre sin valerme pueda.

Y tú, Silvia cruel, fuiste mudable
con quien tuvo y tendrá siempre contigo
una fe y un amor tan entrañable.

Pues si tal crueldad usas comigo,
procurar, siendo tuyo, de acabarme,
¿qué más puede esperar un enemigo?

En comenzando tú a desampararme,
me faltó todo bien y la esperanza
que en algún tiempo no solía faltarme.

Has mudado mi ser con tu mudanza,
y sola una señal no me dejaste
de bien en que tuviese confianza.

Y pienso que, de ver que no acabaste
esta sombra que queda de la vida,
aún no juzgas mi mal tanto que baste.

Pues aunque tu belleza es tan subida,
no soy tal, si lo miras, que merezca
que de mí te desprecies ser querida.

Ni tan disforme soy que, do se ofrezca
mostrarme con pastores mis iguales,
no pueda parecer, y no parezca.

Y tú mesma de nuestros mayorales
siempre viste tenerse y estimarse
Silvano, el que ahora muere, y no le vales;

pues de lo que un pastor debe preciarse,
en nuestro valle ningún otro veo
que de mí le hayas visto aventajarse.

Mi canto ya le oíste, y yo no creo
que pudiera de ti ser más loada

la musa de Damón y Alfesibeo.

Mas triste, sin ventura, todo es nada:
¿qué vale fe en amor, ni partes buenas,
a pastor cuya vida es malhadada?

Antes ayudan a doblar las penas,
que tanto más las siente el que padece,
cuanto más le debieran ser ajenas.

Porque al pastor que menos lo merece
la Fortuna cruel se muestra amiga,
y al que merece más desfavorece.

No sé, Silvia, qué piense o qué me diga,
sino que ya no espero que se amanse
tu enojo ni que menos me persiga.

Mis días hacia el fin vuelan y vanse,
y pienso serán antes consumidos
que vea un hora sola en que descanse.

¡Oh, si ahora mis versos doloridos
con este triste son se levantasen
y pudiesen llegar a tus oídos!

Que ya que tu dureza no ablandasen,
yo sé que de mi mal alguna parte
que negar no pudieses te mostrasen;

no porque vayan guarnecidos de arte,
sino por ser el cuento simple y puro
del dolor que comigo Amor reparte.

Versos movieron corazón muy duro,
mas es el tuvo duro en tal extremo,
que ni lo espero ya ni lo procuro,

ni busco otro remedio, antes lo temo,
pues sale de mis ojos siempre un río
que pasa por la llama en que me quemo;

y ni el gran fuego al triste llanto mío

disminuye el humor que le sustenta,
ni decrece el ardor por agua o frío.

Y si pena mayor quieres que sienta,
o mayor puede ser, mándalo luego,
que cosa no querrás que no consienta.

Mas mira el triste llanto y vivo fuego
que me consume y arde, y verás claro
que no puedo pasar de donde llego,

que ni a pastor jamás costó tan caro
amar pastora, ni la quiso tanto,
ni se vio perdición tan sin reparo».

Aquí llegó Silvano con su canto,
dando por fuerza de pasión tamaña
fin a los versos y principio al llanto.

Eco, del centro de la gran montaña,
resuena en su favor, ya por costumbre,
con temerosa voz, triste y extraña.

Mas como Febo, con su clara lumbre,
acabó de encubrirse y esconderse,
desamparando ya toda alta cumbre,

y se alegraba Endimión de verse
cercano de gozar su bien tamaño,
comenzó el pastor triste a recogerse,
llevando a la majada su rebaño.

[LXVI]

Soneto

La grave enfermedad que en Silvia vía
lloraba triste su pastor Silvano,
cuando, mirando en la siniestra mano,

le vio un agudo hierro que tenía,

así diciendo: «De la furia mía
guárdese todo corazón humano».
¿Y qué hará con gesto alegre y sano
la que doliente y tal esto hacía?

Mostró que, pues peligro descubierto
tan claro desengaña al que le viere,
huyan todos la muerte conocida,

porque el daño mayor está encubierto,
que el triste que a quererla se atreviere
harto más aventura que la vida.

[LXVII]

Silvano a Silvia

A Silvia la crüel salud envía
Silvano el triste, de quién él la espera,
que habella de otra parte desconfía.

Yo quisiera hacerte, si pudiera,
esta mi carta alegre o menos triste,
mas salióme por fuerza verdadera.

En ella te verás cual siempre fuiste,
soberbia vencedora de un vencido
que no se defendió ni se resiste.

Y a mí me verás tal, y tan perdido,
como tú mesma desear podrías,
que es cuanto puede ser encarecido.

Verás aquellos tan sabrosos días,
que con tu voluntad gocé de verte,
vueltos en ansias y en congojas mías.

Temo contar mi dolorosa suerte
que sé que a cada paso deste cuento
he de topar mil veces con mi muerte.

Y aunque palabra para sentimiento
de tan creidos males no hay ninguna,
lo que puedo diré de lo que siento.

Bien sé que el triste canto te importuna,
porque ya con mi suerte le ha mudado
de alegre en doloroso mi fortuna.

El doloroso verso enamorado,
que un tiempo tus oídos deleitaba,
en triste y enojoso se ha trocado.

Entonces que mi vista te gozaba,
con que tú me mirases, o mirarte,
toda amorosa queja se templaba.

Pero ya con el vano imaginarte,
¿de qué sustentaré mi triste vida,
buscándote mis ojos sin hallarte?

Nunca sentí tal pena que, medida
con la gloria de verte, no la viese
menor mil veces, aunque muy crecida.

Ni tormento sufrí que Amor me diese
que, pensando en el bien de tu presencia,
aunque fuese mortal, yo le temiese.

Mas ¡oh dura, cruel, grave sentencia
de Amor y mi fortuna, que han querido
que sufra un cuerpo de su alma ausencia!

¡Cuánto más sano y cuán mejor partido
me fuera el acabar, que tú lo vieras!
Mas porque fuera lo mejor, no ha sido.

Entonces a lo menos me creyeras
ni hubieras visto lo que me decías:
que nunca fue mi mal pena de veras,

y que eran de obstinado mis porfías,
y que por mi placer te importunaba,
buscando de enojarte nuevas vías.

Si penaba de veras o burlaba,
puédeslo ver en lo que paso ahora,
que el fin por el principio se mostraba.

Si padecer un mal que no mejora,
ni espera mejorar de ningún arte,
ni siente de descanso sola un hora;

si en ausencia quererte y contemplarte,
si tener en el alma tu figura,
y sólo al corazón dar della parte;

si en tan grave pasión y desventura
sumarse mi remedio y mi consuelo
en ver o imaginar tu hermosura

y, para mayor daño y desconsuelo,
tener Amor en mí la entrada cierta
al dolor miserable del recelo;

si haber cerrado a todo bien la puerta,
y abrirla a todo mal de la manera
que Amor por acabarme lo concierta,

no son de mi congoja lastimera
para poderla ver ciertas señales,
¿cuáles serán de pena verdadera?

Pero las mías, aunque son mortales,
bien sé que no podrán satisfacerte,
porque a tu voluntad no son iguales.

Así jamás espero de tenerte,
por males que padezca, satisfecha,
aunque morir me vieses por quererte.

Mas esta vía he de seguir derecha
por no faltarme a mí de lo que debo,

que contigo bien sé que no aprovecha.

Por presupuesto ya en mis males llevo
que ni en mí el padecer es cosa nueva,
ni en ti no conocerlo es caso nuevo.

No tengo para qué hacer más prueba,
que ya tu voluntad está probada,
pues que por ella tanto mal se aprueba.

De mi vida presente y la pasada
quedará para ti sabrosa historia
del alma por mi mano trasladada.

De mis penas tendrás dulce memoria,
y en la diversidad de cada una
diversamente te verás en gloria.

Holgarás con Amor y con Fortuna,
que con tu voluntad se han concertado,
y en todos tres la voluntad es una.

Verás los dos para lo que han bastado;
verás también a lo que tú bastaste,
que pudiste acabar lo comenzado;

verás cumplido cuanto procuraste,
y más se cumplirá si más procuras,
que en mí no tiene tu querer contraste.

Disparates los llamas y locuras,
mas, ¡oh, cuán diferente es el juicio
del que se halla envuelto en desventuras!

Tú en lastimarme seguirás tu oficio,
yo en padecer seguiré siempre el mío,
que efetos son los dos de tu servicio.

Y si mis quejas a escribir porfío,
no es ya porque yo espere de ablandarte,
que esperallo sería un desvarío,

ni porque piense que la menor parte

del mal que hasta ahora he padecido
pueda mi bajo estilo declararte:

que en uno será siempre lo que ha sido,
y en otro yo sé bien si faltaría
el más delgado estilo y más subido.

Mas movióme a escribirte el ansia mía,
ver que descanso en cosa no hallaba,
y probéle a buscar por esta vía.

Hame salido lo que yo esperaba,
que en tales esperanzas no me engaño,
aunque del mal forzado lo probaba;

mas aunque su dolor grave y extraño
sojuzga ya del todo el sufrimiento,
pido que crezca en mí, si puede, el daño,
pues con él crece tu contentamiento.

[LXVIII]

Soneto

Estas palabras de su Silvia cruda
puso Silvano en esta haya umbrosa:
«Silvia, do vemos de cruel y hermosa
tales extremos que el mayor se duda,

conociendo mi mal y que su ayuda
es sola en mi remedio poderosa,
mírame y de cruel en piadosa
muestra querer mudarse, y no se muda.

Con tales muestras me sostiene en vida,
hasta que muerte o más dichoso hado
me aparten del Tesín y su ribera.

Y si esto puede una piedad fingida,

considera, pastor enamorado,
lo que podría hacer la verdadera».

[LXIX]

Soneto respondiendo a otro

En leyendo, señor, vuestro soneto,
acabé de saber lo que creía
y afirmé la opinión en que os tenía
de honrado, virtuoso y de discreto;

mas he hallado en él sólo un defeto,
que no es por falta vuestra sino mía,
y es que a un alto decir se requería
igual con las palabras el sujeto;

mas tanto más ingenio en vos se muestra,
cuanto cosa más baja habéis alzado
con estilo delgado y elocuente;

y yo a la voluntad y virtud vuestra
quedo de corazón tan obligado
cuanto debo quedarlo justamente.

[LXX]

Soneto

Cierto escogí bien peligrosa vía
cuando primero en vos los ojos puse,
pues a pasar tal vida me dispuse
cual vos, señora, veis que ahora es la mía.

Para más no vivir viví aquel día
y, porque al veros todo bien pospuse,
ni sé a quién acusar ni a quién excuse,
ni hallo parte en mí del que solía.

Mas tomar tanto gusto en muerte ajena,
contra tanta humildad tal aspereza,
y obras a muerte tan enderezadas,

sin dar jamás alivio a tanta pena,
ved vuestras manos, que de tal fiereza
por fuerza se han de ver ensangrentadas.

[LXXI]

Soneto

Por apartarme un tiempo de pasiones,
me apartaba de amor cuanto podía,
conociendo ya dél que se seguía
con ásperas y, duras condiciones;

pero de aquellas mesmas ocasiones
por do más a temelle me movía
nacieron, como os vi, señora mía,
justas para seguirle mil razones.

Así fui suyo sin sospecha alguna
en cuanto me amparó vuestra presencia
de los males que causa su cuidado;

mas pesó deste bien a mi fortuna,
y al destierro mortal de vuestra ausencia
me trujo, donde moriré forzado.

[LXXII]

Soneto a la soledad

Pues se conforma nuestra compañía,
no dejes, soledad, de acompañarme,
que al punto que vinieses a faltarme
muy mayor soledad padecería.

Tú haces ocupar mi fantasía
sólo en el bien que basta a contentarme,
y no es parte sin ti, para alegrarme
con todo su placer, el alegría.

Contigo partiré, si no me dejas,
los altos bienes de mi pensamiento,
que me escapan de manos de la muerte;

y no te daré parte de mis quejas,
ni del cuidado, ni del tormento,
ni dártela osaré por no perderte.

[LXXIII]

Soneto

«Cantad, pastores, este alegre día
porque en las selvas memorable sea
y, pues tan altamente aquí se emplea,
de amor se canten versos a porfía;

que hoy hinche nuestros campos de alegría
con su vista la bella Galatea;
hoy huye en parte do jamás se vea
la gran tristeza que sin ella había».

Así dijo Damón, y los pastores,
al son de sus zampoñas, comenzaron

a alabar aquel día (tan) venturoso;

las ninfas del Tesín, llenas de flores,
con süave concento acompañaron
el canto pastoral, dulce y sabroso.

[LXXIV]

Soneto

Viendo Tirsi a Damón por Galatea
en un continuo llanto dolorido,
que con ansia mortal, cual nunca ha sido,
campos y montes sin parar rodea,

porque el alto poder de Amor se vea,
como levanta un pastoral sentido,
seis versos en un mármol ha esculpido
do pena y nombre de Damón se lea:

«Contra el poder del tiempo, señalado
quede este nombre y alto atrevimiento,
y permanezca aquí después que muera

Damón, que, pastor siendo de ganado,
a poner se atrevió su pensamiento
donde por premio sola muerte espera».

[LXXV]

Soneto en coloquio entre Fileno y Tirsi, pastores

FILENO

Pastor, ¿es cierto que por Galatea
vive nuestro Damón apasionado?

TIRSI

Sí, que vive por ella en tal cuidado,
que, por salir ya dél, muerte desea.

FILENO

¿Pues es posible, di, que della sea
su canto y su saber menospreciado?

TIRSI

Antes pienso que della es estimado,
mas hay dificultad en que él lo crea.

FILENO

Dime, ¿el saber, la gracia y hermosura
desta pastora es como cuenta della
la fama general en toda parte?

TIRSI

Deso no me preguntes, que natura
jamás se satisfizo sino en ella,
y aquí pasó del pensamiento el arte.

[LXXVI]

Soneto al marqués del Vasto

Señor, bien muestra no tener Fortuna
empresa alguna por dificultosa,
pues ha osado emprender tan alta cosa
como a vuestro valor ser importuna;

que ni pudo hallar hazaña alguna

que acometer pudiese tan famosa,
ni menos a la fuerza poderosa
de vuestro corazón igual ninguna.

Así todo su intento ha sido vano,
y su poder, al mundo tan terrible,
ha sido para vos poco y liviano,

que con saber, con ánimo increíble,
con gran constancia y valerosa mano
vencistes la que llaman invencible.

[LXXVII]

Soneto

Un novillo feroz y un fuerte toro
lidian delante su becerra amada,
y mirábalos Silvia descuidada,
de gracia y de beldad rico tesoro,

cuando por la ribera un sacro coro
de ninfas vi venir, y en su llegada
fue dellas mi pastora coronada
de flores, que eran perlas sobre el oro.

Y como el fuerte vencedor furioso
dio alegre fin a la obstinada empresa,
zampoña no quedó que no tocase,

diciendo: «¡Oh bien nacido y venturoso
Silvano, si tu llanto, que no cesa,
con fin tan venturoso se acabase!»

[LXXVIII]

Soneto

Del bien del pensamiento se sustenta
el triste corazón entre mil males
que en mí se tratan como naturales,
y el alma hace ya la misma cuenta.

El no sufrillos tiene por afrenta,
y por honra y valor sufrillos tales,
y págase, sintiéndolos mortales,
con sólo consentille que los sienta.

Esto por bien muy grande se le niega,
y la vida ha tomado por partido
seguir en padecer su estilo usado,

que llegando al extremo donde llega,
lo que con deseallo nunca ha sido,
no puede por razón serle negado.

[LXXIX]

Soneto

Un tiempo me sostuvo la esperanza,
y Amor lo consintió porque sintiese,
cuando al estado en que estoy viniese,
que fue para mayor desconfianza.

En gran fortuna me mostró bonanza
y aseguróme porque conociese,
cuando nuevo dolor menos temiese,
que en su seguridad hay más mudanza.

Pasé con este alivio mi cuidado,
hasta que he conocido de hora en hora
que todo fue color para más daño;

y con haberme ya desengañado,
conozco que hay en mí de nuevo agora
más aparejo para nuevo engaño.

[LXXX]

Soneto

Sin temer el camino voy contando
los pasos por do a muerte voy derecho
y, como quien trabaja en su provecho,
me voy de paso en paso apresurando.

Vos, señora, y Amor vais estorbando
lo que procuro y, por mayor despecho,
mostráisme este descanso a poco trecho
y tenéisme suspenso, dilatando.

Pero si bien tamaño no merece
como acabar por vos la triste vida,
al menos esforzad el sufrimiento,

o consentí el remedio que se ofrece,
o moderad congoja tan crecida,
o mandad que no sienta el sentimiento.

[LXXXI]

Soneto

Viendo su bien tan lejos mi deseo,
alejóseme tanto por seguille,
que tuve por difícil reducille
al derecho camino sin rodeo.

Y ahora tal me tiene, que me veo
sin fuerza con que pueda resistille,
tan forzado me tiene a consentille,
que soy el que de mí menos poseo.

Ninguna novedad hay que me aparte
de tal congoja, ni que yo la crea,
sino para mayor inconveniente;

pues siendo yo de mí la menor parte,
por fuerza hace Amor que el todo sea,
sólo para sentir lo que él consiente.

[LXXXII]

Soneto

En medio del placer que el pensamiento
me causa con mostrárseme presente,
Amor, que por ser bien no lo consiente,
le vuelve por usanza al mal que siento,

Yo al gusto del primer contentamiento
le esfuerzo para el bien do me contente,
mas no me vale, que absolutamente
Amor en sólo el mal le tiene atento.

Y aunque Amor todo su poder me diese,
no vale contra el vuestro, en siendo mío,
ni quiero yo que valga, aunque pudiese.

Mi bien y mal podéis, de vos lo fío:
bástame el mal, si yo lo mereciese,
que pensar en el bien es desvarío.

[LXXXIII]

Soneto

Tiempo fue ya que Amor no me trataba
con tamaña aspereza como agora;
tiempo fue ya que puso en mi señora
honesta compasión, que no mostraba;

tiempo fue ya que en parte mejoraba
todo lo que mis daños empeora;
tiempo fue ya del cual una sola hora
con mil veces morir no se pagaba.

Háseme vuelto escura noche el día,
turbóse el tiempo cuando más sereno,
el sol, cuando más claro, escureció.

Amor tornó a seguir lo que seguía,
y el bien que tuve, como bien ajeno,
de absoluto poder me le quitó.

[LXXXIV]

Soneto

Ajeno fue, pues fue sólo un momento,
y mil años el mal sin acabarse;
instable fue, pues vino a comenzarse
de nuevo el mal tras su contentamiento.

Para más daño fue, pues su cimiento
tan sin firmeza en mí pudo fundarse;
grave fue mi bien, pues en mostrarse
al parecer fue bien y al ser tormento.

Bien pudieras, Amor, con tantos males

acabarme de un golpe, pues podías
con uno y el menor de los que pruebo,

sin juntar con mis penas, siendo tales,
el bien que tuve por tan breves días,
para nuevo dolor y caso nuevo.

[LXXXV]

Soneto

Tal novedad me causa haber probado
el bien pasado, que, en el mal que pruebo,
lo mucho que me duelo, a lo que debo,
no puede ser con mucho comparado.

Y Amor me tiene tan escarmentado,
que casi a desear bien no me atrevo;
determino moverme, y no me muevo,
voy vacilando de uno en otro estado.

De todos vengo a conocer que el mío,
por natural razón, es apartarme
del derecho camino que me guía;

pero cuando en seguirlo más me fío,
hallo que voy por tan contraria vía,
y al cabo escojo por mejor quedarme.

[LXXXVI]

Soneto

¡Oh celos, mal de cien mil males lleno,
interior daño, poderoso y fuerte,
peor mil veces que rabiosa muerte,
pues bastas a turbar lo más sereno!

Ponzoñosa serpiente, que en el seno
te crías, donde vienes a hacerte
en próspero suceso adversa suerte
y en sabroso manjar cruel veneno.

¿De cuál valle infernal fuiste salido?
¿Cuál furia te formó?, porque natura
nada formó que no sirviese al hombre.

¿En qué constelación fuiste nacido?,
porque no sólo mata tu figura,
pero basta a más mal sólo tu nombre.

[LXXXVII]

Soneto

Después, Amor, que me privó tu mano
de aquella vista en que vivía seguro,
es vuelto en escabroso estilo y duro
el mío, que antes era humilde y llano;

y en tal extremo, que si el más liviano
dolor que siento declarar procuro,
voy por áspera peña o alto muro
para haber de llegar al más cercano.

La lengua al pronunciar está turbada,
que en tantas tan dañosas ocasiones
cada cual se le ofrece por primera:

así sale la voz flaca y cansada,
y tan confusa de entre mil pasiones,
que de ninguna da razón entera.

[LXXXVIII]

Madrigal

En el tiempo, señora, que encubría
lo que publico agora,
no tuve de descanso sola un hora.
Lo que sentía me forzó a quejarme,
y quedo más quejoso,
porque lo que busqué para aliviarme
me da menos reposo;
y pues todo camino es tan dañoso,
yo tomo por mejor
dejarme en vuestra mano y la de Amor.

[LXXXIX]

Epitafio puesto en un retrato de una señora

El que ensalzar procura su sentido
y de toda bajeza libre verse,
el que más sin remedio está perdido
y cobrarse quisiere con perderse,
y el que busca el deseo bien cumplido
y extremo que no pueda merecerse,
de gracia, de valor y hermosura
reposen, en mirando esta figura.

[XC]

Soneto en respuesta del pasado

Bien os puedo decir, considerando
lo que pruebo del mundo y lo que siento,
que, siendo los trabajos dél sin cuento,
se pueden los descansos ir contando;

mas el fuerte varón, no desmayando,

esfuerza con valor el sufrimiento,
y al sabio da el saber un nuevo aliento
con que, puesto que teme, va esperando.

Y si hay fortuna en el humano estado,
no es justo que ninguno desespere,
pues todo a su mudanza está sujeto;

mas de remedio estar desconfiado
no se sufre, señor, en el que fuere,
cual sabemos que sois, fuerte y discreto.

[CXI]

A un buen caballero, y mal poeta, la lira de Garcilaso contrahecha

De vuestra torpe lira
ofende tanto el son, que en un momento
mueve al discreto a ira
y a descontentamiento,
y vos sólo, señor, quedáis contento.

Yo en ásperas montañas
no dudo que tal canto endureciese
las fieras alimañas,
o a risa las moviese
si natura el reír les concediese.

Y cuanto habéis cantado
es para echar las aves de su nido,
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reído
de veros tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
aunque sean alemanes,
si para ser loados
fueran a vuestra musa encomendados!

Mas ¡ay, señor, de aquélla
cuya beldad de vos fuere cantada!,
que vos daréis con ella
do verse sepultada
tuviese por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola
basta a secar del campo la verdura,
y al lirio y la vïola,
do hay tanta hermosura,
estragar la color y la frescura.

Triste de aquel cautivo
que a escucharos, señor, es condenado
que está muriendo vivo
de versos enfadado,
y a decir que son buenos es forzado.

Por vos, como solía,
no reprehende Apolo ni corrige
la mala poesía,
ni las plumas rige,
pues la vuestra anda sola y nos aflige.

Por vuestra cruda mano
aquella triste tradución furiosa
no tiene hueso sano,
y vive sospechosa
que aun vida le daréis más trabajosa.

Por vos la docta musa
no da favor a nadie con que cante,
y mil querellas usa
con un llanto abundante,
mas nunca escarmentáis para adelante.

A vos es vuestro amigo
grave, si no os alaba, y enojoso,
y si verdad os digo,
daisme por ambicioso,
por hombre que no entiende o sospechoso.

Si yo poeta fuera,
viendo la cosa ya rota y perdida,
a Apolo le escribiera,
pues que de sí se olvida,
que reforme su casa o la despida.

Que no ha sido engendrada
la poesía de la dura tierra,
para que sea tratada
como enemigo en guerra
de quien se muestra amigo y la destierra.

Ella anda temerosa
con sobrada razón, y tan cobarde,
que aun quejarse no osa,
ni halla quien la guarde
de que en vuestro poder no haga alarde.

Y estáis os alegrando,
el pecho contra Apolo empedernido,
y a su pesar cantando,
de que él está sentido
y el coro de las musas muy corrido.

Por ley es condenado
cualquier que ocupa posesión ajena,
y es muy averiguado
que con trabajo y pena
el oro no se saca do no hay vena.

Pues ¿qué podrá decirse
de quien de versos llenos de aspereza
no quiere arrepentirse,
y para tal dureza
anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dejaron
fama en el mundo por lo que escribieron,
y de otros se burlaron,
que, en obras que hicieron,
ajeno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas
podrían ser éstas a vuestra escritura,
pero no señaladas,
porque es en piedra dura,
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Mas digo finalmente,
aunque decirlo es ya cosa excusada,
que no hagáis la gente

de vos maravillada,
juntando mal la pluma con la espada.

Mueran luego a la hora
las públicas estancias y secretas,
y no queráis agora
que vuestras imperfetas
obras y rudo estilo a los poetas

den inmortal materia
para cantar, en verso lamentable,
las faltas y miseria
de estilo tan culpable,
digno que no sin risa dél se habla.

[XCII]

Soneto

De la alta torre al mar Hero miraba,
al mar, que siempre más se embravecía,
y esperando a Leandro se temía,
mas siempre con temerse le esperaba.

Cuando la tempestad ya le acababa
de su vida la lumbre, y de su guía,
y el cuerpo sin el alma a dar venía
do el alma con el cuerpo deseaba,

en esto la triste Hero, esclareciendo,
vio muerto a su Leandro en la ribera,
del viento y de las ondas arrojado,

y dejóse venir sobre él, diciendo:
«Alma, pues otro bien ya no se espera,
éste al menos te será otorgado».

[XCIII]

El Viernes Santo al alma.
Soneto

Alma, pues hoy el que formó la vida
y el que tiene poder sobre la muerte,
sólo por remediar tu eterna muerte,
dio el precio inestimable de su vida,

mira que es justo que en ti tengan vida
los méritos y pasos de su muerte,
y conoce que es viento, sombra o muerte
cuanto el error del mundo llama vida.

Y así podrás, saliendo desta muerte,
entrar en posesión de aquella vida
que no la acabará tiempo ni muerte.

Endereza el camino a mejor vida,
deja el siniestro que te lleva a muerte,
que el derecho es más llano y va a la vida.

[XCIV]

Al Rey Nuestro Señor.
Soneto

Ya se acerca, señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada;

ya tan alto principio, en tal jornada,
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un Imperio y una Espada;

ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra monarquía,
conquistada por vos en justa guerra,

que, a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

[XCV]

Soneto

Si a decirte verdad soy obligado,
don Martín, pues sé bien la de tu pecho
y estás de mi amistad tan satisfecho
cuanto yo de la tuya confiado,

te amonesto que dejes el errado
camino por do vas, que a poco trecho,
si le sigues, verás el mortal lecho
que para el sueño eterno está guardado.

No apacientes tu hato en la ribera
del pequeño Sebeto, aunque te sea
agradable su agua y campo llano;

mas huye de su ninfa Galatea,
que, aunque es hermosa, es cruda, ingrata y fiera.
No es Silvia, no, con su pastor Silvano.

[XCVI]

Respuesta

Pareciéndome flores los abrojos,
teniendo por atajo un gran rodeo,
corrí tras la esperanza y el deseo,
dejada la razón por los antojos;

mas la miseria humana y sus enojos
me mostraran en fin mi devaneo
de suerte que, no viendo, agora veo,
que, yendo a despeñarme, abrí los ojos.

Desde entonces quedé considerando
de cuán débil materia era el cimiento
donde fundé mil pensamientos vanos;

y esfuerza mi flaqueza, procurando
seguir con obras al entendimiento,
mas, señor don Martín, somos humanos.

[XCVII]

Soneto

¿En qué puedo esperar contentamiento,
si tras todo mi mal, señora mía,
consiente mi fortuna que a porfía
me venga ahora a dañar cada elemento?

Mis esperanzas se las lleva el viento,
el fuego crece donde arder solía,
llevóme el agua cuanto bien tenía
y la tierra hará el apartamiento.

Vos juntaréis con esto el olvidarme,
pues quedar no merezco asegurado
del contino temor de vuestro olvido;

y no me quejaré por no aliviarme,
que no es justo que quede en otro estado
el que vivo quedó y os ha perdido.

[XCVIII]

Madrigal a una señora

En un contino llanto
hasta acabar la vida,
¿quién no murió de ver vuestra partida?

Y es muy poca señal de mal tan fuerte
tal pérdida llorada,
pues con el postrer daño, que es la muerte,
aun no fuera igualada.

Sólo puede igualarle mi quedada,
pues siendo vos partida,
quedé yo sin el alma y sin la vida.

[XCIX]

Damón

Lavinio, al comenzar de mi cuidado,
vi que a mi perdición iba derecho,
pero juzgué tal daño por provecho,
y así lo hubieras tú también juzgado;

por do el amonestarme es excusado,
que, aunque me pone ausencia en gran estrecho,
lo que piensas que sufro a mi despecho,
contento lo padezco y de mi agrado.

Que si Amor deste mal quiere que muera,
no me podrá quitar que esto no sea

remedio de mis males, y el más sano;

porque, tras haber visto a Galatea,
¿qué bien podrá igualarse al que perdiera
en no padecer muerte de su mano?

[CI]

Soneto

Puede en amor la discreción obrarse
cuando se siente amor tibio o ligero,
que no teme peligro el verdadero
ni puede con razones desviarse.

Es allegarse más el apartarse,
y el duro corazón más fuerte y fiero
viene a encenderse más que de primero
con lo que más espera remediarse.

Por donde, en este mal tan congojoso,
sufrir es el más sano regimiento,
pues otro que aproveche no se halla;

y el que en buscar remedio es presuroso
sé que vendrá a sentir lo que yo siento,
que la salud más cierta es no buscalla.

[CI]

Soneto

Dijo el docto Petrarca sabiamente:
«Pobre y desnuda vas, Filosofía»,

lamentando su tiempo, en que antevía
las faltas y miserias del presente,

do el vicio reina ya tan sueltamente,
que valen poco, y menos cada día,
la bondad, el saber, la valentía
del mejor, o más sabio, o más valiente.

Mas cuanto el mal está más encumbrado,
y el mundo aprueba más lo que debiera
tenerse por infamia y maleficio,

tanto merece ser más estimado
el virtuoso obrar, pues ya no espera
la virtud premio, ni castigo el vicio.

[CII]

Damón, ausente de Galatea

Si Apolo tanta gracia
en mi rústica cítara pusiese
como en la del de Tracia
y, cuando se moviese,
desde el un polo al otro el son se oyese,

y a los desiertos fríos
pudiese dar calor, y refrenase
el curso de los ríos,
las piedras levantase
y tras el dulce canto las llevase,

jamás le ocuparía
en claros hechos de la antigua historia,
mas sólo cantaría,
para inmortal memoria,
el tiempo de mi pena y de mi gloria.

La gloria que he perdido,
hermosa Galatea, y el reposo,

cuando, por ser vencido
de extremo tan hermoso,
llamado fui el pastor más venturoso;

y cuando se alegraban
del Tesín y del Po las dos riberas
con verte, y se inclinaban
los montes y las fieras
a tu vista, a tu gracia y tus maneras;

y cuando se cubrían
los prados ante ti de tiernas flores,
y en árboles se oían
cantar mil ruiseñores,
respondiendo en el canto a los pastores;

do tú los escuchabas,
y por el campo con tu hermosura
pasando renovabas
al llano la verdura
y a la fresca ribera su frescura.

Allí, de la torpeza
de mi tan rudo verso y tan sin arte,
juzgabas la pureza
de aquel sincero Marte,
digno de ser contigo alguna parte.

Mas razón, ni ventura,
no iguala al menor bien de Galatea,
do el cielo y la natura
permiten que se vea
junto lo que por partes se desea.

Sólo me fuese dado
no verme sin la luz de aquellos ojos
que de mi libre estado,
alegre y sin enojos,
hubieron la vitoria y los despojos.

O, no pudiendo vellos,
su resplandor llegase al alma mía,
pues cualquier rayo dellos
la noche esclarecía,
escureciendo el sol de mediodía.

Entonces yo gustaba
en ver en sujeción mi libre suerte,
que en tu vista hallaba,
sólo en mirarme o verte,
descanso en el dolor, vida en la muerte.

Mas ahora, no te viendo,
vivo sin esperar jamás mudanza,
en mi vivir muriendo,
porque de ti esperanza,
como no se merece, no se alcanza.

Ya tuvo en tu presencia
alivio mi pasión de mil consuelos,
mas en la triste ausencia
son solos los recelos
congojas sin remedio y desconsuelos.

Pasó la gloria mía,
que se deshizo como niebla al viento;
huyóme el bien que vía,
que era contentamiento
para esforzar el alma en su tormento.

Pasaron mis amores,
que el amor no podrá jamás pasarse;
quedáronme dolores,
que puedan renovarse
y primero acabarme que acabarse.

Mi bien es ya pasado,
el mal espera por llevar la vida,
y harto la ha esperado
desde la despedida
dolorosa y cruel de mi partida.

Así, pastora, el canto
que un tiempo tus oídos deleitaba,
cuando en mis versos tanto
tu nombre resonaba,
que el monte, llano y selva te llamaba,

en llanto doloroso
le mudaron el tiempo y mi fortuna
con vuelo presuroso,
llevando de una en una
mis esperanzas sin dejar ninguna.

Mudóse en triste invierno
aquella alegre y dulce primavera
por donde el llanto eterno
de mi voz lastimera
resonó ya del Istro la ribera.

Y Skelt, mi canto oyendo
hora en la baja parte de Alemaña,
con ímpetu corriendo
por selvas y campaña,
al mar lleva la voz triste y estraña.

Con ella va la pena
que siento, Galatea, en no mirarte
y, como Amor lo ordena
van juntas a hallarte:
tú juzga su verdad, pues falta el arte.

[CIII]

Estancias [II]

Tan alto es el favor y el bien que siento
en verme cual estoy tan bien perdido,
que nadie sufrió pena tan contento
de cuantos por amor han padecido;
y de tener ocioso el pensamiento
el tiempo que lo estuvo estoy corrido,
porque debiera estar, señora mía,
en vos sola ocupado noche y día.

En vos debiera siempre de ocuparse,
como en más digna y excelente parte,
do vemos cuanto puede desearse
y cuanto bien el cielo acá reparte;
y vemos obra que, para formarse,
convino por razón que fuese el arte
igual al pensamiento, y la natura
al mundo lo mostró en vuestra figura.

Temor tengo, señora, de alabaros,
y nace del que tengo de ofenderos,
mas el que, viéndoos, no sabía estimaros
tampoco mereció ni supo veros;
y al entendido bastará miraros
para poder en parte conoceros,
en parte de aquel todo que nos muestra
el ser la hermosura gracia vuestra.

Tampoco en estos versos escribiros
pensé, ni presumí lo que padezco,
porque aun lo menos no sabría deciros
y sé que me diréis que lo encarezco;
mas de mi voluntad para serviros,
si es poco lo que muestro y lo que ofrezco,
tomad lo que en el alma está más cierto
y para vos es claro y descubierto.

Y claro está también, si considero
vuestro valor y partes de una en una,
hallar que, si por vos mil veces muero,
no puedo merecer merced ninguna;
pero por no esperar, como no espero,
bien por mano de Amor ni de Fortuna,
escojo antes por vos desconfianza
que por otra que vos cierta esperanza.

Y no podrá el vivir desconfiado,
ni el tiempo, de quereros apartarme,
ni de seguir intento tan honrado
bastará la aspereza a desviarme.
El mal que ha de venir casi es pasado,
pues tan apercibido ha de hallarme,
y en tal firmeza esperará mi suerte
al tiempo, a la ventura o a la muerte.

[CIV]

Otro [Soneto]

Jamás pudo quitarme el fiero Marte,
por más que en su ejercicio me ha ocupado,
que en medio de su furia no haya dado

a Apolo de mi tiempo alguna parte;

pero quiero, Lavinio, ahora avisarte
que ya me tiene ausencia en un estado
do casi yerran el discurso usado
mi estilo, mi razón, mi ingenio y arte.

Lo que en mí fue cantar silencio sea,
y canten los que esperan de su canto
que el amor baste a mejorar su suerte;

a mí me quede sólo el triste llanto,
pues muero no mirando a Galatea,
y el podella mirar también es muerte.

[CV]

Ícaro

Con Ícaro, de Creta se escapaba
Dédalo, y ya las alas extendía,
y al hijo, que volando le seguía,
con amor paternal amonestaba:

que si el vuelo más alto levantaba,
la cera con el sol se desharía,
y en el mismo peligro le pondría
el agua y su vapor, si más bajaba.

Mas el soberbio mozo, y poco experto,
enderezóse luego al alto cielo
y, ablandada la cera en el altura,

perdió las alas y, en el aire muerto,
recibiéndole el mar del alto vuelo,
por el nombre le dio la sepultura.

[CVI]

F[a]etón

Con tal instancia siempre demandaba
el gobierno del sol por solo un día,
que, aunque no convenirle conocía,
Febo al hijo Faetón se lo otorgaba.

Ya el carro y los caballos le entregaba
con que la luz al mundo repartía,
poniéndole delante el mal que habría
si en el camino o en el gobierno erraba.

Mas él, de la oriental casa salido,
fue el orbe y hemisferio traspasando
con furia y con desorden tan extraña,

que el carro, los caballos, y él, perdido,
sobre el lombardo Po cayó, abrasando
riberas, aguas, montes y campaña.

[CVII]

Soneto

En su fiera grandeza confiando,
los ánimos tan alto levantaban
los gigantes de Flegra, que esperaban
de vencer a los dioses guerreando;

y contra el alto cielo, no dudando,
las belicosas máquinas alzaban,
y a comenzar el hecho ya se estaban
con superbo furor aparejando;

cuando Júpiter, esto conociendo,
luego quiso que fuesen castigados
del bestial movimiento de su guerra,

y con rayos el aire escureciendo,
después de todos ser despedazados,
con ellos abrasó toda la tierra.

[CVIII]

Soneto

Amor, pues me guiaste a vela y remo
por el dichoso mar de la esperanza,
¿cómo permites que de tal bonanza
se levante fortuna en tal extremo?

Si el grado en mi esperar fuera supremo,
pudiérasle bajar con tal mudanza,
mas dime en qué fundaste tu venganza,
si tanto no esperé cuanto ahora temo.

Responder se me puede de tu parte
que todo lo que digo y lo que siento
es tratar de razón do no hay ninguna;

mas quiero en pago desto asegurarte
que nunca mudarán mi pensamiento
tu bonanza jamás, ni tu fortuna.

[CIX]

Venus quaerens filium

No ponga a los mortales mi venida
admiración ninguna ni recelo;
la diosa soy que fui en la mar nacida,
y que gobierno y mando el tercer cielo.
De puro maternal amor movida,
busco mi hijo con incierto vuelo;
el que supiere dél luego lo diga
si, amando, quiere a Venus por amiga.

En caza de una fiera le he perdido,
que otras veces así suele perderse,
y no sé cómo dél yo no he sabido,
que do quiera que esté debría saberse;
pues si quiero pensar que esté escondido,
con gran dificutad puede esconderse,
que, cuando más se esconde y más se encubre,
el rastro que ha dejado le descubre.

El que dél me mostrare una pisada,
o de su vuelo la dudosa vía,
por ello me tendrá tan obligada,
que no le faltará la gracia mía;
mas porque dél es cosa acostumbrada,
para desconocerse cada un día,
mudar de forma, de hábito y razones,
sus señas os diré y sus condiciones.

Niño hermoso, y el color de fuego
tal, que su rostro es una llama ardiente;
dulce en la habla y de muy gran sosiego,
mas siempre variable y diferente;
juega bien, como niño, mas el juego
convierte en dolor grave fácilmente;
en fiestas le veréis, pero sus danzas
son siempre baja y alta de esperanzas.

Veréisle con los ojos atapados,
mas desto no os fiéis, antes sed ciertos
que, cuando los tuviere más cerrados,
no verán tanto los de lince abiertos:
desde el desierto mira en los poblados,
y del poblado alcanza a los desiertos,
y pasa, sin hallar quien le resista,
a lo oculto del alma con la vista.

Desnudo va sin vestidura alguna,
que sólo el pensamiento trae cubierto;
de sus saetas basta a matar una,

que no sale del arco tiro incierto;
la tierra, el cielo y la infernal laguna,
todo para sus tiros está abierto;
a Júpiter hirió y a mí apasiona,
y es tal, que aun a sí mismo no perdona.

Del hombro le veréis colgar la aljaba
do la más débil flecha es de tal punta,
que fuertes armas y defensa brava
pasa de claro en claro, y no despunta;
no lleva yerba, mas sin ella traba
del triste corazón, que es donde apunta;
y a él estas heridas y este fuego
son burla, pasatiempo, risa y juego.

Una hacha encendida trae en la mano,
que sobre todas su gran llama extiende,
y, como nunca tira el arco en vano,
así con ésta el mismo hielo enciende:
lo que está más seguro y lo más sano
es donde más lastima y más ofende;
si en el cielo a los dioses hace guerra,
¿qué cosa habrá segura acá en la tierra?

Febo, que al mundo da luz y alegría,
de resplandor y rayos rodeado,
al ardor deste niño y su porfía
jamás hizo contraste ni fue osado;
antes errar se vio la usada vía,
de sus dulces engaños trasportado,
y al cabo vino a estar tan encendido,
que el carro puso, y aun a sí, en olvido.

Trataros ha al principio blandamente,
que con esto asegura al recatado,
mostrándose no amor sino acidente
que ni basta a dar pena ni cuidado;
y en descuidándoos, absolutamente
el alma y corazón os ha ocupado,
y entonces viene claro a conocerse
cuanto en el comenzar debía temerse.

El llanto, la tristeza y mal ajeno
es lo que le da gusto y le sustenta;
jamás concederá rato sereno
sin que le sigan años de tormenta;
pensaréis huir dél cuando en el seno,
lo más cerca del alma, se aposenta,
y no se partirá desta morada

sin ver la razón muerta y sepultada.

Ora corre, ora vuela; en un momento
suele dar voces y quedarse mudo;
y haciendo las promesas ciento a ciento,
hallaréisle, en efeto, escaso y crudo.
Cuando se enoja, sólo el sufrimiento
le puede resistir más que el escudo,
que es la mayor salud no contrastalle,
y el remedio más cierto es no buscalle.

En su trato veréis muy gran soltura,
y mucha cortedad por otra parte;
es áspero, y tras esto su blandura
ablanda el hierro y el furor de Marte.
No más del alto que del bajo cura,
y el esfuerzo, valor, ingenio y arte
se los veréis poner, con la bajeza,
iguales al temor y a la simpleza.

Muévese con extraña ligereza,
y a veces con muy grave pesadumbre;
acaba de espantaros con fiereza,
y vuélveos a halagar con mansedumbre.
A la estabilidad y a la firmeza
es contraria su ley y su costumbre,
sus condiciones buenas y sus malas
son más que los colores de sus alas.

De lo que os dice, y que tendréis por cierto,
lo que hace veréis que es al contrario;
escogerá, pudiendo tomar puerto,
la fortuna y peligro voluntario.
El remedio os tendrá más encubierto
cuando verá que os es más necesario,
o vendráoslo a poner casi en la mano
do, por habelle, trabajéis en vano.

[CX]

Soneto

Mil veces de tu mano me he escapado
y al punto de la muerte y fin venido,
y tantas he tornado y te he seguido,
Amor, y nunca quedo escarmentado;

mil veces he propuesto y he jurado
de no seguir tu bando y tu partido,
viéndome en tu poder triste y perdido,
y tantas mi palabra y fe he quebrado.

Ahora, en este trance y mal que siento,
causado de tus manos crudamente,
bien justo era cumplir el juramento;

mas, triste, ¿qué haré, que no consiente
la dura suerte, el áspero tormento,
que el siervo del señor se halle ausente?

[CXI]

Epigrama a la muerte del emperador Carlos Quinto

LA FAMA

Yo, que soy la que levanto
de la sepultura al hombre
y con mi voz puedo tanto,
que hago inmortal el nombre
de los famosos que canto,
con mil lenguas y clamores
cantaré de los mayores
el más famoso y mayor,
y el monarca emperador
de reyes y emperadores.
De quien los más poderosos
su poder reconocieron,
y su nombre los famosos,
y al que humillados rindieron
sus armas los belicosos.
Y en cuyo valor se encierra
cuanto en la paz y en la guerra
merece que más se alabe,
lo que en mil lenguas no cabe

ni en el orbe de la tierra.
  Do justicia y fortaleza,
y con ellas temperancia,
con muy constante firmeza,
vivieron en propia estancia,
unidas con su grandeza.
Y él fue en ellas tan entero
y amador tan verdadero,
que en todas tres en el mundo
a ninguno fue segundo,
y a los mayores primero.
  Así se ha de anteponer
a pasados y presentes,
pues extendió su poder
do no conocidas gentes
le vienen a conocer;
y do, en viendo las primeras
de sus invictas banderas,
se le dan por mil razones
las más bárbaras naciones,
reinos y provincias fieras.
  Triunfó de la esclarecida
Provincia, que fue señora;
temióle la más temida,
y la antigua vencedora
fue de sus armas vencida:
y por ellas en un día
vio acabada la porfía,
la conquista sin ganancia
de todo el poder de Francia,
y a su rey preso en Pavía.
  Puso, como defensor
del santo nombre cristiano,
a su enemigo mayor,
con armada y fuerte mano,
duro freno de temor;
tal que, cuando acometía
la Cristiandad y venía
con poder innumerable,
huyó con daño notable,
quedando segura Hungría.
  Por él fueron conquistados,
para ser restituidos,
grandes reinos, y amparados;
los reinos desposeídos,
y en su posesión tornados:
que la virtud más loable,
y el hecho más memorable
de un poderoso, es el ser
escudo con su poder,
y amparo del miserable.
  Los tiranos rebelados
de la Fe y dél en su tierra,
con gran liga conjurados,

fueron dél en justa guerra
presos y desbaratados;
y por él, en conclusión,
la Cristiana Religión,
perseguida y trabajada,
fue en sus tiempos amparada
de toda persecución.
  Por do fue merecedor
que Dios le quisiese dar
de sí tan gran sucesor,
que le pudiese llamar
traslado de su valor;
a quien el Cielo concede
que con sus reinos herede
su misma felicidad,
la cual de edad en edad
a sus sucesores quede.
  Y al fin hubo otra vitoria
que la más clara escurece,
y es digna de tal memoria,
que por sí sola merece
divina, no humana historia:
pues fue solo él vencedor
de su grandeza y valor,
cuando del humano estado
despreciando el summo grado,
ganó el Imperio mayor.

FIN

Apéndice

Sonetos atribuidos

Galatea cruel, ¡qué pago has dado,
qué amargo fin a cuanto te he querido,
que hubiera ya de lástima movido
un tigre, y a mí un mármol ablandado!

¡Oh duro golpe en pecho desarmado
y en sangre de quien nunca te ha ofendido,
si no es culpa ponerse así en olvido
y en ti poner la vida y el cuidado!

¡Oh ingratos ojos a los ojos míos!
¡Oh frente para mí nunca serena,
corazón sin amor, duro, inhumano!

Cuándo os acabaréis, de llanto ríos?
¿Cuándo no ha de acabar la mortal pena,
que no la sufre ya el sufrir humano?

- 2 -

¡Oh sin ventura yo, oh mal nacido!
¿En qué estrella cruel vine a la tierra
sujeto a eterno llanto, a dura guerra,
a siempre amar sin serme agradecido?

¿Cuál hado inexorable me ha traído
a manos de un tigre, en quien se encierra
beldad del cielo y crueldad de tierra,
mi alma en el abismo del olvido?

¡Ay, enemiga cruel!, ¿y quién creyera
que estaban en mi muerte conjurados
tan nueva ingratitud y tal crueza?

¡Ay vida, y tiempo, y horas mal gastadas!
¡No quiera Dios que adore yo una fiera
que paga tanto amor con tal dureza!

- 3 -

Ribera un dulce río, a medio día,
con un peine de plata se peinaba
(sus) cabellos una ninfa que quitaba
con ellos el poder que el sol tenía.

Y ansí podéis juzgar qué sintiría
un pastor que de lejos la miraba,
que sin poder llegar donde ella estaba,
con suspiros y lágrimas decía:

«Si tantas como tú tienes cabellos
tuviera vidas yo, me las llevaras
colgada cada cual del uno dellos;

y pues que tú a quitármelas bastaras,
verás no es mucho darte una por vellos
de tantas commo en tantos me quitaras».

- 4 -

Apenas el aurora había mostrado
las flores que en la noche había escondido,
cuando un pastor, de amor entristecido,
penoso estaba a un árbol arrimado.

Hablando con su hato y su cayado,
alzó con ronca voz un gran gemido,
diciendo: «Para qué dejas perdido
el cuerpo, pues el alma [me] has llevado,

pastora desleal? ¿En quién pusiste
el querer que con palabras me mostraste

en pago del amor que me ofreciste?

¿Por quién tan sin razón, di, me trocaste?
Pues otro mayor bien no pretendiste
que verme muerto aquí do me dejaste».

- 5 -

Pensando en su ganado, a la ribera
del mar, y no en amar, Silvano estaba
seguro, porque el triste no pensaba
que en él toda su fuerza Amor pusiera,

cuando vi(d)ó una pastora que pudiera,
con sólo la hermosura que alcanzaba,
hacer que, cuando el sol se nos mostraba
más claro, muy obscuro paresciera.

Quedó el pastor de sólo aquesta vista
herido de la muerte que aquí pinto,
con lágrimas los prados bañando,

diciendo: «No hay sujeto que resista,
pastores, a mí mal, porque el distinto
que tengo se me va, triste, acabando».